



Rafael María Baralt

Poesía

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Rafael María Baralt

Poesía

Poesías autográficas y de circunstancias

La inspiración

¡Inspiración potente!
¡Levántame del suelo en que arrastro,
Entre angustias y enojos,
Como el insecto vil corre entre abrojos,
Sin dejar leve rastro,
De su mísera huella entre la gente!
¡Lejos de mí la tierra y su quebranto!
¡Y lejos de mí el llanto
Que en todo vario clima y tiempo y lengua,
Cual tributo sin mengua,
El hombre al Hacedor con tino envía
De suspiros sin cuento en la armonía!

Lejos de mí los triunfos y la gloria
Que al oro vil da el mundo
O al infame poder que en cieno inundo
Vela su origen de infernal memoria;
Que si la tierra va a su carro uncida,
Como esclavo sin alma,
De libertad la palma
Quiero en mis manos mantener asida.

Virtud clama doquiera el hombre necio
Y al crimen da por precio
De la misma virtud la esencia pura;
El oro es Dios y la virtud el oro;
Amor es oro y la amistad divina
Se vende al peso en cantidad mezquina.

¡Inspiración, inspiración potente!
Separado del suelo, a la alta cumbre,

Cabalgando en el viento
En raudo movimiento,
Quiero del trono de Jehová fulgente
Con mis ojos mirar la viva lumbre,
Aspirar de su ser la diva esencia
Y de su coro en el perenne canto
Aprender a alabar su nombre santo.

Vague yo en alas de feliz querube,
Traspase el alta cima, el alta nube,
El dominio del sol, y de los mundos
Que pueblan los profundos
Espacios invisibles, injoneados,
Contemple los misterios ignorados;
Siga de los cometas rutilantes
Las luminosas huellas;
Cuenta yo las estrellas,
Y vea en los espacios
De otros mundos y cielos los palacios,
Y nuevo Orfeo en la región precita
Al ángel ciego y su infelice bando
Serenos vea y de su sien maldita
El fuego eterno sin cesar brotando!
¡Albo lucero de sin par belleza
Que al alta diestra del Señor te viste
Y que luego caíste
Al negro abismo en sin igual bajeza!
Mirarte cerca y contemplarte quiero,
Por ver si el dolor fiero
Que en ti ceba su garra penetrante,
Abate o crispa tu infernal semblante.

¡Inspiración, inspiración potente!
¡El sacro numen pido
Y su divina aureola refulgente,
Aunque del grande Homero
Comparta el hado fiero
Y, del trono de Júpiter caído
Ciego a la tierra, con acerbo llanto
Limosna pida al entonar mi canto;
Aunque del vate que ensalzó de Gama
El grande esfuerzo y la feliz proeza
El hado sufra en su feroz crudeza
Y se apague mi llama,
Abandonado de la patria mía,
Exhalando entre pobres mi agonía!

A la señorita venezolana doña Teresa G.

Si del Guaire gentil en la ribera
Naciste ufana entre risueñas flores,
Y sus plateadas ondas los ardores
Del sol templaron en tu edad primera.

Si allí constante daba primavera
A tus tersas mejillas sus colores;
Si todo te reía, si de amores
En torno a ti brillaba la pradera:

¿Por qué luego, del Betis seducida,
La maternal orilla abandonaste,
Prefiriendo el extraño al propio cielo?

Vuelve, Teresa, a do empezó tu vida,
O pagando el amor que me inspiraste,
Dame una patria en el hispano suelo.

A una flor marchita

Hija de la mañana
¿por qué abatida la graciosa frente
no ha mucho tan ufana?
¿Qué de tu honor y tu arrogancia queda?
Hoy venturosa y leda
sobre el flexible tallo columpiada
te saludó la aurora
en el rosado Oriente,
cuando de su alma acariciada
junto al arroyo en el vergel naciste;
y hoy el arroyo con murmurio triste,
al fenecer el día en Occidente,
corre, te busca, y al mirarte llora
de tu beldad lozana
el efímero alarde y pompa vana.

Mas ¡cuántos disfrutaste y cuántos diste

bienes preciados, en tu gloria breve!
Del sol enamorado
los vívidos colores recibiste:
ósculo regalado
del céfiro sonante, cuando leve,
tallo, ramas y pétalos movía,
y en la húmeda corola vacilante
al plácido murmullo se adormía:
el pardo ruiseñor con pico de oro
tus néctares bebió: la susurrante
solícita abejuela, dulce cuna
y aun más dulce tesoro
de miel y aromas alcanzó en tu seno;
en tu cáliz sereno
vertió sus rayos la argentada luna;
sus nacaradas gotas el rocío;
y al retratarte en su cristal el río,
sus acentos suaves
unió cantando a los del bosque umbrío,
y al coro de los vientos y las aves.
¿Ni qué voz generosa a tus loores
el tributo negó? Con noble verso
vistiendo tus colores,
tu gloria al universo
dijo la lira; y la campestre avena
con dulce cantinela
en el valle y la vega a los pastores.

En el sublime alcázar peregrino
de mármoles labrado;
en la ramosa gruta; en la cabaña
de informes troncos de silvestre pino;
en el cercado huerto; en la montaña,
perfume regalado,
inefable dulzura, encanto y vida,
con mano igual profusa derramaste;
allí donde brillaste
resplandeció la tierra ennoblecida;
los tendidos desiertos se animaron;
menos horrible pareció el abismo;
y ante el sepulcro mismo,
los ojos que miraron tu hermosura
menos acerbos lágrimas lloraron,
y con menos terror la muerte dura
y sus tristes despojos contemplaron.

Luego, del tallo paternal tronchada,

pobre huérfana errante
¿qué fue de ti, lanzada
de la vida del hombre al torbellino?
¿Fue acaso tu destino
brillar un solo instante
en el mórbido pecho de la dama,
o en su cabello undoso;
irritar del amor la viva llama
en el amante, de tu honor celoso;
y, el labio audaz en tu corola impreso,
mustia tornarte al encendido beso?
¿O en las pompas del templo sacrosanto
desfallecer en medio de esplendores
al grato son de religioso canto,
mezclando tus olores
a la de incienso y mirra blanca nube
que vagarosa del altar se eleva,
con lenta majestad se extiende, y sube,
y a Dios el llanto y la plegaria lleva?
¿O profanada en el festín, la frente
adornar del impuro sibarita
que luego, ingrato, te arrojó marchita
al vil contacto de su sangre ardiente?

Luciste una mañana: no sin gloria.
Nacer para el amor, y en corta vida
de todos bendecida
ser amada y amar: tal es tu historia.
Y morir como el niño que arrancado
al seno de su madre, sube al cielo
en ángel transformado.
Flor es también el niño que prefiere
el Edén inmortal al triste suelo.
¡Cuán amado de Dios es el que muere
en brazos del amor; puesto el oído
al maternal acento; suspendido
al casto pecho por el dulce labio;
sin probar el agravio
de perfidia cruel o duro olvido!

Bella en la vida y en la muerte fuiste:
en la vida y la muerte blando aroma
tus hojas exhalaban,
y tus dulces alientos se mezclaron
del aura leve al generoso aliento
y si nada resiste
de la dura segur al movimiento

que alzados muros con furor desploma,
que alzadas cimas con fragor derrumba,
tú no pruebas sus iras:
con lánguido desmayo en paz expiras,
y perfumada tumba
que el poderoso príncipe envidiara,
más que de oro preciada y de diamante,
en su seno escondido te prepara
sobre el fiel corazón virgen amante.

Pero no: tú no has muerto.
De misterioso impulso arrebatado,
tu cáliz puro, de esplendor cubierto,
aunque en tierno deliquio aprisionado,
al labio llevo y exhalar le miro
perfumado suspiro.
Vives, sí, vives: transparente gota
de la linfa purísima que brota,
de poderosas hidrias espumante,
sobre tus hojas con piedad vertida
venga, y te anime, y otra vez pujante
despierta de tu sueño, flor dormida.
Yo muerta te creí, y en flébil tono
canté tu gloria y tu fugaz ventura
con ronca voz y desmayado acento;
mas si de nuevo al trono
vuelves de la hermosura,
voz más acorde con heroico aliento
eleve el canto que perpetuo dura.

Así, del cielo amado,
fragancias difundiendo expira el justo;
vida encuentra en la muerte, y va sereno,
de espíritus angélicos cercado,
al pie del solio augusto,
de alta esperanza en su justicia lleno.
Vivió, resplandeció, y aroma en torno
de próspera virtud llenó el ambiente:
vestido de piedad, único adorno
fue la virtud de su elevada frente.
Y cuando en hora malhadada, vela
sombra de muerte su sepulcro frío,
aureola brillante
donde el Señor su majestad revela
circunda su semblante.
Ruge el averno: Satanás impío
al bátratro se lanza rebramando

seguido de su bando:
él rodeado del divino coro
las ígneas alas apareja al vuelo;
rompe el aire con ímpetu sonoro,
y, feliz vencedor, se eleva al cielo.

Mas si debes morir, flor generosa,
¡Cuán noble todavía
eres en tu agonía!
En torno al corazón las hojas bellas,
en actitud piadosa,
para ocultar las huellas
de la muerte se agrupan, y a porfía,
como amigas fieles,
tu seno cubren y sobre él expiran.
Así cuando ya miran
marchitos sus laureles
las semidiosas que adoró la tierra,
vencidas en la guerra
del crudo tiempo, que con leves alas,
marchitó su hermosura
y en humo y polvo convirtió sus galas,
la frente ocultan donde ya no brilla
de la edad juvenil el dulce fuego;
la rugosa vejez con mano dura
cenizas desparciendo, en la mejilla
que la rosa envidió, su sello imprime,
sorda de la beldad al hondo ruego.
Y en vano, en vano gime
el ídolo deshecho en solitario
altar sin cultos al amor propicios:
las antiguas diademas son cilicios;
y envuelto en el sudario
de la implacable edad que le devora,
recuerda, y pasa, y sin consuelo llora.

¡Oh dulce flor! ¡Oh reina destronada!
¿Qué te valdrá el recato?
¿Por el que antes te amó, céfiro ingrato,
te verás de tu mando despojada
con bárbara osadía;
y el aura matinal, sin conocerte,
sobre la tierra que adornaste un día,
profanando tu muerte,
entre escorias y abrojos
esparcirá tus míseros despojos?
¡Si al menos retratarte

mi rudo verso triunfador pudiera!
¡Si pudiera llevarte
de la inmortalidad a la alta esfera!
Pero mi lira en breve
desfallecida como tú, al quebranto
se rendirá; ni leve
memoria acaso quedará del canto.
Pendiente del ciprés, hondo lamento
en sus cuerdas sonando dará el viento.

Madrigales

Mañana

Imitación de Parny

No más para mí, Elisa,
brillen tus ojos, o hable tu sonrisa:
no más traidor, en amoroso juego
me ofrezca el labio puro,
miel que trueca perjurio
de ponzoña mortal en vivo fuego.

¿Para qué son amores
si cuanto más fogosos, tus rigores
en humo vano, Elisa, los convierten?
No más necia esperanza
que nunca el bien alcanza,
y dolores no más que te divierten

Mañana, siempre dices,
Y mañana repites:
yo tu amor pagaré, pero infelices,
y es bien que esto medites,
mientras el tiempo de promesa vana
disipa la quimera,
y al par la primavera
marchita de la edad cada mañana.
Así que tus engaños
no siempre durarán: los tristes años
sobre tu faz imprimirán su huella;
y mañana seremos,

por más que lo lloremos,
menos ardiente yo, tú menos bella.

A unos ojos

Vela tus ojos, niña... o no los veles:
igualmente crueles,
velados o sin velo
roban a mis amores el consuelo;
que si velados, mísero suspiro,
pues si los cierras,
por verlos yo deliro
si abiertos no me miran,
y en torno, amables de otros fuegos giran,
como las simplecillas mariposas,
cuando esquivan las rosas,
y el ala reluciente
quemán incautas en la llama ardiente
más por ver no más quiero.
Pero si he de morir, sólo por verte
muera yo de esa muerte,
hallando a mis enojos
temprano fin en tus fatales ojos.

Los símiles

Abrasada del sol en el estío
y falta de rocío,
la flor hermosa que miraba al cielo
su tallo con dolor inclina al suelo.
Pero si amiga mano diligente
el cristal de la fuente
sobre sus hojas y en su pie derrama,
de la vida a la flor vuelve la llama
y otra vez con orgullo
se mece de las auras al arrullo.
Yo soy la flor marchita:
el agua tú serás que resucita.

La huida imposible

Poeta

-Duélate de mi mal, ciego divino,
y si cruel me heriste, aguda flecha
También la envía, porque yo la endecha
Cambié de aqueste amor en dulce trino.

Cupido

-Lo siento, vate; pero fue destino
de quien tierno la amó, grande cosecha
coger del fruto que el amor desecha;
y tal de tus ternezas es el sino.

Poeta

-Mas ya que por amarla condenado
estoy (Jove me asista) a calabazas,
algún medio de huir, dime, ¿no habría?

Cupido

-La viste y no hay remedio: al carro atado
irás de su hermosura, que si trazas
de huir hubiera yo las usaría.

En el álbum de la señorita doña Emilia Jara

«La vida en la juventud.»

¡Cuánto es dulce la vida si copioso
su manantial purísimo se vierte
de juventud en la dorada copa,
y en néctar oloroso
al tocar en los labios se convierte!

Dulce es vivir cuando entreabierto apenas
el libro de la vida malhadado,
níveas sus hojas al destino ofrece,
donde el dolor sus penas
con acerba pluma aún no ha grabado:
hojas que aplica el desengaño luego
una tras otra de su hoguera al fuego.

Dulce, muy dulce, si el turbión del mundo
de sangre y barro entre sus olas frías,
no revuelve iracundo
de esperanzas y amor las alegrías;
tal como arrastra el bramador torrente
la dulce flor y el tallo en su corriente.

¡Eres bella cual pinta seductora
imagen que enajena
y el corazón abrasa,
de encanto al par que de misterio llena
en alma joven el pincel de amores,
luz robando a los cielos y colores!

Pues cuando amiga la fortuna inestable
en su largueza rara
sus dones todos, todos,
sobre ti derramo muy más avara
fue que contigo al dividir natura
sus divinos encantos y hermosura.

Así cuando gentil al par que noble
en medio te levantas
de preciadas bellezas,
inspirando el amor do quier las plantas
imprime tu beldad, y ejemplo al mundo
de sublime virtud dando fecundo:

En noble acento el inspirado vate
hasta el cielo sublima
del estro arrebatado,
ledo cantando en la apolínea cima,
no de tu frágil cuerpo la hermosura,
sí la del alma que por siempre dura.

Y yo a su plectro sonoro y blando
la oración fervorosa
uno con voz humilde;
y a Dios imploro, y con la faz llorosa

(que nunca enjuta levanté a los cielos)
la vida para ti pido sin duelos,
y amor sin desengaños,
y el angélico Edén de la esperanza
finge tan pronto el bien como lo alcanza.

A una coqueta

¿Por qué me miran benignos
esos tus ojos parleros,
si en su lenguaje, hechiceros,
no me dicen, ¡ay!, un sí?
Y entre dudas y zozobras
ignoro si mi delirio
te causa gozo o martirio,
o si te burlas de mí,
¿por qué me miras así?

Por lisonjearme tan sólo,
claro está, linda señora,
que tu vista no atesora
tanta mirada sutil;
pues aunque el cielo quisiera
volverme de arriba abajo,
le costará buen trabajo
gracia dar a mi perfil.
¿Por qué, pues, mirarme así?

Mas tampoco (a buen seguro)
soy yo feo de tal modo
que parezca un Quasimodo,
ni me distinga entre mil,
que a Dios gracias ni verruga,
ni joroba, ni cojera,
puedo ofrecerte que fuera
digno asunto de reír.
¿Por qué, pues, mirarme así?

Que por amor no me miras,
es tan cierto que hay un hombre...
¿A que no recuerdo el nombre
del necio chisgarabís?...
Mas el nombre poco importa:

lo que importa es que le quieres,
y que halagarle prefieres
con tus labios de carmín.
¿Por qué, pues, mirarme así?

Tildar de coquetería
a tan cumplida belleza
fuera por cierto torpeza
en amante tan gentil
(hablo de mí no del otro);
ni que eres tonta presumo,
pues demuestra ingenio sumo
tu manera de elegir.
¿Luego a qué mirarme así?

A la verdad ya no acierto,
por más que pienso y cavilo,
a desenredar el hilo
de esta treta mujeril.
Más bien del diablo parece;
pues si al otro así condenas,
a soportar tus cadenas,
yo sólo debo sufrir
cuando me miras así.

Por ende, bella enemiga,
quiero trocar los papeles,
que no gusto de oropeles
ni con miradas vivir.
Y así mi bien los destellos
dale de tus lindos ojos,
y amor en lugar de enojos
reservarás para mí:
o no me mires así.

Mas, ¡ay triste!, que la cuenta
sin la huésped he formado,
yo que el corazón postrado
ante tu cielo rendí.
¡Oh Celia!, aunque muerto quede
(a Cetina un pensamiento
robo en aqueste momento)
de tus rayos al partir,
mírame por siempre así.

Pues sabes, Celia, que adoro
desde el pie donoso y bello

hasta el dorado cabello
cuanto primor hay en ti,
y que si perlas asoma
de carmín el labio puro,
tiembla el pecho mal seguro
a tu dulce sonreír...
cuando me miras así.

Y también que el vivo fuego
que en tu mirada se enciende,
del rostro al alma trasciende
en raudo vuelo, sutil,
y que herido, absorto, ciego,
a la vez que ardiendo helado,
de su prisión desalado
vuela el corazón a ti...
cuando me miras así.

En el álbum de la señorita doña Enriqueta Mora

En confuso tropel, cual barre el viento
las hojas secas en el bosque umbrío,
y en cerco polvoroso
la dulce flor con ímpetu violento
en aciago momento:

Del árbol de mi vida así las flores,
así las hojas secas con los años,
vanse al soplo de amargos desengaños
solitarias y tristes, sin olores,
sin formas ni colores.

Náufrago ahora en piélagos sañudo,
sin brújula de amor, busco la gloria,
la riqueza, el poder, o ya en la Historia,
contra el olvido y su silencio mudo,
sagrado y firme escudo.

¡Oh cuán necio afanar! en humo vano
la más cumplida gloria se convierte:
contra el poder y la riqueza hay muerte,
y en la historia del mundo vive ufano
el más impío tirano.

Solo el bien que dispensas siempre dura,
y sólo dura de tu luz la huella:
de la mañana y de la tarde estrella:
nave que a todo viento vas segura.
 ¡Amistad santa y pura!

No empero la del hombre peregrina,
grande en el labio y en el pecho vana:
quiero la de mujer, que si es humana
cuando con fácil pecho a amar se inclina,
 en la amistad divina.

Y si es ángel cual tú cándido y bello
esa mujer, de su amistad sagrada,
báculo de una vida ya cansada,
el rayo virginal ostenta el sello
 de celestial destello.

¡Oh de la antigua llama quien pudiera
debajo la ceniza el fuego puro
revivir todavía! A ti seguro
en casta ofrenda humilde la ofreciera,
 de amores la postrera.

Mas si el tronco aterido reverdece
de alegre primavera al dulce fuego,
herido por el rayo inclina luego
la arrogante cerviz: nunca más crece,
 y abrasado perece.

Sus labios

 Puros, rosados, frescos, relucientes,
dulces a quien los mira; al tacto, ardiente.
Y si, oprimidos, blando
aroma y miel brotando...

 Pétalos de una flor lozana y pura
dirás que son, pero mi amor te jura
que tus labios son esos,
cuando, abeja de amor, los libo a besos.

Lo que es ella para mí

¡Otro celebre, en son grato al oído,
El cantar de las aves no aprendido,
O las pintadas flores
Con sus ricos colores,

O el manto azul que en la celeste esfera
Los refulgentes astros reverbera!
Que tú, para mi amor, Julia, en el suelo
Eres el ruiseñor, la rosa, el cielo.

El amor vencido

Diálogo entre Cupido y el poeta

Poeta

El ardor que me inflama, niño avieso,
a Celia ingrata justiciero inspira,
tu dios, ella mujer, y no te aíra,
verla ostentar el corazón ileso.

Cupido

Lleva con gloria de tu amor el peso,
y en tan grande ocasión pulsa la lira.
¿No es sublime el dolor que a Safo inspira
el canto no mortal, en bronce impreso?

Poeta

De intentar el gran salto no respondo,
ni de vate llorón, quiero yo estado,
fugitivo andaré. ¿Dónde me escondo?

Cupido

La viste, y no hay remedio, al carro atado
irás de su hermosura... y yo contigo,
pues es culpa común, igual castigo.

Elegía

Al suicidio de doña María Josefa de la Cortina, ocurrido en Sevilla el 19 de marzo de 1844.

Arpa que a los dolores
fácil prestas la voz, y en flébil canto,
adversa a los amores
el corazón de llanto
y el alma de terror llenas y espanto.

Arpa de luto y duelo
siembras el desconsuelo;
que con la tumba en pavorosa alianza
y a la acerba membranza
muestras nublado el sol de la esperanza.

Vibra la cuerda agora
a cuyo ronco son el suelo inmundo
desesperado llora,
y un suspiro profundo
lleva a los pies del Hacedor del mundo.

Y dile así: «¡Dios mío!
Tú que riges los orbes, y potentes
al corazón impío
y al que te ama ferviente
penetras con tus ojos igualmente.

Y en tu inmensa justicia
de perfecta balanza y fiel seguro,
sin favor ni malicia
das gloria a lo que es puro
y al crimen sin piedad castigo duro.

Era cual la luciente
lágrima pura de inocente niño;
y generosa fuente
de piedad y cariño
sin fraude vil y sin traidor aliño.

¿Por qué su mano misma
del infeliz en pro jamás cerrada
en la muerte la abisma?
¿Por qué tu ley violada?
¿Por qué del cielo mundo condenada?

Y en sus rasgados ojos
de casto fuego, tímidos lucían
mezclados los enojos
de la lucha se vían
cuando el deber y la virtud porfían.

Más en el rostro hermoso
la virtud en su triunfo se ostentaba;
y el fuego generoso
que del seno brotaba
las pálidas mejillas coloraba.

Como en blanca azucena
que sobre el tallo lánguida se inclina
en mañana serena,
su color purpurina
viste el alba fugaz que la ilumina.

Y el alma semejante
era, Señor, a la del Ángel bueno,
que en tímpano sonante
y de la gracia lleno,
tu excelsa majestad canta sereno.

Y el ingenio divino
las flamígeras alas levantando
al cielo de contino,
en movimiento blando
rastros de luz do quier iba dejando.

Que del purpúreo labio
brotaba luego consolando el lloro
o cautivando al sabio
como entre guijas de oro
fluye cantando manantial sonoro.

Así cuando entre bellas
la planta airosa y noble al par movía,
muy más amada que ellas,
un voto la seguía

de los que al labio el corazón envía.

En su furor pidiendo
tu brazo, contra el malo audaz y fuerte
en sus iras tremendo;
y del justo la suerte:
felice vida y venturosa muerte.

Y en vez de una diadema,
sobre sus albas sienes miró abrojos
de dolores emblema;
y bárbaros enojos
trocar en sangre el llanto de sus ojos.

Y aún forceja y batalla
y aún pide al corazón dulce consuelo
por cenizas halla
y si con vivo anhelo
por ti suspira, la rechaza el cielo.

Y en solitario lecho,
cansados de llorar, los ojos fijos,
se mira con despecho,
entre afanes prolijos,
amante sin galán, madre sin hijos.

Los estériles años
el espíritu gastan y la vida:
de horribles desengaños
postrada y mal herida,
nada a gozar del mundo la convida.

Entonces furibunda
pobre flor sin raíz en la ancha tierra
el fuego que la inunda
y que inútil encierra,
mueve contra sí propia en cruda guerra.

Y lo atiza, y lo inflama,
cual perseguida, ¡oh Dios! de tu anatema;
y chispeante llama
la abrasa y no la quema;
y muere, y vive, y llora, y no blasfema.

Hasta que, al fin, del mundo
deja cansada el viaje tormentoso,
y en tu lecho profundo

demandando reposo
te elige, ¡oh claro Betis!, por esposo.

Y tus ondas serenas
en medio de la noche oscura, triste,
cual brazos de sirenas
bajo su cuerpo abriste,
y en ellas con placer la recibiste.

Y tú, Señor, sentado
en medio de tus coros lo miraste;
y el mal fue consumado;
e impasible callaste;
y en ira santa hirviendo no tronaste.

Y agora te pregunto
a ti que ves los cielos y el abismo
distintos en un punto:
solo igual a ti mismo,
Señor de orbes y mundos, sin guarismo.

¿Por qué muere así el justo?
Por qué en palacios de oro, sosegado,
vive el malo a su gusto?
¿Por qué, de honor colmado,
goza del mundo ante sus pies postrado?

¿Son acaso tus leyes
que el malo triunfe, y que en su saña impía
desde un solio de reyes
de la virtud se ría
y contemple sereno su agonía?

Impía así blasfemaba
la ronca voz del arpa antes sonora,
y al cielo se elevaba
donde el Excelso mora:
¡voz falaz del Averno tentadora!

Pero fuerte y sonoro
cual guerrero clarín súbito acento
baja del alto coro
y atruena el firmamento:
detiéndense a escucharle mar y viento.

¡Gloria al Dios de los cielos,
del abismo y la tierra juntamente!

¿Quién romperá sus velos;
o quién verá patente
como Él de la verdad la eterna fuente?

Ya aplauda su destino
el hombre ciego, o desgraciado gima,
siempre sigue el camino
que invariable termina
del sepulcro voraz en la honda sima.

¡Gloria al Rey de los Reyes!
¡Del espacio y del tiempo! El hombre vea
la salud de sus leyes.
¡Bendito y salvo sea
aquel que ante su Dios se humilla y crea!

Los ecos repetidos
de aquella voz doquiera se escucharon
tierra y aire encendidos
con fuegos mil brillaron:
en sus ojos los orbes retemblaron.

Y en las llamas se veía
la casta virgen. Sus turbados ojos
en alto revolvía
ya con el llanto rojos;
pero en dulce actitud, libres de enojos.

Pasa empero un instante
y dulces tintas de rosada lumbre
al fuego penetrante
suceden: se vislumbra
rauda y asciende a la zafírea cumbre.

Suavísimo conceso
en los aires se escucha: refulgentes
querubines sin cuento
por las áureas, rientes,
cruzan cantando «hossanna» reverentes.

Flores llueven del cielo,
de olorosos perfumes nívea nube
se eleva desde el suelo
envolviendo al querube,
y lentamente hasta el empíreo sube.

Y la virgen gozosa

de cándida azucena coronada
se eleva ruborosa
de ángeles rodeada
y al Sumo trono del Señor llevada.

Pero al dejar la tierra,
tan cara y triste al par a su memoria,
mira cuanto ella encierra,
y al recordar su historia:
después de la expiación está la gloria.

Digo..., mas el beleño
que mis cansados ojos adormía
desapareció, y el sueño
que victorias fingía:
sólo era realidad la tumba fría.

Yo luego de esa tumba
riego la tierra en llano: estremecido
oigo que el trueno zumba,
y al terrible estampido
humilde su perdón al cielo pido.

Al sol

Mares de luz, ¡oh sol!, en la alta esfera
derrama triunfador tu carro de oro
y la vencida luna con desdoro
su antorcha apaga ante tu inmensa hoguera.

Y el águila de rayos altanera
hasta el cielo a buscar va su tesoro;
y esparce al viento su cantar sonoro
del umbroso pensil ave parlera.

Y la tierra y el mar y el claro cielo
penetrados por ti hierven de amores
cual de su esposo al fecundante anhelo.

¿Quién la lumbre te da? ¿Quién los ardores?...
El ser a quien tu luz, que nos asombra,
es fuego sin calor, es mancha, es sombra.

Soneto

Variante del anterior

Mares de luz por la sonante esfera,
Triunfador de la noche, el carro de oro
Lanza del sol, y su perenne lloro
Suspende el mundo y su aflicción severa.

Dichosa al firmamento va ligera,
Cual despedida flecha audaz condoro,
Y esparce al viento su cantar sonoro
Del umbroso pensil ave parlera.

Y la tierra, y la mar, y el claro cielo
En alegre bullir hierven de amores,
Cuando fecundo el luminar su vuelo.

Emprende ufano entre celestes flores.
Y en tanto muero de tu luz privado;
Que no verte es morir, ídolo amado.

Imprecación al sol

¡Rey de los astros, eternal lumbrera
del vasto mundo, fecundante llama
que al hombre, al bruto, al vegetal inflama,
y luz, vida, y amor vierte do quiera!

Por ti se rige la anchurosa esfera;
el jilguero feliz trina en su rama;
brilla el rocío, y su caudal derrama,
de flores coronada, primavera.

¿Por qué, cual barro vil, inerte y ciego,
al malvado y al justo igual concedes
tus rayos de oro, tu esplendor, tu fuego?

¡Oh! La luz celestial, al bien propicia,
si severa castiga, da mercedes;
pues Dios no es la Igualdad: es la Justicia.

Al mar

Te admiro, ¡oh mar!, si la movible arena
besas rendida al pie de tu muralla,
o si bramas furiosa cuando estalla
la ronca tempestad que el mundo atruena.

¡Cuán majestuosa y grande si serena!
¡Cuán terrible si agitas en batalla,
pugnando por romper tu eterna valla,
con cólera de esclavo tu cadena!

Tienes, mar, como el cielo, tempestades;
de mundos escondidos prodigiosa
suma infinita que tu mole oprime;

Y son tu abismo y vastas soledades,
como imagen de Dios, la más grandiosa,
como hechura de Dios, la más sublime.

El viajero

Ave de paso que vagando gira
de nación en nación, de gente en gente
y de su amor y de su nido ausente
hoy llora aquí, mañana allí suspira.

Rama infeliz que el ábrego en su ira
del almo tronco desgajó inclemente;
pobre arroyuelo que de ignota fuente
fluye gimiendo y en la mar espira.

Ausente así del caro patrio suelo,
afanosa busco mi edad florida
para el alma un amor y mis amores.

Tormentas fueron y furor del cielo.
Gocen otros el bien: que yo en la vida,
abeja de dolor, libo dolores.

Adiós a la patria

¡Tierra del sol amada,
donde, inundado de su luz fecunda,
en hora malhadada,
y con la faz airada,
me vio el lago nacer que te circunda!

Campo alegre y ameno,
de mi primer amor mudo testigo,
cuando virgen, sereno,
de traiciones ajeno,
era mi amor de la esperanza amigo.

¡Adiós, adiós!, te queda
ya tu mar no veré cuando amorosa,
mansa te ciñe y leda,
como delgada seda
breve cintura de mujer hermosa.

Ni tu cielo esplendente,
de purísimo azul y oro vestido,
do sospecha la mente
si en mar de luz candente
la gran masa del sol se ha derretido.

Ni tus campos herbosos,
do en perfumado ambiente me embriagaba
y, en juegos amorosos,
de nardos olorosos
la frente de mi madre coronaba.

Ni la altiva palmera,
cuando en tus apartados horizontes
con majestad severa
sacude su cimera,
gigante de las selvas y los montes.

Ni tus montes erguidos
que en impío reto hasta los cielos subes,
en vano combatidos
del rayo y circuidos
de canas nieves y sulfúreas nubes!

¡Adiós! El dulce acento
de tus hijas hermosas; la armonía
del suave concento
de la mar y del viento
que el eco de tus bosques repetía;

De la fuente el ruido;
del hilo de agua el plácido murmullo,
más amable a mi oído
que en su cuna mecido
es grato al niño el maternal arrullo;

Y el mugido horroroso
del huracán, cuando, a los pies postrado
del Ande poderoso,
se detiene sañoso
y a la mar de Colón revuelve airado;

De la cóndor el vuelo,
cuando desde las nubes señorea
tu frutecido suelo
y en el campo del cielo
con los rayos del sol se colorea;

Y de mi dulce hermano
y de mi tierna hermana las caricias;
y las que vuestra mano
en el albor temprano
de mi vida sembró, puras delicias.

¡Oh madre! ¡Oh padre mío!
Y aquella en que pedisteis, mansión santa,
con alborozo pío
el celestial rocío
para mí, débil niño, frágil planta.

Y tantos ¡ay me!, tantos
caros objetos que, en mi triste historia,
de miserias y llantos,
marcan a mis quebrantos
breve tregua tal vez con su memoria:

Todos yacen perdidos;
que ausentes del hogar en tierra extraña,
mis penates queridos
lloran entristecidos
en tu almo suelo al refugiarse, España.

¡Puedas grande y dichosa
subir, ¡oh Patria!, del saber al templo
y en tu marcha gloriosa
al orbe, majestosa,
dar de valor y de virtud ejemplo!

¡No te duela mi suerte,
no maldigas mi nombre, no me olvides!
Que aun vecino a la muerte
pediré con voz fuerte
victoria a Dios para tus justas lides.

A Sevilla

Deja los juegos ya; deja de amores
la liviana canción que te adormía
con blando arrullo en la ribera umbría
del Betis claro, entre galanas flores.

Ya probaste de arte los ardores
y al ronco son de bélica armonía
lidar supiste en temeroso día,
ganar laureles, merecer loores.

Ciñe, pues, a tu frente la corona
de inmarcesible lauro con que el cielo
de potente y de justo en ti blasona.

Y ya libre del yugo el patrio suelo
por tu esfuerzo feliz, lleva a Helicon
de más noble cantar el raudo vuelo.

Al bombardeo de Barcelona en el año 1843

De un eco en otro sordo retumbado
el rayo que en Monjuich hórrido suena,
de las precitas playas en la arena
pavor infunde al venegrado bando.

El ay de Barcelona memorando
también allí tristísimo resuena:
más que los gritos del averno atruena
venganza a Dios en su dolor clamando.

Cuando sentado en la Tarpeya roca
Nerón miraba cómo Roma ardía,
y con sus cantos celebraba el fuego.

Eterno emblema a la arrogancia loca
de los tiranos se ofreció, que impía
del popular martirio se hace un juego.

A la memoria de don Alberto Lista y Aragón

Para su corona poética

¡Levanta de tu tumba, oh de la hispana
ilustre juventud émulo y guía!
¡Tú a cuya voz absorto detenía
Betis sagrado el onda soberana!

¡Tú a quien Minerva de su oliva, ufana,
la noble frente coronaba un día
y el rubio Apolo del laurel ceñía
que en la pompa circense el vate gana!

¡Vives, sí, vives; de esplendor vestido
templo el mundo a tu fama es dilatado
y altar augusto la marmórea losa!

¡Alce otra vez tu plectro el gran sonido,
y en hombros de las Musas levantado,
sube triunfante a la mansión gloriosa!

Al mismo asunto

¿Por qué, tristes, gemís y en desconsuelo
amargo al corazón brota los ojos
ardiente llanto de dolor y enojos,
vestida el alma en funerario velo?

¿Impía querella enderezáis al cielo?
¿La escala de Jacob cubrís de abrojos
y ante míseros restos y despojos
por ella a Dios no levantáis el vuelo?

¡Oh ciegos, que no veis cómo en profundo
gozo bañada el ánima del vate
sube, y radiante, a la mansión de gloria!

Su patria es ella; su prisión el mundo:
aquí, en la vida, desigual combate;
allí, en la muerte, sin igual victoria.

Para la corona poética que los autores dramáticos dedican al señor Conde de San Luis

Sublima al cielo la atrevida frente
el poderoso; a su anhelar estrecho
es el ámbito patrio; al pie del lecho
encadenada la fortuna siente.

Vuelvo a mirar... y el héroe prepotente
por tierra está como ídolo deshecho
al gran soplo de Dios, y el áureo techo
guardada es de traición y odio furente.

¡Oh mengua del poder y su pujanza!,
hoy sella el labio, en su defensa mudo,
el que ayer le ensalzó de zona en zona.

Y muriera sin gloria y sin venganza,
si amigo el Arte no le diera escudo
y de oro y lauro su inmortal corona.

A la memoria de don Nicolás de Azara

Para la corona poética del mismo

11 de abril 1851.

¡Bien haya la piedad que augusta ofrenda
de oliva y lauro a tu inmortal memoria
justiciera dedica y tu alma gloria
a las celestiales musas encomienda!

¡Que en la patria infeliz acaso encienda
espíritu vital tu clara historia
y trueque en oro nuestra vil escoria,
llama de honor, que de virtud sea prenda!

Mas no será; que envejecida España
varones como tú ya no concibe,
ni en fecunda labor produce un hombre.

Murió la ínclita edad, ni héroe, ni hazaña
la presente enaltece, y triste vive
sin amor y sin fe, sin Dios, sin nombre.

Contestando a una invitación

No niego la costumbre: menos niego
su fin estomacal, su origen santo,
ni el alto rito que con dulce encanto
nos convida de Pascua el grato juego.

Entre pavo y jamón; al vivo fuego
que enciende el vino, repitiendo el canto
del vate alegre, y de una hermosa en tanto
cumpliendo el gusto, adivinando el ruego.

Mas sin que pueda el que con fiebre yace,
dado al demonio, en maldecida cama,

oler siquiera la exquisita cena.

Al Parnaso con ella. Cristo nace:
adoradle y comed. La mesa os llama:
sois cristianos de pro, y es Nochebuena.

Poesías de tema religioso

Introducción a un «álbum religioso»

Los dioses ya no son. Asaz vivieron
del encumbrado Olimpo en las alturas,
y en grotescas figuras.
Ya del hombre remedo, ya del bruto,
como el mármol, inmóviles, recibieron
del Polo helado a las indianas zonas
sanguinoso tributo,
del miedo altares, del error coronas.

Aquí de Egipto el Anubis monstruoso,
que el sacerdote entre misterios vela,
del africano vil la sangre hiela
con ladrido espantoso;
o el padre Nilo, al derramar fecundo
sobre los campos su feraz tesoro,
pasmado escucha de la plebe el coro
que Dios le aclama y salvador del mundo.

Allí de Grecia el morador dichoso
y rico en vena de ficción, el cielo
pobló de vicios, la cerviz altiva
ante la estatua del placer sin velo
postró insensato, y la canción lasciva
de su labio ardoroso,
el himno fue con que su labio impuro
a una impura deidad rogó seguro.

El centelleante acero
mira de Odín en la potente mano,
cual se ceba inhumano
en la sangrienta lid, como el guerrero

tan solo premia que matando expira;
y del bardo la lira,
y del supremo Walhalha la gloria
reserva injusto a su feral memoria.

¿A deshora el gemido
no escuchas de los niños que degüella
al pie de infando altar el druida fiero,
de la remota selva guarecido;
y el horrible alarido
con que acompaña el homicida acero
sacerdote de sangre, sangre huella,
y de su Dios con sangre el pacto sella.

Mas fue Jesús. En majestad y gloria,
era de nueva historia,
cual salvador a nuestro mundo vino;
y a su aspecto divino
templos, altares, ídolos perecen,
como la noche umbría,
y sus sombras horribles desaparecen
al puro rayo del ardiente día.

Mas fue Jesús. Su sangre derramada
desde el Gólgota infiel baña los mundos,
y en la tierra asombrada
gérmes de su amor crecen fecundos.
Los pueblos por la cruz ya son hermanos;
el hombre es libre, y las sagradas leyes,
que odiaron los tiranos,
iguales son a súbditos y a reyes.

No hay más que Dios. Ante su trono augusto,
que el amante querube imprime susto,
la caridad y la justicia mora:
nada se oculta a su mirada ardiente
que el mar, los cielos y el Averno explora;
calla a su voz el huracán rugiente;
nace a su voz el florecido mayo;
su corona es la luz, su cetro el rayo.

¿Quién como el Dios en el Sinaí se muestra,
y hondo terror al gran profeta inspira?
¿Quién como el Dios que en el Calvario expira,
hostia sublime del linaje humano?
Con su invencible diestra
al joven puro que adoró el pagano

vencido aterro, y su inefable nombre
en el alma inmortal lo graba el hombre.

Cantadle, ¡oh vates!, que la santa musa,
que al rey profeta en la Sión sagrada
himnos sublimes inspirara un día,
del almo fuego creador profusa,
con vosotros será, y en acordada
métrica voz el arpa resonante
ensalzará las glorias de María,
las de Jesús, las de Jehová tronante.

Nunca a los hombres el amor del cielo
más bello reveló misterios santos;
nunca el poeta a sus divinos cantos
mayor asunto apropiará en el suelo
cuando en su rauda vuelo,
de la mente fogosa conducido,
estrecho y reducido
contemple el orbe a su glorioso anhelo.

¡Cantad, cantad!, y en arrebató pío
las sonoras cuerdas en el río
del amor del Señor bañad copioso.
Del poeta cristiano
el Pindo es el Calvario luctuoso;
musa, la Virgen que el dragón tirano
venció animosa, y su castalia fuente,
del sagrado Jordán la ancha corriente.

¡Cantad, cantad!, que vuestra fe sincera
benedicida será cual fue de Herrera
bendito el numen; de León divino
el canto sin modelo, peregrino;
del santo Juan el de la Cruz la pluma;
y de virtud la suma,
Teresa invicta, cuyo excelso nombre
ha de durar mientras durare el hombre.

¡Oh quién pudiera la gloriosa palma
y el místico laurel ceñir triunfante,
a vuestro lado en la cristiana liza,
y en visiones del alma
que en un mundo de arcanos se desliza,
mirar del orbe al inefable Atlante,
y del labio divino
oír del hombre el inmortal destino!

¡Adiós, adiós! Inmóvil en la ribera
vuestros bajos con el alma sigo
en el mar de la gloria proceloso.
Seguid, seguid, y que a mi ruego, amigo
se muestre el viento y con veloz carrera,
desplegando gallardas banderolas,
al abrigo lleguéis de puerto hermoso
triumfante de las sirtes y las olas.

A Dios

Perlas son de tu manto las estrellas;
tu corona los soles que al vacío
prendió tu mano, y de tu imperio pío
espada y cetro al par son las centellas.

Por el éter y el mar andas sin huellas;
y cuando el huracán suelta bravío
sus mil voces de un polo al otro frío,
con tu voz inmortal sus labios sellas.

Do quiera estás; do quier llevan tu nombre
mares, desiertos, bosques y palacios,
cielos y abismo, el animal, el hombre;

Aunque estrechos la mente y los espacios
te llevan, ¡oh Señor!, sin contenerte,
te adoran, ¡oh Señor!, sin conocerte.

A Dios

Cielos, orbes y abismos reverentes
narran tu gloria, ¡oh Dios!, y tu grandeza;
y ante el sol inmortal de tu belleza
postran los santos las radiosas frentes.

Materia y forma, especies y vivientes
sacaste a luz con pródiga largueza;

y bebe, sin cesar, naturaleza
copiosa vida en tus eternas fuentes.

Diste al hombre tu imagen, y un destello
es su razón de tu razón sublime,
con que pusiste al gran prodigio el sello;

Pues sólo aquel es digno de adorarte
que en libre estadio el pensamiento esgrime,
y libre puedo, aunque en error, negarte.

A la Santa Cruz

Fuiste suplicio en que a morir de horrenda
muerte de oprobio y de dolor profundo
el hombre a sus esclavos, iracundo,
en su justicia condenó tremenda.

Y ora, contrito, religiosa ofrenda
de amores rinde ante tus pies el mundo
y de ti brota en manantial fecundo
consuelo al justo, al pecador enmienda.

¿Por qué trocado tu baldón en gloria,
y en júbilo por qué tu pesadumbre,
y en santo libro tu infernal historia?

Porque el Venido de la excelsa cumbre
dejó en tus brazos su feliz memoria
y de su amor inextinguible lumbre.

Otra versión del mismo

Suplicio fuiste en que a morir de horrenda
muerte afrentosa, y con valor profundo,
el hombre a sus esclavos, iracundo,
con su justicia condenó tremenda.

Purificada por Jesús, ofrenda

de amor y cultos te consagra el mundo;
y hallan en ti consuelo el moribundo,
el justo premio, el pecador enmienda.

¿Por qué trocados tu baldón en gloria,
en dulce libertad tu servidumbre,
en santo libro tu infernal historia?

Porque el Venido de la excelsa cumbre
dejó en tus brazos su feliz memoria,
y de su empírea majestad vislumbre.

Al mismo asunto

Alto portento del amor divino
tus oprobios, ¡oh Cruz!, torna en blasones
y el suplicio de esclavos y ladrones
de Dios a la mansión abre el camino.

Lábaro fuiste al magno Constantino
y por ti victoriosas sus legiones
anunciaron a pueblos y a naciones
nueva luz, nuevo altar, nuevo destino.

Entre cielos y tierra lazo fuerte,
del orbe antorcha; de la historia guía
en quien eterna la verdad reposa;

cuando vive y respira vendrá a muerte;
Tú con Jesús en el postrero día
asistirás triunfante y gloriosa.

Luzbel en la redención

- I -

Muere Jesús y al punto estremecida

siente crujir la esfera su cimientó;
enmudece la mar, párase el viento;
viste de luto el sol su luz querida.

Los muertos en sus tumbas por la vida
asaltados se ven, y hondo lamento
mustia levanta al alto firmamento
la tierra toda en su Hacedor herida.

Del Redentor la sangre gota a gota
se derrama en Luzbel, y su tortura
descubre y su terror así el precito.

Nunca, ¡oh Dios!, tu bondad el hombre agota
tan sólo mi dolor por siempre dura
inmortal como tú, cual tú infinito.

- II -

Y una voz le responde: «En medio al coro
de los benditos ángeles un día,
tu belleza sin par resplandecía
como en lóbrega noche ígneo meteoro.

Fugaz como él, riquísimo tesoro
perdió de gracia y luz tu rebeldía;
y el que al trono de Dios cortejo hacía
bajó al abismo en sin igual desdoro.

Allí tu reino; allí de tu delito,
y del antiguo honor cruda memoria:
allí eterno dolor, eterno llanto.

De tu rabia feroz vano es el grito:
venció la cruz, y su inmortal victoria
para el hombre es salud, para ti espanto.

- III -

Ni de sangre siquiera horrible llanto
en los ávidos ojos: embargada

yace la lengua, y la feroz mirada
fija y sin luz, revela su quebranto.

Así en presencia del Madero Santo,
su primera sentencia renovada
oye Luzbel, y con la faz velada
lloran los justos infortunios tanto.

Blasfemando de Dios alzan empero
«Derribaré la Cruz, dice, y triunfante
en trozos mil la arrojaré al profundo...»

Mas, ¿cómo, ¡ay me!, sin arrancar primero
de sus eternos quicios de diamante
al alto cielo, el anchuroso mundo?

La Redención

Cuando del pecho a la garganta helada
sube de Cristo el postrimer aliento,
paran los orbes su feliz concento
y absortos miran la fatal jornada.

Del impío Lucifer en la morada
suena aquel grito en tremebundo acento
y el rayo vengador penas sin cuento
fija en su mente de terror postrada.

Mas luego alzando la incendiada frente
de sierpes nido y de furor insano:
«¿De qué os sirviera maldecida gente,

La fruta de Eva, que os brindó mi mano?
Dijo y bramando, en su dolor profundo,
al Dios maldice Redentor del mundo.

Adán en la Redención

Imitación del italiano

Cuando al morir Jesús, en su cimientto
retiembla el orbe, y con fragor y susto
se abren las tumbas, soñoliento, adusto,
Adán en pie se pone al caso atento.

Mira absorto en redor, mira al portento,
e inquiera con afán quién es el justo
que en medio a chusma vil, sublime, augusto.
Así se ofrece en sacrificio cruento.

Sábelo, en fin, y al punto la rugosa
frente, y el rostro, y los cabellos canos,
con rudo brazo arrepentido hiere.

Y mostrando la Cruz, dice a la esposa:
«Yo recibí la muerte de tus manos,
y Él por tu culpa y por mi culpa muere.»

La Anunciación

A mi amigo Don Aureliano Fernández Guerra Orbe

¿Qué nuncio divino

Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?
Leandro F. de Moratín.

Musa, ¡al Numen implora!
La mansión del Eterno en nueva llama
arde y brilla a deshora;
«¡Victoria!», el cielo clama
y el tartáreo querube horrendo brama.

En canto, di, süave,
cómo Gabriel en su veloz carrera
más que del Arca el ave
hiende raudo la esfera,
nuncio de paz del que en el cielo impera.

Y en el éter flotante
las ígneas alas desplegando vuela,

como en la mar sonante
nave de inflada vela,
en pos dejando nacarada estela.

Nunca vertió lucero
más puro en la alta bóveda su lumbré;
nunca midió agorero
astrólogo en su cumbre
de cometa mayor la pesadumbre.

No brilla tan hermoso,
rey del cerúleo campo tachonado,
Héspero glorioso;
no tan bello, inflamado,
relumbra el sol en el cenit rosado.

Y va de serafines
cercado en torno y de sus arpas de oro;
alados querubines
en refulgente coro
lanzan al aire cántico sonoro.

Los espacios celestes
leve, rápido, ardiente cruza y dora;
mil angélicas huestes
su marcha vencedora
celebran, del ocaso hasta la aurora.

Mensajero divino,
aromas, canto y luz al puro cielo
desparce en su camino;
y el flamígero vuelo,
mudo el orbe de asombro, abate al suelo.

Si no vienes de guerra,
¿Del reino de la luz por qué declina
tu marcha hacia la tierra,
do la virtud camina,
ausente de su patria, peregrina?

¡Teme, arcángel radioso,
del ángel de Sodoma la impía suerte;
al cielo presuroso
los pasos, ¡ay!, convierte
y deja al hombre en brazos de la muerte!

Mas no; que va guiado

por el que en noche oscura rige el freno
del rayo desatado;
cuando al fragor del trueno
tiembla de Atlante el cavernoso seno.

Ni en su diestra la espada,
de Adán azote en la mansión serena,
resplandece irritada:
luce, de mancha ajena,
en la siniestra cándida azucena.

Y entre vivos fulgores
que de zafiro y púrpura y topacio
multiplican colores.
y embalsaman espacio,
en pobre estancia, para Dios palacio,

El paraninfo hermoso
inclinándose a ti, dulce María,
prorrumpe armonioso
en canto que decía,
igual al de tu voz en melodía:

¡Salve, de mancha pura,
de gracia llena y del Señor amada!
Bendita criatura,
en la tierra apartada
para ser de Jesús madre adorada.

Dijo, y los montes,
las selvas y los antros repitieron
su voz; los horizontes
en dulce llama ardieron;
los demonios en ira se encendieron.

Las empíreas regiones
flores envían; ondeante nube
de argentados vellones
hierve, se esparce, sube
y púdico cendal viste al querube.

Y las auras rompiendo
voz que a los hombres redención augura,
doquier va repitiendo:
«¡Gloria a Dios en la altura;
paz en la tierra a la conciencia pura!»

¡Virgen que coronada
de estrellas junto a Dios reinas dichosa,
sobre soles sentada;
medianera piadosa,
que su cólera aplacas temerosa!

¡Tú, que del monstruo horrendo
vencedora inmortal, con firme planta;
el dardo reblandiendo,
oprimes la garganta,
de la tierra deidad que el cielo canta!

Al nuncio te postraste
absorta y muda sobre el suelo frío.
Y purpúrea, exclamaste
en arrebató pío:
«¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!»

Y no tan pronto ofrece
salida el labio a tu divino acento,
cuando el fulgor acrece
y da su blando aliento
la mística paloma al vago viento.

Y llega ya y suspende
las albas plumas sobre ti amorosa,
y tal volcán desprende
sobre la casta esposa
de la fecundidad llama gloriosa,

Que con la faz velada
los ángeles se inclinan reverentes
y al ver la unión sagrada
que es salud de las gentes,
baten al polvo las radiosas frentes.

Así por siempre unida
quedó la tierra al cielo y cesó el llanto
en que vivió sumida.
Forma el iris, en tanto,
en arco inmenso una diadema al Santo.

Borre el hombre infamante,
de la primera culpa el fallo escrito
en su frente arrogante:
más que el de su delito
el raudal de perdón es infinito.

Del numen poderoso
que no cabe en el tiempo ni en el mundo
y se encarna piadoso
en el seno fecundo
de casta Virgen con amor profundo.

Venciste, ¡oh Dios!, venciste.
Por frágil mano de mujer victoria.
De Luzbel obtuviste:
¡Cielo y tierra en memoria!
¡Himnos te canten de alabanza y gloria!

Nunca mejor corona
ciñó a una sien la musa que descuella
en profano Helicon,
que la que adorna bella
su majestad de Madre y de Doncella.

¡Madre de la esperanza!
¡Pura estrella del mar que en blando giro
anuncias la bonanza!
Yo, náufrago, te miro,
y envuelto va tu nombre en mi suspiro!

Oda

Al señor don Germán Hernández, con motivo del cuadro que sobre la desesperación de Judas presentó en la última Exposición.

Su luz serena el cielo
y soles rutilantes encubría
con funerario velo,
y en palpables tinieblas envolvía
de las calladas selvas la espesura;
el sublimado monte; la llanura;
y el mar inmenso que de horror mugía.

Sus alas replegaba
con frémito medroso el rudo viento:
la tierra suspiraba
con angustia y terror, y ronco acento
cual de lejana tempestad undosa,
que estrago anuncia y muertes, espantosa,
tal vez sonaba misterioso y lento.

Ni murmurio suave
se oye de fuente en bosque o en pradera,
ni canto alguno de ave,
ni clamor de torrentes o de fiera,
arden las nubes, hierven, se propagan,
y en silencio relumbran, y se apagan,
llamas do quier por la anchurosa esfera.

Y al fulgor de sus lampos,
trememente el corazón, vieron mis ojos
en los desiertos campos
desnudas rocas y áridos abrojos:
de vengadora cólera divina
indelebles señales, y ruina
de la mano del hombre y sus enojos.

Y vi tus negros muros,
triste Jerusalén, patria de llanto
y corazones duros;
y de nube sangrienta rojo manto
sobre el excelso Gólgota pendiente:
padrón de infamia a tu marchita frente:
perpetua casa a tu inmortal quebranto.

¡Noche de hondos misterios
cual la que en pasmo ayer y horror profundos
sumió los hemisferios,
cuando con férreos brazos iracundos
al Ungido, Sión, crucificaste,
y su sangre preciosa derramaste
que en divino raudal bañó los mundos!

¿Llegó acaso el momento,
maldecida ciudad, y la venganza
que Dios acopia lento,
menor que tu delito, al fin te alcanza;
y, sorda al ruego, de la Cruz en pago
dolor te envía y funeral estrago,
negada a tu clamor dulce esperanza?

¡Oh!, duerme todavía
libre, Sión, mientras sus rayos Roma
y su dogal te envía:
¡miseria, más que al parecer Sodoma!,
y al despertar, adorna en adulterio
al impío tus doncellas, y el salterio

a Tito cante y al infiel Mahoma.

¿Cuál, pues, duro castigo,
si el tuyo no, Jerusalén, se apresta
de Dios al enemigo?
¿Contra quién el Señor su brazo asesta?
¿O a nuevo crimen preparado el hombre,
con su justicia que a la tierra asombre
irritado y piadoso le amonesta?

Alegre está el averno:
su rey sobre el abismo se levanta;
blasfema del Eterno;
y esperando su triunfo altivo canta.
Y entre las voces del tartáreo coro,
acento horrible de furor y lloro,
jamás oído, el corazón espanta.

Al pie de árbol añoso
que sin hojas, señero, se divisa
en alto pedregoso,
a la luz del relámpago indecisa,
a Judas miro: del desnudo cuello
un lazo pende: mésase el cabello,
y al cielo insulta con feroz sonrisa.

La lengua vestidura
en desorden está: muéstrase el pecho
latiendo con presura
cual ola brava en reducido lecho:
salidos de sus cuencas, ambos ojos
en alto fija, con la saña rojos,
y a Dios amaga en su infernal despacho.

El ala recogida,
junto a él de espaldas su custodia llora:
al alma ya perdida
el arcángel rebelde vengadora
llama dispone en el sulfúreo abismo;
y el tormento de Judas en sí mismo,
doblado siente que su ser devora.

Y el apóstol perjuro
la vista tiende y mano fulminada,
mientras el ángel puro
sus ojos vela, y con la diestra alzada
último ruego al Hacedor envía,

y triste, a paso lento, se desvía
de horror la mente y de piedad turbada.

Y entonces sobrevino
oscuridad mayor, y pavoroso
silencio repentino.
La tierra absorta al caso lastimoso
enmudece temblando: en sus regiones
de cándidos querubes las legiones
se estremecen al fallo temeroso.

Súbito el estampido
del trueno horrisonante se desata,
y el intenso bramido
de la tormenta al aire se dilata.
Rompe el rayo las nubes: piedra y fuego
con él caminan, y en su furia ciego
campos incendia y montes arrebatá.

Blanca, suave lumbre
sobre el Calvario sacrosanto esplende,
y triunfante en su cumbre
en luces mil el Lábaro se enciende.
Como lluvia de sangre roja llama
sobre Sión horrenda se derrama,
y a pueblo y valle rápida desciende.

Del arduo monte erguido
cayó el traidor descoyuntado y roto
el lazo al cuello asido;
y cual suele fragor de terremoto
subir al cielo y conmover el mundo,
así al caer, rodando hasta el profundo,
gimió el empíreo y el confín remoto.

No a su presa más listo
acude el tigre, que de mal sediento
al vendedor de Cristo
Luzbel sañoso con legión sin cuento;
y allí le abraza, y en la torva frente
su garra imprime, y el agudo diente:
signo de alianza en el común tormento.

A la mansión precita
luego le arrastra del cordel atado
con afrenta infinita;
y al orbe como el trueno dilatado

un acento infernal: «¡Maldito!», exclama,
maldito el viento en los espacios brama;
maldito el mar en ronco son airado.

Mientras el ángel bello
las alas tiende hacia el «Calvario» santo,
suelto el rubio cabello,
mustio en el rostro y desceñido el manto;
y allí ante Dios doblada la rodilla
de la divina Cruz al pie se humilla,
el suelo besa y lo humedece en llanto.

A la muerte de Judas

Traducción de Vincenzo Monti

De su traición el precio infame a tierra
Judas arroja, al árbol se abalanza
y de un ramo oscilando el cuerpo lanza
pendiente al lazo que su cuello cierra.

El alma en su prisión, contra sí en guerra,
se agita y ruge y blasfemando alcanza
los cielos aterrar y de esperanza
hendir el antro en que Luzbel se encierra.

De su cárcel al fin sale bramando;
y entonces la justicia, en la inocente
sangre de Cristo el índice empapando,

Al Gólgota la arrastra y en su frente
sentencia escribe de penar eterno
y, vuelto el rostro, lánzala al infierno.

A una señorita

Con motivo de haber entrado en religión

En la cándida frente el sacro velo
muestras como señal de la victoria
que sobre el mundo y su falaz memoria

consiguió tu virtud, hija del cielo.

Así burlaste mi amoroso anhelo
palma inmortal labrándote de gloria;
cuando, ausente de ti, será mi historia
llamarte en vano y sin cesar con duelo.

¡Espíritu feliz! de la clausura
del cuerpo desatado, alegre, altivo,
libre de tu prisión miras la altura;

Mientras con mi pasión el alma enclavo
en este oscuro suelo, donde vivo
del ya imposible amor mísero esclavo.

El último día del mundo

(Poemita fantástico en dos cuadros y precedido de un prólogo.)

Prólogo

¡Si por el rubio Apolo arrebatado
y en aquel buen Pegaso caballero,
seguir pudiera el surco ya trazado
por el sublime y celestial Homero!
Mas Apolo es un viejo, y resfriado
ya está Pegaso de su ardor primero.
Así que es bueno para hallar ventura
mudar de pedagogo y de montura.

Yo quisiera también, ¡oh musas bellas!
(por ser de toda falda tan devoto)
con vosotros subir a las estrellas
y allí el empíreo contemplar remoto:
y de los astros proseguir las huellas,
y ver del sol el manantial ignoto,
y de santo temor la alma embargada

de Júpiter mirar la paz airada.

Y del inmenso piélago profundo
el fondo ver y la inexhausta fuente,
y en sus entrañas invisible mundo
do nace y reina el huracán rugiente;
y en sucesión perpetua el iracundo
empuje de las olas, y el doliente
son que a la tierra en su perenne orgía
el lloro anuncia del postrero día.

O el sonoro plectro manejando
que tanta gloria a vuestros hijos diera,
a las futuras gentes enseñando
cantar las glorias de la edad primera;
ora el valor o la virtud loando,
ora de amor la llama lisonjera;
y acatando tan solo vuestro ejemplo
de la inmortalidad llegar al templo.

Mas para no intentar tamaña empresa,
asístenme, señores, mil razones,
de inmensa monta la que menos pesa
que expresaré con pocas digresiones;
porque pensar que la mi cholla obesa
pueda sin digresar formar borrones,
fuera pensar que una mujer callara
porque un infierno con su lengua armara.

Y pues de infierno y de mujeres hablo
(sin confundir con una la otra cosa)
quiero deciros, Musas, como el diablo
siempre me tienta con mujer hermosa,
aunque, a decir verdad, amor no entablo,
siento tan cruel mi suerte caprichosa
que por más que me afano en esa caza
siempre por liebre encuentro calabaza.

Es la mujer como la selva umbría
en jarales fecunda y en maleza,
do bien entre de noche, bien de día
vacila el hombre, cuando no tropieza.
Apuesto una mujer de gran valía
del seso digo con feliz llaneza,
y yo que en la mujer siempre confío,
la regla adopto, y del demonio fío.

¡Ojalá siempre cauto hubiera sido,
yo que sólo a gemir acierto agora,
ajado corazón que el bien perdido,
y su ilusión y su inocencia llora:
marchita flor que sobre el tallo erguido
rica de olor no mira ya la aurora,
sino por tierra, en lastimoso estado,
el cáliz roto y con desdén pisado!

Mas vive Dios que en estas digresiones
el tiempo pierdo y la paciencia acaso,
cuando exponer debiera las razones
que me prohíben el hacerlos caso;
pero no me culpéis si en ocasiones
adelanto camino, o bien lo atraso
si así lo quiero y si con ello gozo;
que en esto de caprichos soy un pozo.

Hubo, Musas, un tiempo en que el imperio
de las preciadas artes soberano,
con maternal y justo ministerio
rigió vuestra feliz con sabia mano;
mas invadido luego el magisterio,
do reinó la razón manda tirano
de ciega plebe el irritante orgullo,
sorda del verso el armonioso arrullo.

De Virgilio y de Homero el alto ejemplo,
delicia y ley de los insignes vates,
yace olvidado, y de la fama el templo
en jaula convertido está de orates,
y algún Dios de saber ora contemplo
a quien sientan muy bien dos acicates:
Dios que el gran Lope o si Cervantes vieran,
por juguete de barro lo tuvieran.

Y así como está el habla está el invento,
pues sólo goza en lo espantable el alma,
y tanto, que será buen argumento
el vuelo de un borrico con su enjalma.
De vestiglos y diablos un buen ciento
al talento embrollón darán la palma,
y es la transpirenaica pepitoria
sano potaje de esplendente gloria.

También vosotras la inmortal corona
que el genio premia y la virtud alaba,

al héroe disteis, y a la fiel matrona,
y al vate ilustre que en su honor cantaba;
mas ora que la lira sólo entona
himnos al oro que antes despreciaba,
fuerza será que al lauro empacho tenga,
y ochavo a ochavo su renombre obtenga.

Y por buscar tal gloria y conseguilla
al pueblo halaga y a su instinto bruto,
cultivando del mundo la mancilla
como del suelo el labrador el fruto;
mal de su agrado el yugo que le humilla
de su pluma y conciencia da tributo,
y el siglo aplaude, y con su aplauso infunde
su propia infamia al vate, y le confunde.

Así con Dios quedad bellas que un día
con tanto halago acarició mi mente,
y en cuyos brazos caminar quería
del austro al bóreas y del ocaso a Oriente:
bellas que en la vigilia y sueño veía,
y en todas partes con amor ferviente,
como allá el alma en su ilusión constante
goza en la imagen de soñado amante.

Mas ya que el mundo en su turbión envuelva
de mi fortuna la infeliz barquilla,
no permitáis que en su furor disuelva
el casco frágil o la endeble quilla,
pues aunque esclava mi razón resuelva
partir con él la gloria o la mancilla,
por vuestro amor, mi amor siempre suspira
y luz tan sólo en vuestros ojos mira.

Cuadro primero

- I -

Salud mundo dichoso
que en perpetua alegría
recorres triunfador el firmamento;

ora guiado por la luz del día,
ora por el fanal que silencioso
su tibia luz de plata reverbera
en la callada esfera,
dando a la noche umbría
alma, tristeza y dulce poesía;
o si de luto se reviste el cielo,
dirigido en tu vuelo
por fúlgidas centellas
que acaso, como tú, tienen estrellas,
y soles de otros mundos sin guarismo
vida dan al espacio y al abismo.

Salud mundo dichoso
que el sol enamorado en torno ciñe
como a la esposa el brazo del esposo;
que ardoroso y lascivo tu sien tiñe
con los blandos colores de la aurora;
y con los rayos de su luz fecunda
de amor y de vida fecunda
cuanto en tu seno y superficie mora.

Salud a ti que unido
con lazo eterno al piélago profundo,
expirar a tus pies lo ves rendido
de su lucha cansado,
y en acento iracundo
a par que dolorido tu victoria,
y su anhelo engañado;
y el gran poder divino
canta y llora contino,
encadenado heraldo de tu gloria.

Salud a ti que en el profundo seno
mil metales preciosos atesoras,
que cual dioses adoras.
Por ellos la virtud sumida en cieno
de los vicios aspira el aire impuro
y el crimen vive de temor seguro.

Salud a ti que en tanto vario clima
como la luz del sol fecundo anima,
vas tus llagas sin cuento
perfumado de olores ocultando;
al placer convidando
con lascivo ardimiento:
mintiendo el corazón dulce contento.

Así va la mujer, cuando marchitos
el alma y los colores
por la vida estragada,
se finge enamorada
remedando de un ángel los amores,
cuando el infierno en las entrañas lleva
y en la torva mirada se trasluce,
y en la hundida mejilla
que en afeites reluce
mostrando su torpeza y su mancilla.

Así va el hombre en bacanal sombría,
perdida la razón, turbios los ojos
y el paso vacilante
con el vapor del vino, radiante,
alegre y sin enojos
la paz mostrando y loca fantasía,
mientras que, lento roedor gusano,
en afanar insano,
busca del pecho la escondida llaga,
y allí se ceba y con furor la estraga.

Así muestra la mar su faz serena
como un espejo de bruñida plata
que al blando aliento de la dulce brisa
se ruga en torno con falaz sonrisa,
y en voz armoniosa de sirena
por la sonante orilla se dilata,
el furor ocultando con que luego,
espumosa y bravía,
lleva sus olas a las altas nubes
y el rayo del Potente desafía
del ángel, con pavor, y del Querube.

Así un prado de mil flores,
y de mullido césped esmaltado
al parecer formado
para el juego lascivo y los amores
bajo la verde alfombra acaso encierra
mina de ardiente lava que algún día
con miedo de la tierra
en yermo trocará su lozanía;
y los pueblos, los campos y los montes
hasta los apartados horizontes
cual mar de fuego inundará sañudo,
sordo a tu ruego y a tu espanto mudo.

Por eso tus loores
ha de cantar y suerte peregrina,
mundo por Dios lanzado,
como cosa divina,
a vivir condenado
fantasmas viendo y ensalzando errores;
mundo que a Dios vendiste,
mundo que a Dios mataste
y con sus vestiduras te cubriste
cuando en su alma piedad quiso abrazarte.
¡Tú eres bueno y te sigo!
Mas la suerte maldigo
que a unir me fuerza en insoluble lazo
al mal de conocerte el de cantarte.

- II -

Cantarte, sí, como su muerte canta
con tristes notas su canción postrera
llorando el cisne, o cual su voz levanta
soberbio el indio en la voraz hoguera,
y un himno entona, y con serena planta
la saña excita en su contrario fiera.
Así cantaba cuando el ronco acento
zumba del rayo en la región del viento.

Y luego en pos de la fatal vislumbre,
por la cóncava esfera resonando,
del silboso Aquilón a la alta cumbre
vuela confuso el formidable bando:
nublos sin cuento la vivace lumbre
van de los astros sin cesar volando,
cual a cadáver mísero, protervos
cubren graznando denegridos cuervos.

De nuevo el rayo fragoroso estalla;
y una vez y otra vez, áspero y rudo,
mezclado al trueno en la común batalla
ruge silbando el huracán sañado.
Braman los mares; con pavor se calla
el acento del hombre, y triste, y mudo,
el viejo Atlante de terror vacila
y el peso siente que en el hombre oscila.

Nunca tiniebla tal ni tal pavora
la mente humana concibió en el suelo:
es del abismo la infernal negrura:
es de la Nada el espantoso velo;
y el alma entonces a su pena dura
bálsamo encuentra de sin par consuelo:
¡es en los mares de la vida una ola,
y va a perderse ya, náufraga y sola!

¡Sola!... Sin los ensueños de esperanza
que al palpitante corazón sencillo
el goce muestran que jamás se alcanza,
y fuera en vano a su ilusión pedillo:
en honda soledad; que allí no lanza
el desengaño su traidor cuchillo
al alma incauta que el amor abriga
y a un ser humano su existencia liga.

Por eso, acaso, a compasión del ruego
movido el cielo y del continuo llanto,
templa del alma el devorante fuego,
la angustia acerba, el sin igual quebranto;
y a la alta cumbre transportada luego
en dulce arrobó y celestial encanto,
rápida hiende la tupida nube
como leve vapor que al cielo sube.

Y así como de Júpiter el ave
remontada al empíreo, de repente,
antes que junto al sol su vuelo acabe
fija en el suelo su mirada ardiente,
y del mar del espacio excelsa nave
se columpia en el éter blandamente,
quedando luego inmóvil como herida
de un rayo de la luz que le da vida.

Del mismo modo el alma, que en su idea
finge el empíreo remontar segura,
al suelo por mirar que señorea
detiene el vuelo entre la niebla oscura,
que así suspensa saludar desea
con afectuoso adiós en su ternura,
la tumba que a su amor suerte inhumana
abrió de la existencia en la mañana.

¡Tan cierto es que el dolor en su cadena

de mágico metal, lleva la vida
de lloro en lloro en la terrestre escena,
y aun es al hombre por su mal querida!
Por eso el corazón vive en la pena
como un ave en el lecho en que se anida;
y por eso doquier junto a la fosa
más perfume y color tiene la rosa.

Tal era su pensar cuando en la altura,
de la pasada vida, reverente,
olvido a Dios le pide en la amargura,
y un rayo de su luz resplandeciente.
¿Es esta oscuridad la de dulzura
eterna gloria tuya refulgente,
y estos recuerdos que doquier me siguen
lazos serán, Señor, que a ti me ligen?

De esta manera enardecida, en vano
(tal era su ilusión) quiere la mente
de Dios sondar el insondable arcano
juzgando ante su trono estar presente;
y luego en alas del delirio insano
sueña ver en el cielo de repente
espectáculo tal, que acerba pena
de otro nuevo gemir abre la vena.

Para cantarlo, ¡oh Musas!, lira de oro
dadme que pulse, do en sublime acento
acorde al son del Apolíneo coro
el vuestro imite celestial concento;
que si persigo rebosando en lloro,
en extraviada senda, sin aliento,
de fantástica gloria el gran vestiglo,
no me culpéis a mí, culpád al siglo.

Obscuro siglo que por luz clamando
la luz apaga con su boca impura;
siglo de ateos a Jehová llamando
y al diablo a un tiempo con sin par locura;
confuso siglo por do quier mostrando
de oro y de harapos hórrida mixtura,
siglo de ciencia que al error camina,
y al vicio triunfador la frente inclina.

Y cual la tierra madre que a su infante
cuidosa alimentó con dulce anhelo,
y le ve, ya crecido, que inconstante

sus brazos deja por extraño suelo;
y entonces redoblando la incesante
plegaria que por él dirige al cielo,
la vida ofrece por tornarle grato,
que más le quiere cuanto más ingrato.

Así piadosas me acorred agora
uniendo a mi razón la fantasía
que a Homero dio y Virgilio voz canora
para llenar el mundo de armonía;
o la terrible voz que en Dante llora,
o de Milton la voz fuerte y sombría;
y aunque llegar debiese a su locura,
la voz del Tasso cadenciosa y pura.

¡Oh sacrosanto Numen que al poeta
humo vano o ciprés das por corona!
El hado envidio del valiente atleta
que himnos de triunfo al expirar entona.
Parta mi voz cual rápida saeta;
cual rayo truene en abrasada zona;
y desde el fondo de la tumba fría
seré del mundo vencedor y guía.

- III -

Sordo rumor lejano se difunde
que creciendo veloz los aires llena:
viva llama también se eleva y cunde
del ruido en pos que el firmamento atruena.

Si el undísono mar mugiendo airado
en su ancho seno como el Etna hirviere;
y del abismo el Bóreas desatado
las espumantes olas revolviere;

Y en su insano furor osara al cielo
subir con ellas rebramando impío,
tras sí, yermo dejando el triste suelo,
y el hondo lecho de la mar vacío;

Si a un tiempo mismo en nuestro valle oscuro,
presa de nuevo y sin igual tormento,

vieran los hombres de su trance duro
llegar veloz el postrimer momento;

Y un grito solo en su dolor alzarán,
de mil dolores expresión siniestra;
ni el mar ni el hombre en su furor lograrán
de tan bronco estridor darnos la muestra.

La llama en tanto rauda trascendía
en movible espiral el cielo hendiendo,
y con mil lenguas rápida lamía
las nubes que su luz iba encendiendo.

De infinitos celajes luminosos
(cual viste el campo y le concede olores)
el almo sol con juegos amorosos
las nubes tiñe y las convierte en flores;

Más de un incendio el resplandor sombrío
matices sólo de siniestra lumbre
brota, que manchan con afán impío
el hondo espacio de la excelsa cumbre.

Tal era el fuego que hacia mí volaba
de humo torrente alrededor lanzando,
y el grande abismo que detrás dejaba
en profunda tiniebla al par dejando:

Como incendiada nave en noche oscura
vuela a merced del vendaval furioso,
y trocada en pavesas su hermosura
el mar alumbra que la sorbe ansioso.

- IV -

En el mundo que incendiado
su ancha elipse recorría,
y por el cielo esparcía
nuevo cometa crinado
su luz cárdena y sombría.

Eran nobles mausoleos,
columnas, arcos triunfales,

academias y liceos
(de la ciencia devaneos)
entre ardientes espirales.

Diamantes, oro y topacios
por la llama derretidos:
ricos templos y palacios
alumbrando los espacios
con sus atrios encendidos.

Grandes reyes y guerreros,
prelados de alta virtud,
los Virgilio, los Homeros,
y los sabios altaneros
en un ardiente ataúd.

Pobres siervos y señores,
en abrazo fraternal,
depuestos ya los rencores
confundiendo sus dolores
en una hoguera infernal.

Las altivas hermosuras
y los galanes dorados,
con sus livianas ternuras,
y con su amor y locuras
en vil ceniza trocados.

Ya la belleza inocente
de fragancia virginal,
dulce, pura y refulgente,
como el destello riente
del lucero matinal.

Con la mujer confundida
que el mal prefiriendo al bien,
trocó de un ángel la vida
por la senda maldecida
que la apartó del Edén.

Eran restos calcinados
de difuntos en sus huesas,
allí por burla mezclados
en los cuerpos animados
convertidos en pavesas.
Tanta ambición, tanta gloria,
tanto crimen y virtud,

que conservara la historia
como dignos de memoria,
y en sus cantos el laúd.

En la misma sepultura
con los vicios perecieron,
que por ser de fama oscura
a la par que la locura
al mundo desprecio fueron.

Mas de célica armonía
una voz creí escuchar
hablando al mundo que ardía,
y estas palabras decía
que calmaron mi penar.

«No murieron en el suelo
los que salvaron el alma;
murieron los que su vuelo
no alzaron jamás al cielo
en busca de eterna palma.»

«Morir es cambiar la vida
de un instante, amarga y dura,
por aquella indefinida
en el cielo establecida
por Dios, para el alma pura.»

Morir es viaje que al puerto
del claro cielo nos sube,
nos da la forma de un muerto,
y del hombre el paso incierto
cambia en alas de Querube.

Así, cual leve suspira
el niño que a un niño llora,
sin pesadumbre, sin ira,
aquella voz vaga, y gira,
y en los aires se evapora.

Y entonces juzgué que os veía,
dulces prendas de mi amor,
mientras el orbe gemía
subir llenas de alegría
hacia el trono del Señor.

Allí, si tenéis memoria,

de lo que fuera el vivir,
recordad mi triste historia,
y ante el ara de su gloria
rogad por mi porvenir.

- V -

¡Oh mundo, y cuán trocadas
tu antigua gallardía y tu hermosura
las vido entonces, demandando al cielo
con llanto de amargura
en vano compasión el alma mía!
Velado el Sol yacía,
y del abismo el tenebroso velo
la luna y las estrellas,
que con fúlgidas luces y centellas
denante en tu camino,
cortejo al triunfador, te acompañaban,
también cubrió con espantoso luto.
Mustias y tristes, tu maldad lloraban
y su terrible fruto:
o en tu desgracia su final destino
temblando acaso con terror miraban.

Los fuegos que dormían
en tu profundo seno sosegados,
aguardando que opimos
de tu maldad creciesen los racimos,
del sueño despertados
fueron en la vendimia los primeros.
Y con rugidos fieros
por infinitas bocas respiraron,
y hasta el cielo llevaron
tus blasfemias y lloro,
entre espirales mil, sus lenguas de oro.

El undísono mar las crespas olas,
no ya zafíreas revolvió en su lecho,
negruzcas sí como la muerte sangre
que de un cadáver expeliera el pecho;
y con terrible calma,
más temerosa al alma
que de sus iras el terror y estruendo,

las fue lentas subiendo;
y a lento paso y movimiento blando
con ellas inundado
palacios y cabañas,
los campos, los volcanes, las montañas.

Los ríos y las fuentes
que en su sencillo y armonioso canto
las puras aguas con placer vertían
ledas corriendo con florido manto,
en tempanosa sangre se tiñeron;
que en sangre convertidas
las linfas transparentes,
para mojar tus fauces rojecidas
por el Dios vengador al punto fueron.

Los vientos se pararon:
tus infinitas voces y ruidos
de miedo enmudecieron:
sus males y sus penas olvidaron
los hombres pavoridos,
que sanos se juzgaron y felices
cuando la muerte tan cercana vieron.
Entonces los matices
todos en miedo en sucesión horrenda
los descompuestos rostros demudaron:
tiembla su corazón: su entraña tiembla:
tiemblan sus huesos con chasquido horrible:
niega a su labio la oración al cielo,
y por la boca vomitando enojos,
cubierta el alma de espantoso velo
alzan al cielo, sin llorar, los ojos.

Cuadro segundo

- I -

No es raro ver en abrasadas zonas
que un sol de fuego sin cesar inflama,
del claro día la esplendente llama
súbitas nubes el fulgor velar.

Entonce el aire con pavor se para;
ninguna voz en los espacios suena;
todo en el orbe con profunda pena
siente la muerte sobre sí pesar.

Medrosa el ave los hijuelos deja,
el dulce nido, y la región del cielo,
y busca al hombre en congojoso anhelo
con el miedo olvidando su rigor.

Vanse las fieras al hogar del hombre
con tardo paso y lagrimantes ojos,
y en el peligro deponiendo enojos
laman sus manos demandando amor.

Y el hombre mismo soñoliento y triste
la noble frente hacia la tierra inclina,
y sofocado a la piedad divina
pide auras frescas, movimiento, luz.

Y hay un momento de suprema angustia
en que la tierra al parecer expira,
y agonizante sin dolor suspira
envuelta en negro funeral capuz.

Luego del cielo desprendidas bajan
tibias y escasas transparentes gotas,
que suenan sordas cual terribles notas
del concierto que anuncia el temporal.

Y al estampido horrisonante y fiero
del ígneo rayo que las nubes parte,
se abre la esfera y sin piedad reparte
piedras, y lluvia, y recio vendaval.

Y mil acentos la tormenta al aire
esparce loca en confusión extraña,
y corre, y vuela, y la profunda entraña
tiembla del mundo, al sin igual fragor.

Mezcla confusa así de varias voces
claras y sordas de la tierra veía:
otras formando extraña algarabía:
hijas todas de rabia o de dolor.

- II -

Unas eran cual rugidos
de leones
sorprendidos
en sus lóbregas mansiones:
roncos, fieros,
lastimeros.

Otras al tigre imitaban
de sangre humana sediento,
y con feroz ardimiento
lúgubres, como él, aullaban:
con tal son
que en agonía,
de escucharlos
o nombrarlos,
fallecía
el corazón.

Allí se oyeron gemidos
que, cual débiles mujeres
los humanos confundidos
exhalaban, ya perdidos
sus impúdicos placeres.

Y allí también el rugido
que la ambición en su despecho lanza,
cual suelo embravecido
el tigre su gemido
la presa al ver que a devorar no alcanza.

Y allí también de dolor
indescriptibles acentos
se elevaban,
que causaban
en el alma mil tormentos
de angustia, pena y terror.
Ora lentos y profundos,
de tan triste entonación
cual si fueran de mil mundos
los gemidos
reunidos
en su solo corazón.

Ora agudos, vibradores,
blasfemantes;
como rayos serpeadores,
flameantes.
Ora dulces y sin ira,
como gira
y suspira,
requerido por las flores,
con olores
sus ardores
apacando,
el cefirillo volando:
con blando
murmullo
y arrullo
gentil;
huésped
alegre
de abril.

Y allí los duelos que amor
al ver su fin malogrado
exhalaba despechado
de su destino al rigor,
y a la Parca, en su dolor,
un instante le pedía
retardase su agonía,
mientras el labio sediento
en el raudal un momento
amor y muerte bebía.

O el fragor de los rayos remedando
cuales con bronco estruendo
iban cielos y abismos atronando
más que todas subiendo y más que el fuego;
y por doquier creciendo
de ellas en pos iba el espanto ciego.

- III -

Y en confusión tan extraña
todo aquello resonaba,
que la mente vacilaba

en distinguir la expresión
de las voces que sin cuento
ya vagaban confundidas,
ya trastornadas, perdidas,
en tan cruel desolación.

Eran voces de demonios
y angelicales acentos:
de animales los lamentos
y del hombre el sollozar:
eran quejas, maldiciones,
y carcajadas, y llanto:
eran risas y quebranto
con plegarias del altar.

Y de beodos festines
la algazara y la tormenta
y el ruido que fermenta
en impura bacanal,
y relinchos, y baladros,
y de sierpes los silbidos,
y de toros los bramidos
con estrépito infernal.

De animales inocentes
el lamento: de las fieras
y las aves carniceras
el grito agudo y feroz;
que del mundo presintiendo
el postrero triste día,
al festín que prometía
se apretaban con furor.

La campana de difuntos
y el repicar de las fiestas:
suspiros, risas honestas,
risas de impura beldad:
y el concierto de los templos,
y la música acordada
del baile, en que solapada
tiende su red la maldad.

Voces de niños y ancianos
y de vestales el canto:
de fieras lides el llanto
al retumbar del cañón;
y de espadas y fusiles

el estruendo, confundido
con el son que ha producido
del trovador la canción.

Dulces plantas y zamponías
en el campo, entre las flores,
con que requirió de amores
a la zagala el zagal;
de trompetas y clarines
la fatídica armonía
al pecho infundiendo impía
de sangre la sed marcial.

De un beso puro el chasquido
y el dulcísimo concento
de suspiros que sin cuento
lleva el labio al corazón,
con los besos confundidos
de rameras degradadas,
o de esposas abrasadas
en adúltera pasión.

El dulcísimo murmullo
de los ríos y las fuentes;
de arroyuelos transparentes
el dormido susurrar,
y los tumbos atronantes
del torrente que, bramando,
va los campos asolando
y los pueblos a la par.

De mugiente catarata
los raudales despeñados
de alta cumbre, y transformados
en espumas y en vapor;
y el rugir de los volcanes
que brotando del profundo
lanzan fuego contra el mundo
con horrísono estridor.

Blanda el aura en leve giro
con arrullo armonioso
bebe el néctar aromoso
de las flores el vergel:
mientras fieros aquilones
van con hórridos bramidos
azotando encruelecidos

la ancha frente de Babel.

Los mil sonidos confusos
de esos vastos hormigueros
en que nobles y pecheros
gozan de santa igualdad:
los unos en artesones
dorados, y en muelles lechos,
cuando los otros por techos
del cielo han la majestad.

Y las voces bramadoras
de los mares irritados
en su asiento revolcados
con pavoroso mugir;
que en su anhelo furibundo
por asaltar sus riberas,
llevaban a las esferas
sus montañas de zafir.

Mas después de este concierto
que la mente percibía
con misteriosa armonía
en su mágica ilusión,
sólo escuché del incendio
el espantoso crujido
y el lamento que afligido
exhalaba el corazón.

Y en intervalos iguales
los sonidos atronantes,
monótonos, desgarrantes;
de trompeta funeral,
y entre sonido y sonido
humanas voces y llanto,
y en los aires dulce canto
de blandura angelical.

Y también rancos acentos
que en el éter revolaban,
y del hombre se mofaban,
con irónico gemir;
o reían, y era entonces
el sarcasmo tan pugnente,
que para el alma doliente
preferible era morir.

- IV -

Voz de la vana conciencia

«Yo con sublime ardor, ciencia divina,
en la cerúlea esfera dilatada
de fuegos tachonada,
vi las manchas del sol que la ilumina;
medí los mundos, descubrí planetas:
en su callado curso a los cometas
de crines rutilantes,
doquier seguí, que errantes,
cual reyes del espacio,
del Orbe visitaban el palacio.
Yo predije el eclipse: yo seguro
en atrevido vuelo
osé subir al cielo,
de la tierra salvando el fuerte muro.
Yo a la nube fatal de fuego henchida
la prole maldecida
de flamígeros rayos inhumanos,
y vio la tierra, ante mis pies postrada,
inerte de Jehová la diestra airada.»

«Un hora más el mundo,
y en raudo vuelo el pensador profundo;
escalando del cielo el alta cumbre,
verá de Dios la sempiterna lumbre;
contará las estrellas:
conocerá del sol las vivas fuentes:
porque marchan sin huellas
flotando con éter puro
los astros refulgentes:
quién habita sus orbes dilatados:
quién puebla los espacios que injoneados
cubre el abismo con su velo oscuro;
y el alfabeto, en fin, de la gran ciencia
con que el libro divino
escribió del SEÑOR la omnipotencia
en la tierra, en el mar, en la alta esfera,
descifrará triunfante.
Entonces, revocada
la maldición primera,

en vida sosegada
se tornará el anhelo delirante
de la débil criatura,
que de Dios será igual siendo su hechura.»

Voz de la hermosura

«La flor que en el crudo estío
se marchita y descaece,
halagada del rocío
otra vez con nuevo brío
se colora y reverdece.»

«Pero no hay resurrección
para el que tu mano fiera
hundió en la negra mansión;
que no tiene tu estación
auroras ni primaveras.»

«Detén, muerte, tus rigores:
deja que del mundo aspire
los olores:
deja, aunque después expire,
que el perfume de mis flores
él respire;
y que en uno confundidos
sus olores y mi olor,
los sentidos
en atmósfera de amor
vague luego embebecidos
sin dolor.»

Así dijo la hermosura
trocado en nieve el carmín;
y la muerte a la criatura,
mostrando la sepultura:
da tu aroma a mi jardín.

Voz del materialismo

«Desde el átomo al Sol, que en regia pompa
de luz formado sobre el orbe impera,
soberbio rey de la celeste esfera:
desde la piedra que jamás palpita
con vida generosa,
hasta la planta hermosa
que, sensible al placer, de amor se agita:

desde el pólipo vil que en peña dura
busca sustento y lecho,
hasta el Ser pensador que mira estrecho
el ámbito del mundo
a su anhelar profundo,
y otra vida mejor, en su locura,
y otros espacios, y otros cielos sueña:
todo el sentido a la razón lo enseña.»

«Un siglo más, y el pensamiento humano
en su vuelo esplendente,
de la materia al escondido arcano
verá claro y patente.
Sin más luz que la ciencia,
de la tierra y los cielos
descorrerá los velos;
y el orgullo del hombre, rebajado,
verá la inteligencia
surgir del barro con que fue formado.»

Voz del ateísmo

«En su ambición insana
el hombre que del lodo fue nacido
para vivir tan sólo una mañana
de nieblas circuido,
y de error y mentira
en un oscuro abismo
donde sin luz delira
de los otros esclavos y de sí mismo:
el hombre, en sus ensueños
de ventura halagüeños,
no queriendo morir, desde la huesa,
(que no vuelve su presa),
hallar pensó camino
a nueva vida de mejor destino,
de engaño aleve y de pesar exenta:
puerto libre de escollos y tormenta.»

«Y en su loco pensar olvidó, necio,
que la muerte es el precio
de nuestra corta vida trabajada,
a la tierra lanzada
sin memoria y sin huella,
como perdida estrella,
entre la noche que al nacer precede
y la más triste que al morir sucede.»

«Olvidó que del mundo
la portentosa máquina sublime,
condenada a morir, también un día
con horrible agonía
roto el seno profundo
y el eje destrozado
tendrá, cuando lanzada
a los campos del éter, sin camino,
cumpla en la Nada su fatal destino.
Entonces desprendido
de su alto asiento el luminar fulgente,
dislocará la esfera;
y de su lumbre la copiosa fuente,
cual si fuego lloviera,
en el espacio volcará perdido.»

«¿Y el Dios, dónde estará que en ese templo
de pavor y ruina,
su clemencia divina
muestra en grande y celestial ejemplo?
¿O el Hossanna sagrado
será de su alta gloria,
el himno funeral de la agonía
que el orbe destrozado
lance en el crudo día,
único de los tiempos sin memoria?»

«Si fue el mundo su hechura
y de su viva luz claro destello;
si de hombre, fuerte y bello,
dio al lodo la figura
en que su propia imagen retratada
miró después ufano,
del hombre satisfecho y de su mano:
¿por qué luego quisiera
volviéndole a la nada,
deshecho ver lo que potente hiciera?
O cabe en Él venganza:
o fue su previsión un mero nombre
cual la virtud del hombre:
o sujeto a mudanza
vaga incierta su mente en las tinieblas,
como entre espesas nieblas
la fosfórica luz que se desprende
de las tumbas infectas:
o acuso de imperfectas

sus obras portentosas
que del capricho en alas vagarosas
hoy eleva su diestra,
y entre el polvo mañana nos la muestra.»

«¡Alma filosofía! a ti sea dada
la empresa generosa
de abrir al hombre la mansión oscura
de la ciencia y del bien, que en vaporosa
atmósfera de errores infestada,
cierra a los hombres su sin par locura.
Viva dichoso el mundo a la vislumbre
de tu sacra aureola refulgente;
y el trono que el mortal puso demente
de aéreo cielo en la empinada cumbre,
derrocado por ti se humille y caiga,
y el de pura verdad tu luz nos traiga.

Coro de demonios

«¡Sigue raudo así, triunfante,
las entrañas abrasadas
y tus gentes calcinadas,
luminar de maldición,
yo me lanzo en tu carrera
a recoger tus gemidos,
de tus miembros encendidos
al funesto resplandor!»

«Quiero ver cómo se agitan
en tu hoguera las criaturas;
quiero al hombre y sus hechuras
en tu gran conflicto ver.
Y ese orgullo que insensato
del Eterno blasfemara
si entereza conservara
en las ruinas de Babel.»

Cómo el miedo se retrata,
quiero ver en tu semblante
¡hombre!, y tu pecho anhelante
al escape palpitar.
¡Sigue, mundo, sigue ardiendo,
que al crujir de tus torreones
quiero oír tus maldiciones,
y tus dientes rechinar!

«Si otros mundos, esplendente
miran tu ígnea vestidura,
dirán, mundo, que en la altura
a festín célico vas.
Corre, vuela, presuroso,
que al final de tu carrera
con su fiesta ya te espera
la tremenda eternidad.»

Voz del escepticismo

«¡Oh Dios que en toda lengua, en todo clima,
con nombres varios y diverso culto,
incomprensible y santo,
de misterioso encanto
rodeado al par que de inefable lumbre,
el hombre adora; y en la excelsa cumbre,
y de este valle en la profunda sima,
doquier estás presente
al que humilla su frente
ante tu faz velada,
y para el alma de impiedad cercada
severo en la tiniebla estás oculto!
¡Oh Dios! en sed ardiendo
de mejor vida que a tu ser me uniese
por siempre en lo futuro
luego que el peso duro
de este cuerpo mortal se disolviese,
doquier vagué pidiendo
tu voz al negro abismo,
y a las pujantes olas, y a la tierra,
y a los remotos cielos sin guarismo;
y a cuanto el mundo encierra
en el profundo seno y superficie;
y al blando sueño en su feliz molicie;
y a la razón, cuando despierto sueña
virtud el hombre y venturosos años,
mientras, el mundo, sin piedad engaños,
vicios y crimen retozando enseña.»

«Doquier ¡oh Dios! te veía
la mente absorta al contemplar tus obras,
y entre duda y zozobras
deseaba creer, y no creía;
que el corazón empedernido y ciego,
calcinado en el fuego
de hondas pasiones, y de ciencia vana,

perdido el jugo de la edad lozana,
perdió el amor con él, perdió la vida;
y la fe que atesora
el noble pecho en quien lució tu aurora,
tan sólo a amar con su virtud convida.»

«¡Oh Dios! a mí te muestra:
si no quieres piadoso
en diamantino trono esplendoroso,
de inefables aromas entre nubes,
de ángeles circuido y de querubes:
con encendidos rayos en la diestra.»

«Cese la duda cruel que en inhumano
tormento causa al corazón desvelos,
aunque después tu mano
airada contra mí lance los cielos.»

Voz del arrepentimiento

¡Oh tú de cuya luz la luz es sombra!
Ojo que con virtud que nos asombra
ves clara la mancilla,
y aun en el cieno de maldad que impura
lleva de muerte la señal segura
distingues de virtud noble semilla:
¡Señor! pues que miraste
cuán frágil de mi suerte el hilo caro
al golpe fue del padecer sañudo,
sirva a mi crimen tu piedad de escudo;
y el ya sufrido mal, Señor, te baste,
y torne el pecho en tu presencia claro.»

Voz del fatalismo

«¿De qué sirven los lamentos,
y los ayes, y el llorar,
si el Destino los momentos
ha contado, y tus acentos
son en vano y tu pesar?»

«A sus ojos valen tanto
tus glorias y tu alegría
como tu mal y tu llanto:
de la virtud el encanto
como tu maldad impía.»

«¡Hombre! tu ley es morir
y el Dios del orbe es el hado;
pues aún antes de vivir,
al tormento de sufrir
fue tu ser predestinado.»

«Rey vencido, en los combates
de la vida, tu diadema
del dolor a los embates
es cual fuego de un Orates:
menos alumbra que quema.»

«Dichoso sí en la ancha frente,
para calmar tu dolor,
la bella por ti demente
virtió con mano clemente
la dulce gota de amor.»

«Qué clamor es en la vida
el ministro del Destino:
mago que al placer convida,
o hace la muerte querida:
astro infernal o divino.»

Voz de un esclavo

«Esclavo del hombre su dura cadena
entera una vida paciente sufrí:
justicia en la tierra no obtuvo mi pena:
justicia tan solo se obtiene al morir.»

Voces de africanos

Primera voz

Como mágica figura
el mundo ante mí pasó:
él pasaba y se reía,
¿porque con él no iba yo?

Él de sus galas vestido:
él palpitante de amor;
y con iras en el pecho,
y sucios harapos yo.

Fue su vida regalada
un magnífico festín.

Yo ni a sus restos tocaba;
sólo oía su reír.

Como esclavo mi cadena
por los suelos arrastré.
Cuando libre de sus hierros
las señales conservé.

Y fue eterna mi deshonra,
y fue eterno mi dolor,
que Dios mismo, de tinieblas
con un sello me marcó.

Segunda voz

De las playas, ¡ay!, queridas
en que mi cuna arrulló
a la sombra de palmeras
el rugido del león.

Y entre sierpes y panteras
libre anduve y vencedor,
pisando tostada arena,
mirando de frente al Sol.

Arrancáronme tiranos
hombres de nieve y carmín,
que en el rostro ángeles eran,
sierpes en el pecho vil.

Y dijeron: Rey salvaje,
tu corona perderás,
y de esclavo al hombre culto
degradado servirás.

Y tu origen será un crimen,
una afrenta tu color;
y nosotros reiremos
cuando brames de dolor.

Y arrancado al patrio suelo
su memoria retendrás,
y con ella a todas partes
el infierno llevarás.

Voz de la esclava africana

Y tu empero si perdiste
dulce y noble libertad,
no lloraste, madre triste
como yo, lo que tuviste,
«de la entraña una mitad».

Hombre al fin, el duro pecho
para el odio te bastó.
Yo mojé de llanto el lecho,
y para mi alma fue estrecho
de odio solo el torcedor.

¡Yo envidiaba! Yo envidiaba
de otras madres los cariños,
y en mi mente desgarraba
a las madres y a sus niños
y en su sangre me bañaba.

Voz del eunuco

Insensatos, nunca visteis
de un serrallo el esplendor,
ni de Tántalo el martirio
excitó vuestro furor.

Nunca visteis la belleza
tan de cerca, tan desnuda;
ni la lengua, siempre muda,
ocultó vuestra tristeza.

En tan terrible atavío
nunca visteis la mujer
dominando el albedrío
y la sangre haciendo arder.

Ni en lascivas posiciones
muchas juntas retozar,
ensayando las maneras
de a sus dueños agradar.

Ni supisteis que esos juegos
que delirios parecían,
a vuestros ojos se hacían
porque no erais hombre, no.

Ni de una mujer la risa
que excitó vuestra impotencia,

os condujo a la demencia
y renegasteis de Dios.

Ni a los hombres despreciando
vuestra humilde condición,
visteis luego que sin ojos,
os creyeran mi razón.

Ni confiado a vuestra guarda
afrentosa su tesoro,
mojasteis con triste lloro
las alfombras del harem.

Ni avarientos sin riquezas
y guardosos del bien de otro,
fue vuestra existencia un potro
y vuestro infierno su Edén.

Coro de demonios

¡Delicia es ser libre! ¡Delicia es ser hombre!
Igual al de padre, ¿qué orgullo será?
Igual al de madre, ¿qué orgullo, qué nombre?
¡Esclavos! ¡Eunucos!, a Dios alabad.

Él solo ha sabido,
partiendo su herencia
con regia equidad,
mostraros la ciencia
y el bien prometido
de santa igualdad.

Coro de esclavos y de eunucos

De la vida a los banquetes
otros fueron los llamados;
y nosotros cual juguetes,
a sus burlas condenados.

Leve arena regada en las calles
como alfombra tendida a sus pies;
sucio estiércol que abona los valles;
vaso inmundo de barro soez.

Coro de demonios

De Dios empero criaturas

como los otros nacisteis:
¿por qué, sin crimen, tuvisteis
herencia tal de amarguras.

Coro de ángeles

Ninguno del sufrimiento
se vio exento:
todos ellos, ¡ay!, lloraron
vida y muerte;
mas si el cuerpo esclavizaron,
otra suerte,
al alma libre en su vuelo
diera el cielo.

Voz del mendigo

Regado fue con mi llanto
el pan que a veces me dieron:
pan de oprobio, escaso tanto,
que mis hijos perecieron
por él clamando transidos,
con gemidos
que mi pecho
maceraban
y del rico no llegaban
al artesonado techo.

Un mendrugo que el esclavo
con desprecio rechazara,
de la muerte los salvara,
y a su boca no llegó.
Mas en cambio, de los nobles
a caballos y jauría
no faltó cubierta un día
y el alimento sobró.

Yo a cabañas y palacios,
sólo armado de tu nombre
reclamé, Señor, del hombre
una fácil caridad.
Y el que en hartura vivía
me concedió algunas veces
una parte de las heces
movido de vanidad.

Y también en ocasiones,

en tu nombre soberano
me expelió con dura mano
y esas heces me negó:
que el placer era primero,
y estaba sola conmigo,
sin más que Tú por testigo,
que eres padre de los dos.

Coro de demonios

La gloria, mendigos, del mundo ensalcemos,
sus galas, sus pompas, sus armas, sus reyes.
¡Cuán grandes sus artes! ¡Cuán justas sus leyes!
De Dios, ¡oh mendigo!, la hechura cantemos.

Un demonio

¡Hombre sublime!, tu espaciosa frente
do plugo al Hacedor la diva llama
de inextinguible luz grabar potente,
eleva al cielo que en ardor te inflama.
¿Por qué la inclinas con mirar doliente?
¿No existe el orbe que por rey te aclama?
¡Imagen del Eterno! Tu destino
lo lleva el mundo en su fatal camino.

Coro de demonios

Mendigos, cantad,
que el mundo insonoro
fuera sin el lloro
que implora piedad.

También de los siglos audaz navegante
cansada la tierra se acoge ya al puerto:
¿Fue corto su viaje? ¿Fue largo? ¿Fue cierto?
¿Qué suerte a la nave reserva el Tonante?

Coro de ángeles

¡Feliz el que llora!
¡Feliz el que espera!
Su llanto atesora
riqueza postrera:
es llanto de aurora
vertido en pradera.

Coro del pueblo

Tú hiciste, Señor, que el lloro
de nuestros ojos vertido,
por milagro convertido
fuese para el rico en oro.

Voz de un demonio

¿Y qué importan tu rabia y duros males,
si en regia tinta los dorados mantos
tus sudores sangrientos a raudales
tiñeron, y tus llantos?

¿Cúya la mano fue que al polvo diera
de dioses la figura,
y a su mísera hechura
de imaginarios dones revistiera?

¿Cúya la mano que al tocar se pasma
sus propias obras luego,
y eleva triste ruego
de su locura al terrenal fantasma?

Sufre, cuitado en tu dolor paciente,
que al cielo elevas la plegaria en vano:
el hado contra ti rige tirano,
y el brazo de tu Dios es impotente.

Y el coro de demonios repetía,
remedando la angélica armonía:
¡Feliz el que llora!
¡Feliz el que espera!
Su llanto atesora
riqueza postrera:
es llanto de aurora
vertido en pradera.

Así de pobres la falange inmensa
que en medio al fausto vegetó perdida,
al cielo levantaba queja intensa
del odioso afanar que fue su vida.
Y ser llegada en su amargura piensa
del alto premio la ocasión debida;
y de Sodoma la poluta gente
alegre deja sin volver la frente.

Yo a quien de llanto y pesadumbre, y queja,
nutrió en buena hora de su madre el seno,
y acíbar sólo, maldecida abeja,
libé del mundo en el pensil ameno:
yo que la tierra cual villana reja
rompí contino en el sembrado ajeno,
y a ajeno carro con desdoro uncido
mostré mis hierros como rey vencido.

El pensamiento enderezando al cielo
con impía duda al Hacedor decía:
«De cuantos seres tu poder el suelo
pobló, Señor, en venturoso día,
del dulce hermano con salvaje anhelo
ninguno sangre en su furor bebía:
tan sólo el hombre racional, al hombre
la vida quita y desfigura el nombre.

Y el don mejor de tu bondad suprema:
la libertad que a la familia humana
ceñir debió como triunfal diadema
la pensadora frente soberana;
la libertad, que de ti mismo emblema
triunfar debió de la maldad tirana,
hubo tan pobre y tan escasa suerte
que su victoria se alcanzó en la muerte.»

Empero apenas la blasfemia impía
rasgó bramando la región del viento,
de blanca nube que hacia mí venía
llegó a mi oído un inefable acento:
del siempre vivo amor al alma mía,
fatal recuerdo conmovió al momento;
y al recuerdo querido la memoria,
de lo pasado renovó la historia.

Era tan vago, y fugitivo, y breve
aquel acento que el espacio hendía,
que no sonido, sino espíritu leve
de humana voz que llora parecía;
y de improviso cual puñal aleve
el corazón con su metal partía.
Amor, remordimiento, cruda pena:
todo en un punto a padecer condena.

La voz misteriosa

¿Visteis jamás del sol la viva lumbre
dorar constante la sublime esfera,
y del cenit suspenso la inexhausta hoguera?

Siempre en la tarde con desmayo triste
llega al ocaso en funeraria pompa:
vencido atleta de la lid desiste,
rota del triunfo la encantada trompa.

Así es la dicha que en mortal desvelo
codicia el hombre y por lograr se afana;
lumbre pura tan sólo en la mañana;
cuanto más grande más cercana el sueño.

Mas debajo al horizonte
hay para el sol otra vida
en que su luz bendecida
a otro mundo da calor.
Así el alma de los justos,
la del pobre, la del triste,
en la muerte se reviste
de los fuegos del Señor.

Y esos fuegos son el día
de perpetua claridad,
sin tinieblas que sombría
robe a Dios su majestad.

Allí la vida sin luto:
la ilusión es realidad,
y desear es ser dueño
de mayor felicidad.

Allí la vida es sin luto:
es amor
sin dolor,
sin desengaños por fruto.

¿El bien que te diera el mundo
por ventura fue un placer?
De tu pecho en lo profundo
gozar no fue padecer
los fantásticos ardores
de otros placeres mayores?

Y el dolor que deploraste,
bien mirado, ¿fue un dolor?

Mayor siempre un mal miraste
de tu hermano en derredor,
y el placer en lontananza
te mostraba la esperanza.

Así dijo y calló:
todo a mi vista desapareció.

VI y último

Aquel dichoso a quien jamás embiste
de ambición o de amor el fuego ardiente,
o que con duro corazón resiste
de la traidora Musa al aliciente:
ese tan sólo de ventura viste
dulces colores sobre la alta frente:
ese tan solo en envidiable calma
libre de duelos manifiesta el alma.

Del guerrero clarín la voz sonora
que en ardimiento el corazón inflama.
La sed de amor que en las entrañas mora,
de honor y prez la generosa llama,
y esa diadema de ambición que adora
postrado el mundo y reverente aclama,
para él son humo en que el dolor se encierra
y el hombre incauto entre sus brazos cierra.

Las mil visiones que la mente evoca
como en su selva prestigiosa Armida,
y en juegos mil y en algazara loca
forman el sueño en que se va la vida;
dorada red que la ilusión coloca
de aérea lumbre mágica tejida,
entre el fogoso corazón que anhela
y la esperanza que en los aires vuela.

Delirios son de que se mira exento
el diamantino corazón constante,
que de austera razón sigue contento
la celestial lumbrera rutilante;
y al mal resiste y grave sentimiento

en lucha fiera y sin cesar triunfante,
como de airadas olas combatido
resiste enhiesto el farallón temido.

Y si este no feliz quien en su pecho
la fe conserva generosa y pura,
que en dorado artesón y en pobre lecho
igual reparte su celeste cura:
fe venturosa a la que viene estrecho
de lágrimas el valle triste, oscura
fe que Jacob representada un día
viera entre el cielo y la mansión umbría.

Que si la vida es sueño, blandamente
adormida en la fe, con vago vuelo
transita el alma, de su patria ausente,
acá en la tierra, y se remonta al cielo;
y al despertarse, con absorta mente
rompido mira el tenebroso velo
detrás del cual la eternidad se esconde,
que habla a los muertos y a su voz responde.

Ellos tan sólo cuando el mundo ardiendo
cual luminaria funeral corría
no más pudieran, en valor creciendo,
mirar serenos su postrero día;
y con el alma a la región subiendo
donde segura la virtud los guía,
cantar alegres, en Sublime coro
libres del suelo y su perenne lloro.

¡Oh cuán distintos los que dando al mundo
la vida, el alma, el pensamiento mismo,
buscaron gloria entre su cieno inmundo
y hallaron muerte en su espantoso abismo.

Estos del mundo en la espaciosa arena
cual indomados potros se lanzaron,
y antes del hora que el destino suena
vejez o muerte con infamia hallaron.

Una tras otra en la veloz carrera
hojas y flores de la dulce vida
cayeron tristes y en su edad primera,
el cáliz roto y la color perdida.

A par del cuerpo el alma sin aroma

pálida luz en su prisión refleja,
como la luz que en la tiniebla asoma
y más oscura la tiniebla deja.

De la humana razón la luz divina,
destello hermoso de la excelsa mente
profanada en su templo no ilumina
el ara rota con raudal fulgente.

El inspirado ingenio en su ala de oro
ya no refleja misteriosos mundos,
y en sangre y lodo envueltos infecundos
son los acentos del celeste coro.

El refulgente sol que sin ocaso
la dulce aurora de la vida alumbra
y de la muerte en el tremendo caso
entre la llama del blandón relumbra.

La que en su alma piedad nos diera el cielo,
fe de mística luz por nuestro guía,
para que el hombre en sempiterno día
hasta su cumbre remontase el vuelo.

Con el ingenio y la razón perece
del que escuchando el mundanal murmullo,
no vio jamás cual la virtud se mece
blanda en el pecho con divino arrullo.

Así apagados con su propio aliento
los tres fanales que el amor divino
puso del hombre en el fatal camino
porque anduviese de temor exento.

Tarde llorando su ominosa suerte
como nave perdida, sin estrella,
en ignoto confín hallaron muerte
sin lágrimas de amigos y sin huella.

Yo les vi, yo les vi cuando su vida
amenazada se miró y en duelo,
un rayo solo de la luz perdida
buscar doquiera en congojoso anhelo.

Y hallar el pecho oscuro, y ciega el alma,
y maldecir el maternal cariño
que no hizo de la cuna al dulce niño

lecho de muerte y de perpetua calma.

Poesías de tema patriótico

Sonetos

A Simón Bolívar

Él fue quien fulminando el hierro insano
recorrió de Colón el ancho mundo,
dejando en pos de sí surco profundo,
de gloria y triunfos su potente mano.

Truena su voz del uno al otro océano
y libertad en manantial fecundo
brotó la tierra que secó iracundo
el hado injusto del valiente hispano.

Cinco naciones, que formó su espada,
sacra aureola de perpetua lumbré
a la radiante frente le ciñeron.

Y al ver la antigua afrenta ya vengada
de los soberbios Andes en la cumbre
las sombras de los incas sonrieron.

- II -

A Simón Bolívar

Variante

Fiero en la lid y en la victoria humano
fuieste, ¡oh Bolívar!, salvador de un mundo,
nuevo Colón, cuando del mar profundo

de servidumbre le sacó la mano.

Clavado al asta el pabellón, en vano
tormenta y rayos contra ti iracundo
lanzó un tirano en la maldad fecundo:
lo quiso el cielo y sucumbió el tirano.

Y las naciones que fundó tu espada
sacra aureola de perpetua lumbre
a la frente radiosa te ciñeron.

Y al ver la antigua afrenta ya vengada,
de los soberbios Andes en la cumbre
las sombras de los incas sonrieron.

- III -

A la batalla de Ayacucho

¡Mudo el cañón; del campo fratricida
el suelo en sangre tinto; la bandera
que triunfadora el orbe recorriera,
por española menos abatida!...

¡Oh Pizarro! ¡Oh dolor! Si aquí blandida
tu centellante espada reluciera,
del mundo de Colón señora fuera,
no de mis propios hijos, ¡ay!, vencida.

Así, sobre los Andes, real matrona,
el manto desprendido, adusto el ceño,
con llanto de furor su mal pregona.

Y al ver un mundo en manos de otro dueño,
a la vencida tropa, por desdoro,
lanza en pedazos mil el centro de oro.

A Cristóbal Colón

¿Quién la fiereza insulta a mis olas?

¿Quién del rumbo apartado y de la orilla,
entre cielos y abismos hunde la quilla
de tristes naves, náufragas y solas?

Las banderas triunfantes que enarbolas,
en la mojada arena con mancilla
miedo al mundo serán, no maravilla
y el casco de tus naves españolas.

Rujiendo el mar clamó; pero sonora
¡Colón! dijo una voz, y al fuerte acento
inclina la cerviz, besa la prora.

Cruje el timón, la lona se hincha al viento
y, Dios guiando, el nauta sin segundo
a los pies de Isabel arroja un mundo.

A Cristóbal Colón

Venient annis saecula seris,

Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Thetisque novos detegat orbis
Nec sit terris ultima Thule.
(Séneca; Medea.)

Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Do se lanza llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La proa inclina a donde el sol acaba?

¿No ves cómo a la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?

¿Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que a la costa guía
¿No ves cómo a deshora
Del Norte amigo y firme se desvía
Y a Dios y a la ventura el leño fía?

Y el piélagos elevado
¿No ves al Ecuador, y cual parece
Oponerse irritado
A la ardua empresa, y cuál su furia crece
Y el sol cómo entre nublos se oscurece?

¡Ay!, que ya el aire inflama
De alígeras centellas lluvia ardiente;
¡Ay!, que el abismo brama;
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje y restalla y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe contra tu empeño;

Y cual su vocería
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña
Creciendo y agonía,
Con tumulto y terror la tierra extraña
Pide que dejes por volver a España.

¡Ay triste, que arrastrado
De pérfida esperanza al indo suelo,
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente
Y el oro del Japón buscas en vano;
En vano a Mangí ardiente;
Ni de las hondas guas de Océano
Jamás verás patente el grande arcano.

Vuelve presto la prora

Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto.

Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira:
¡Colón clava la antena!;
¡Corre, vuela; no atrás, adelante mira;
Al remo no des paz; no temas ira!

¡Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, dance el hombre y brame el viento
Con furia desatado,
Resista el corazón, y al rudo acento
De tus pinos aviva el movimiento!

Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo,
Así das gloria a Dios y a España un mundo.

¡Oh noble, oh claro día
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria.

En la tostada arena
Te vio, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,
Humillada a tus pies, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora
Ángel te llama y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra
De orgullo y de alegría!
Trocada en dulce paz ve aquí la guerra;
Cual divina visión allí la tierra.

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones.

De ambos polos vecino
Entre cien mares que a sus pies quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí raudó, espumoso,
Rey de los otros ríos, se arrebató
Marañón caudaloso
Con crespas ondas de luciente plata
Y en el seno de Atlanta se dilata.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el cóndor gigantesco fijo mira
Al almo sol y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar lago sonoro;
Tormentas, huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? ¡Lleva a Europa
De tamaño portentoso alta preseña!
Hiera céfiro en popa,
O rudo vendaval, que pronto sea
Y absorto el orbe tu victoria vea.

El piélago sonante
Abrirá sus abismos; sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luego
Y tinieblas y horror y lluvia y fuego.

Y del mar el bramido
Unirá contra ti la envidia artera
Su ronco horrible aullido.
«Piloto sin ventura» ¿a qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre, entre las gentes difamado,
¿Morirá sin memoria?
O tal vez de las ondas libertado
¿Por tu empresa un rival será premiado?

Todo será: el delirio
De férvido anhelar que vence y llora;
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora;
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Más ¿qué a tu fe del viento,
Del rayo y la traición crudos azares?
Levanta el pensamiento,
¡Elegido de Dios! ¡Hiende los mares
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa
Llevó a Tesalia en áureo vellocino
De Colcos la famosa,
Ni, de Palas guiada, en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada
Hierva ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¡Colón!, exclama y los espacios hiende,

Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima,
¡Oh rey de Lusitania!, los portentos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón duros tormentos,
Airados ven tus ojos y avarientos.

De ti y de tus iguales,
El anglio poderoso, el galo fuerte,
A las plantas reales,
¿Un mundo no ofreció y excelsa suerte
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni a Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual a ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano,
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando!, ¿qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vio en Granada?

Dilo tú que en el templo
Vagas inulta en medio a los despojos,
¡Oh sombra de alto ejemplo
En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro y por corona abrojos!

Mas no a la gran Castilla
El rostro vuelvas, ni a Isabel, ceñudo;
No es suya la mancilla;

Que a ti fue abrigo cuando más desnudo;
Al indio madre; al africano escudo.

Y unirá su alta gloria
A tu gloria la tierra gradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara.
En cielo y tierra y aguas derramara.

Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero,
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero.

Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

Ay de ellas, las comarcas,
Viejas en el delito y la mentira,
De pueblos, de monarcas,
Cuando el Señor, que torvo ya los mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando y altares;
Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo.

¡Colón!, el mundo hermoso
Que de su seno a las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas,

Así de polo a polo
Resuena el canto, extiende tu renombre

Por los cielos Apolo
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad a otra edad lleva tu nombre.

A España

Oda

¿Y piensas que, volviendo a lo pasado
Los tristes ojos, hallarás consuelo?...
El laurel incendiado
Por el rayo del cielo
De una nación en la marchita frente
Al antiguo verdor nunca renace:
La que vencida fue, vencida yace;
Y el cetro soberano
O de Neptuno el húmedo tridente,
De grave peso a su cansada mano,
Al feliz vencedor pasa en herencia
Hasta que de otros pueblos la existencia
Anuncia nuevas leyes
A la tierra sumisa y nuevos reyes.
En otros tiempos, mísera, tu historia
De la historia del orbe era trasunto;
Que llenaban el orbe las Españas;
Fabulosas hazañas,
De mármoles y bronces digno asunto,
Al templo de la luz y la memoria
Llevaron tu alta gloria
De la alígera fama en la trompeta;
pero en vano el poeta
tender quiso las alas en su vuelo
hasta el remoto cielo
donde tu nombre en los espacios gira,
y dudando de sí rompió la lira.
Así, cuando prorrumpe en tu alabanza
De Ercilla el numeroso
Verso sonante, al ruido temeroso
De cruda lid donde vibró su lanza,
O la gran maravilla
Ensalza de Lepanto.
El cantor sin rivales en Castilla,

Inferior a tus glorias en su canto.

El ingenio del hombre en sus profundas
Encantadas regiones,
Riquísimas de luces y fecundas
En fantásticas seres y portentos,
No produjo ficciones
¡Pobre Reina vencida!
Que remedar pudiera de tu vida
Esos marciales épicos momentos,
Fugaces, ay, cual soplo de los vientos.

Más alto que el ingenio y que las nubes
Su trono la verdad puso fulgente
En medio a los querubes,
Ceñida de luceros a la alta frente,
Para que nunca su belleza osara,
De humana voz la frágil armonía
Con arpa ronca profanar demente.
El vate así dejando que ensalzara
Fulmíneo plectro de cantor divino
Tu valor peregrino,
Cuando en su pecho hirviente
Llama de honor y gloria vio que ardía,
La trompa resignado
Trocó por la armadura
Y, así nació poeta, fue soldado.
Que en la edad de tus héroes gloriosos
Combatir fue cantar, y desventura
En ocio blando afeminar el pecho,
De bélico laurel por muelle rosa
Cambiar coronas y en sosiego inerte
De perfumado lecho
Pasar la vida y esperar la muerte.

Empero entonces al nacer tus hijos
Armados con el yelmo y la corona,
Cual Minerva de Júpiter, salían;
Entonces, con prolijos
Afares generosos,
Noble y sublime raza
De varones egregios fabulosos
Al fuerte pecho madres españolas
Para el imperio universal nutrían,
Domadores del suelo de las olas,
O con pompa triunfal los recibían,
Si en el combate crudo
Sobre el ferrado escudo
Por la patria y la gloria sucumbían.

Y en tu abandona y soledad presente

En vano de Gonzalos y Guzmanes
Buscas hoy anhelosa
El fuerte corazón, las fieras almas
Del alto cielo sus sagrados manes,
Huéspedes sin país ni descendientes.
También en vano con la faz llorosa
En tu agostado suelo buscan palmas
Y entre sus hijos victoriosas frentes.

«¿Por qué la muchedumbre
De empavesadas naves españolas
No surca tus espacios, mar bravía,
Como cuando, señora de las olas,
Con sus inflados linos los cubría?
¿Por qué la pesadumbre
De los ferrados tercios y corceles
No oprime la ancha tierra,
Ni el fragor de sus pasos cuanto encierra
El orbe, gime y la cerviz humilla?
Cuelga al templo marchitos tus laureles,
Degenerada estirpe de Castilla.»

«Depositaria infiel, ¿qué fue del mundo
Que nuestro brazo sometió a tus plantas,
Siguiendo del fecundo
Blondo rey de la luz, largo camino,
Arrostrando de Báratro profundo
Argonautas triunfantes los furores,
Y el nuevo vellocino
De la aromosa América, sus flores
Sus áureas venas colocando fieros
Bajo la égida de tus cruces santas
Y en la punta fatal de los aceros?»

«¿Por qué túrbidos mares,
Por qué anchuroso ríos,
Por qué elevados montes
Que dieron culto a los iberos lares,
Cual a sus patrios dioses tutelares,
Limitan hoy impíos
De tu antiguo solar los horizontes?»

«El indo mar remoto;
Los que de Alcides la potente mano
Quiso apartar con desusado muro
En el confín estrecho gaditano;
Los que con frágil linde mal seguro
El istmo ora separa americano,
Y el gélido hiperbóreo mar ignoto
A tus sonantes proras
No se abren ya, cual antes, vencedoras.»

«Los que con rica vena
Reyes de ríos a la Europa bañan,
No por sus anchas puentes
Dan paso a tus legiones;
Ni sus claras corrientes
De domadas naciones,
Uncidas con la espada a tu cadena,
Con roja sangre empañan.
El padre Tajo, que en tu suelo nace
Y en grande espacio te fecunda el seno
Con puras linfas y dorada arena,
Toma nombre, ¡oh dolor!, de lusitano,
Y discurre sereno
Por el que, agora ajeno,
Abundoso país al tuyo hermano
Hizo de un Alba la invencible mano.»
¡Orgullosa monarca
De la mitad de América fecunda,
Rico en ondas, sonoro, majestuoso,
Amazonas potente, que a los mares
Alimento darás, que no tributo;
Y tú, de junco y palmas coronado,
Cuyo raudal copioso
De nueva vida sin cesar inunda
El suelo que llenó de sangre y luto
Avaro mercader, rudo soldado,
Orinoco feliz, tan envidiado
De regiones extrañas
Cuando fuiste de olvido a las Españas:
Lejos corred del pobre Manzanares,
Entre nuevas naciones
Que tienen por perpetuas estaciones
Fecundo Agosto y floreciente Mayo.
«Álzate, y osa, España,
Emancipadas hijas de Pelayo.»
En torno a ti las húmedas miradas
Volver sobre la tierra
Mira si en el cenit al sol empaña
De polvo densa nube,
Cuando los montes empinados sube
Y al valle, cae, y contra el galo cierra
Numeroso escuadrón de tus bridones
Y en turbias oleadas,
Al grito de Santiago, furibundo
Absorbe y rompe las de acero armadas
Falanges de caballos y peones
Que en vano opone a su valor el mundo.»

¿Oyes el relinchar de los corceles?
¿Oyes el choque de las armas fiero
Tumulto y gritos, llantos y tropeles;
El trueno del mosquete que restalla;
El silbo agudo de veloz saeta;
De lanzas y de estoques y broqueles
El crujir temeroso;
Y el agudo sonar de la trompeta
Que anima a la batalla
Y vibra en los espacios lastimero?
¿Oyes, España, cual la voz temida
Del Niágara potente en su caída?»
«¡Oh madre España, sin ventura y triste!
El silvoso Apenino ya no existe
Mudo testigo a presenciar la gloria
De iberos generosos;
Ni los Alpes añosos
Sobre sus canos y movibles hielos
Huellas conservan de tus fuertes pasos.
Ejemplo de fortunas y fracasos,
Castigo duro de inclementes cielos,
Alza Pirene infiel su faz serena;
Pero ya no es tu puente, es tu cadena.
Negra mancha a tu historia,
El infame Peñón también existe,
Que tu molicie y tu estupor condena,
Y en las cumbres del Ande borra el hombre
De tu dominio y tu grandeza el nombre.»
«¡Ay!, no sirvió que dueños de la tierra,
Cual reyes del espacio, tus pendones
Llevaron, como el sol sin Occidente,
Do quier a cuanto encierra
Los rayos de tu luz resplandeciente;
Ni que atónitas dieran las naciones
Tributo de terror a tus legiones.
Los que en marcha triunfal tu carro ornaron,
De esclavos en señores se tornaron;
Manos impías tus cabellos de oro
Rompieron con desdoro;
Tu fulgente diadema
Objeto fue de su ambición suprema;
Y en girones partido el manto regio
Sirvió a bandidos para echar las suertes
Con que, a ley de más fuertes,
Tus pedazos sangrientos disputaron
Y el santo nombre de la patria egregio
Con irritantes burlas mancillaron.»

«¡Señora del imperio
Que uno y otro hemisferio
Unió del mundo! ¡Triunfadora altiva!
¿Dónde está de tu gloria el monumento?
¡Oh, mísera cautiva!
¿No ves de tu poder el polvo al viento?
Llora sin tregua, España, en tu amargura;
Que confuso recuerdo es tu ventura
Y la centella que vibró tu mano
Sobre el orbe obediente,
Desprecio ya a la gente,
Relámpago fugaz y ruido vano.»

Así con voz que al trueno
En su estampido y su fragor excede
Y que conmueve el mundo
Y hace temblar su entraña,
Contigo y contra ti, mísera España,
Las almas de tus héroes exclamaron
Y, al ver en tu cerviz del yugo ajeno
Cadente marca y deshonor profundo,
De ti la vista airada separaron

De tal altura ¡oh madre!, has descendido
A tal abismo, a tan profunda cima,
Que a Luzbel maldecido
En la gloria, en la desgracia suma,
En la soberbia, en la maldad recuerdas,
¿Qué mucho que al mirarte,
Hijo piadoso, en tu desgracia gima?
En otros tiempos, impotente el arte
Ni a tus aladas plumas,
Ni al áureo plectro sonoras cuerdas
Dio que pudieran elevar su vuelo
De tu grandeza y de tu gloria al cielo;
Y hoy, madre, basta solo
Mi rudo verso que desdeña Apolo
Tus males a llorar y tu honda pena
Al compasado son de tu cadena.

Así tal vez del Alpe en la montaña
Vecina al alto cielo
Torrente impetuoso
Se forma de las lluvias y del hielo
Y al descender al valle y la campaña
Convierte en vena de anchurosa ría
El mezquino raudal de un arroyuelo.
Entonces ni por vado ni por puente
El rebaño medroso
El pastor imprudente,

Ni el altivo monarca pasaría,
Hasta que viene un día
Y el prestado caudal le roba Agosto,
Coronado de espigas y de fuegos,
Y pasa el niño, en infantiles juegos,
Con planta enjuta el pobre cauce angosto.

A Isabel II
Oda

Allí verás cuan poco mal ha hecho
la muerte, en la memoria y clara fama
de los famosos hombres que ha deshecho.
(Garcilaso-Elegía 1ª.)

Ai generosi
giusta di glorie dispensiera è morte.
(Ugo Fóscolo.)

Y llega un día en que el civil tumulto,
de sí mismo cansado,
impío Caín convulso se adormece
en sangre fraternal torpe bañado;
y de Dios maldecido se reclina
en el materno seno profanado
de la patria en ruina.
Y libre entonces de cobarde insulto,
sobre los nombres que la envidia crece
y de luces fantásticas circunda
yérguese el justo, y brilla, y resplandece;
cual de reptiles sobre tropa inmunda
el águila se mece,
los vientos despreciando y las centellas,
y en vuelo arrebatado
sube al círculo azul de las estrellas

¡Silencio! Los bramidos
de ronca tempestad no llevan sustos
al acuitado corazón. Augustos
nombres de paz y de concordia unidos
pronuncia ya el hermano,
de su enemigo al estrechar la mano.
Falsos tributos de engañosas iras

en las revueltas ondas populares
no tremolan sus rojos pabellones:
piratas de los mares;
Judas de los monarcas y naciones.
¡Silencio! En sus altares
los ídolos de barro se estremecen;
dioses ayer, en las voraces piras
de la liviana plebe ora perecen.

¿Qué voz sonora por los aires gira
de aplausos al estruendo,
«reparación», «resurrección», pidiendo?
Es clamor de la historia:
es canto de la lira:
es la voz de la patria, y su victoria.
¡Numen de la justicia omnipotente!
esa es tu voz de triple acento armada:
voz de Dios y su espada
que túnica de vida refulgente
a Lázaro reviste;
o a la esposa de Loth, que le resiste,
en su furor divino
deja inmóvil por siempre en el camino.

De esa voz redentora
que el cielo afirma, y que a silencio mudo
reducir jamás pudo
grandeza, ni poder, ni trono erguido,
ni magia del error fascinadora,
intérprete sublime ¡Oh Reina! has sido,
cuando en honor del que meció tu cuna
en la adversa fortuna,
y a tu doble orfandad sirvió de escudo
elevas hoy sobre inmortal cimiento,
por su gloria y tu gloria, un monumento.

Por su gloria y tu gloria;
que si regia corona tu hermosura
realza, ¡Oh Reina!, la inmortal historia
otra que siempre dura,
como a rey de virtud ciñe a su frente.
Y si de santa gratitud movida
en mármoles y bronces su memoria
grabas con letras de oro,
a su memoria para siempre unida
tu memoria feliz de gente en gente
llevará diligente
la egregia fama en su clarín sonoro.

Y cuando el tiempo cano
en giro eterno pueblos y ciudades,
y altos reyes e imperios
al tocar con sus alas desvanezca;
y en remotas edades,
sin cortejo triunfal ni incienso vano,
tu nombre ante los siglos comparezca,
¡dichosa tú!, que su corona el justo
mayor de los hesperios
colocará sobre tu nombre agosto,
pagándote colmado ¡oh gran Señora!
el honor que a su fama das ahora.

¿No ves ya cual dilata
al aire níveas plumas
el genio de la gloria refulgente...
con ímpetu sonoro,
sin temor a los rayos ni a las brumas,
suelto el cabello en la radiosa frente,
el manto desceñido;
y como al son de su trompeta de oro
los ánimos absortos arrebató;
las aves en el nido
suspenden su concierto;
y enmudece la mar, la tierra, el viento?

La paz anuncia; y señalando ufano
el túmulo sagrado que levanta
tu gloriosa piedad en fausto día,
signo le llama que de amor envía
por tu graciosa mano
el Hacedor clemente,
a la que asaz la desunión quebranta
y el rencor de la lucha, íbera gente.

«Y basta, basta, dice,
de lágrimas y horrores, bella España:
más alto y mejor triunfo te predice
tu indomable valor entre los hombres
que de civil contienda odiosa hazaña.
De bandos fratricidas triste nombres
no más repitan ecos de tu tierra:
del anglio Calpe hasta el francés Pirene,
y desde el áureo Tajo lusitano,
que al mar llevó tu sangre en turbias ondas
hasta el seno cerúleo gaditano,

plegando su pendón calle la guerra;
y otro nombre no suene,
ni a más nombre dulcísimo respondas
que al repetido por doquier de ¡hermano!

«En ese monumento
que a tu glorioso Arístides eleva
la filial virtud de reina pía,
triple aureola sacrosanta esplende,
émula en su fulgor del claro día,
que hasta el cielo trasciende
y de uno al otro polo blanda lleva,
por mis alas movido, el raudo viento.
Aureola divina es del anciano
que de virtud la oliva triunfadora
supo alcanzar con indomable aliento
en combates sin cuento.
Es fúlgida diadema al Soberano
que la excelsa virtud del justo aclama
en pompa del olvido vengadora,
y es, oh pueblo, tu llama
que en los altivos corazones prende,
con que animados al combate duro
de la gloria el pendón llevan al muro:»

«¡España! es de tus hijos,
cuantos criaste al pecho generoso,
esta fama, esta luz, esta victoria
que uno tan solo al parecer alcanza.
El sangriento sudor; los congojosos
cuidados; los prolijos
afanes y el terror, de todos fueron
cuando por santa libertad lidiaron;
cuando por santa libertad vencieron;
y cuando trono y libertad fundaron.
De todos es, de todos es la gloria
como la pugna fue. Dulce esperanza
de dulce paz en sus ánimos alientes:
Arca de firme alianza
el cenotafio sea;
y el mundo absorto con aplauso vea
en el laurel que la imperial matrona
ciñe a un solo en la radiosa frente,
de todos, pueblo y trono, la corona.»

Dice, y rasga la esfera,
y a lo más alto del dorado cielo,

Unión y paz clamando,
sigue con alas de oro el raudo vuelo.
Su voz doquier sonando,
Unión y paz repite, y desaparece
luego del sol en la inflamada hoguera.
Precipita su curso perezoso
el viejo Manzanares,
y de santo respecto se estremece
al escuchar la célica armonía,
Unión y paz cantando en su alegría,
Unión y paz de su cristal undoso
la ninfa en la ribera,
y los brutos repiten, y las aves,
en cánticos süaves.

Convierte tu mirada, ¡Oh Reina bella!,
al tñmulo sagrado
del insigne varñn egregio templo,
do a su nombre enlazado
el tuyo a reyes servirá de ejemplo.
He allí a sus pies el pueblo redimido
que libre, y fuerte, y triunfador predica
del sol de su grandeza en ti la aurora;
como en el mar perdido
ve el náufrago infelice,
rotos los fieros nublos clara estrella
señal de la bonanza salvadora.
Y del ínclito Astur a los hermanos
en armas y valor, verás que fieles
con temblorosas manos
riegan sobre la tumba sus laureles.
Generación que rica en prez se aleja,
y en la orfandad de su virtud nos deja.

¡Oh joven coronada! los leones,
rota ya su cadena,
al sacudir altivos su melena
librarán de vil polvo tus talones,
Ora feroces rugen, ora mudos
con sangrienta pupila del espanto
fieles al trono le serán escudos
contra infames traiciones.
Cubiertos con tu manto
y en sus garras el cetro diamantino,
por su instinto seguro al fin te guía;
Y en no lejano día
a la gloria inmortal te harán camino.

Oda

A Su Majestad Doña Isabel II, con motivo de su fausto enlace con el Serenísimo Señor Infante Don Francisco de Asís María.

¿Qué nueva llama de entusiasmo, ardiente,
hervorosa, divina,
cual la que matutina
de grana y oro asoma en el Oriente,
de colores y luz llenando el cielo,
a raudales copiosos rota el suelo
de la mísera España,
presagio a nueva gloria, a nueva hazaña?

¿Llama el clarín sonoro a lid sangrienta
la gran nación que prefirió sublime,
al bien que ofrece la amistad dudosa
el mal glorioso que el honor redime;
y del pérfido curso inicua afrenta
supo vengar un día;
ceñir victoriosa
a su guerrera sien lauro y coronas;
y llevar su gran nombre sin segundo
por cuanto abarca el mundo
del mar ignoto a las indianas zonas?

¿O del seno profundo,
en justa indignación la sangre hirviendo,
grito que al orbe aterra
lanza agudo y tremendo
las mortíferas armas requiriendo;
y en sus robustos brazos guarda y cierra
el trono de cien reyes
para la prole augusta de Fernando,
ejemplo al mundo y a los siglos dando
de santo amor al trono y a las leyes?

No, que de la extranjera
y fratricida guerra los furores
en dulce abrazo y fraternal alianza
hanse trocado ya sus albas flores,
símbolos de ventura y de esperanza,
la pacífica oliva al aire lanza
en el mismo que hiciera

la procaz ambición suelo de espanto;
y cólera infernal al hombre diera.

Ya fatídico estruendo,
furores provocando el par que lloro
y en humo y llamas la galana pompa
convirtiendo de campos frutecidos,
no despide el cañón, ni de la trompa
los clamorosos bélicos sonidos,
en alas de la muerte el aire hendiendo,
acallan de las aves el sonoro
cántico matinal. Ni en la cruenta
lid de piedad exenta,
cuando del bronce comprimido estalla
el ígneo rayo, o del bruñido acero
agita con ira aciaga lumbre
se desprende, fortísima muralla
del inflamado ariete y de la mina
cede, el embate, y lúgubre ruido
hace el caer entre el estrago fiero,
ni el cielo, el llanto y la fragosa cumbre
cubriendo de humo y polvo, en su ruina
al vencedor sepulta y al vencido.

Si la batalla no, si no al decoro
del sacro nombre de la patria hispana
¿qué deidad soberana
al alma de fervor puro y sublime
cambiando ya en alegre el triste lloro?

Yo miro a los ancianos
de temblorosa voz y frente ajada,
la lumbre ya apagada
de los cansados ojos y las manos
con nuevo brío levantar al cielo,
de súplica ferviente
de generoso anhelo,
de gozo y de esperanza
con aquél ademán que el bien pedido
de la suma Bondad el hombre alcanza.

Y a la madre solícita contemplo
que del pecho pendiente
lleva su dulce carga, a ti ofrecerla
en don propiciatorio (Numen Santo),
pronunciando al oído
del ángel de su amor adormecido,

el nombre que al labio el corazón envía
con inefable encanto,
cual de arpa eolia célica armonía.

Y ese nombre querido
las puras auras con amor rompiendo,
por los espacios cóncavos resuenan
voz que los aires llena
en la gran voz del pueblo repetido;
de varonil acento en la armonía;
voz que en ondas sonantes se sucede
y con su fuerza puede
el ímpetu calmar y el ronco estruendo
de la que ciega embiste
las corvas playas, espumosa impía,
hinchada mar bravía;
y al llevar animosa el alto vuelo
al estrellado cielo
en donde el Ángel del Señor asiste.

En tu nombre, Isabel, tu nombre puro
al caro nombre de tu esposo unido
en feliz himeneo;
tu nombre, que resuena al estampido
del nacional clamor, y en fuerte muro
de generosos pechos españoles
el cincel del amor graba seguro.
¡Oh cuanta dicha el popular deseo,
por Dios cumplido, en el girar futuro
de los tiempos anuncia!
Ábrese el labio que Isabel pronuncia,
y en la terrible diestra del Tonante
el rayo se detiene fulminante
que asaz vibró contra la madre España;
y su constante saña
de la clemencia al aura se evapora;
Manzanares no llora,
sobre áureas urnas cada día
son sangre hermana al empapar la arena;
del Pirineo hasta Calpe no resuena
horrísono estridor de guerra impía;
y cercada de luz, entre arreboles,
por diadema los soles,
otra reina cual tú, fúlgida y bella,
de tu carro nupcial sigue la huella.
Es la que al eco de tu voz descende
de la sublime esfera ¡paz divina!

y sobre ti se inclina,
y sobre Hesperia al fin de las alas tienda.

¡Numen del canto, a cuyo acento solo
dado es narrar la gloria
y llevar a los siglos la memoria
de la virtud incorruptible y fuerte,
triumfante del olvido y de la muerte!
Humilde alumno del crinado Apolo;
en suelo extraño errante peregrino
a merced del destino,
mi ronca lira a celebrar no alcanza
de tan precioso bien dulce esperanza.
Que allá donde las proras
del osado Colón el mar rompieron,
del tiempo y de los hombres vencedores,
y leyes, culto, hazañas esparcieron
sobre la tierra virgen, fue mi cuna.
Y no al rumor süave
de los trinos de un ave
me vi vencido, cuanto tibia luna
el mundo baña y con luz consuela;
sino de tigres al feroz rugido
por montes y por valles repetidos,
que de pasmo y terror el alma hiela.

Lleva, Musa, a Isabel sencillo canto
sin plectro de marfil ni sacra veste,
y besa honrada donde pisa el suelo
rústica Ninfa, en homenaje santo:
como los montes de mi patria agreste;
como los trigos de mi patria ruda;
dulce y serena cual mi patria cielo:
al oro sorda, a la lisonja muda.

Y mientras que de cisnes acordado
himno sublime en su loor entona
hispano vate en verso numeroso,
del apolíneo coro celebrado,
lleva a sus pies americanas flores;
y en nombre de otro imperio y de otro mundo,
a su resplandeciente áurea corona
con respecto profundo
ofrece en poder ofrenda sus loores.

Por cuanto abarca un curso dilatado,
del Ande poderoso el alta cima

¡Isabel! te saludo
y al que tu amor sublima
príncipe afortunado,
al tálamo y al trono.
El de Castilla
en larga sucesión de alegres años
ocupes sin mancilla,
y sírvanle de escudo
contra el protetavo dolor y sus engaños
En tu alcázar contigo,
tu excelso corazón y tu alma pura.
de justicia y clemencia el numen bello
asista siempre amigo:
de Dios imagen y de luz destello.

Así calmarse el ímpetu violento
verás de las pasiones,
y la cerviz domada
de plebe amotinada
inclinarse sumisa, y a tu acento
en las garras temblar de tus lecciones.
Así, de aquella hermosa
grande Isabel, a cuya mano fuerte
el cetro conceder de entrambos mundos,
en premio a su virtud, el cielo quiso,
a merecida venturosa suerte
eclipsares famosa.
No ya que a ti sumiso
el orbe por la espada, sus profundos
surcos la guerra por doquier imprima,
lutos sembrando que con sangre riega;
Ni que tu ebúrnea mano
empuñe el rayo que deslumbra y ciega,
airada derramando, en vez de flores,
llamas al suelo, al corazón furores.
No: sin que de la paz tu imperio justo
de zona en zona es estandarte hispano
llevará bendecido:
cual antes acatado, ora querido;
y de tu labio augusto
saliendo al fin la voz que en Occidente
rompa inicua cadena,
restañará la casi exhausta vena
que en tráficos de esclavos imprudente
el África derrama,
y a Dios insulta y la razón infama

Así verás que en perdurable alianza
las gracias puras, la virtud sencilla,
el amor, el placer, la paz, la gloria,
a tu lado estarán y la esperanza:
Así tu prole vivirá empañando
en larga edad el cetro diamantino.
Así la clara historia,
a las riberas plácidas que inunda
del reino de la Aurora al Apenino;
de los antros del Bóreas inclemente
soberbio el Orinoco rebramando
del mar salado a la remota orilla,
en la marmórea plancha reluciente
de sus anales, tu feliz memoria
entallarán profunda,
y salvarán triunfante
tu dulce nombre la región de olvido;
que rompidas del tiempo duras leyes,
y en todo clima y lengua repetido,
de una o otra edad, será constante
a déspotas lección, ejemplo a reyes.

A. S. M. la reina doña Isabel II

Haciendo votos por su feliz alumbramiento

Oda

Si en el futuro
girar del tiempo investigar es dado
«cuántas debe gozar la patria un día
mercedes altas de la eterna,
sí, ya depuesto el que vibro indignado
rayo fulminador, de su inefable
suma bondad el don primero es este».
(Moratín.)

¿Las olas de tus iras en sosiego
están, Señor: y tu invencible diestra,
del rayo desarmada, en dulce fuego

ardiendo se nos muestra,
y a la patria por fin vuelves los ojos?
¿Cesaron tus enojos?

¿tan colmado perdón, tanta ventura
le prometes, altísima y segura,
que en regia prole hermosa
de una y otra Isabel, la imagen bella
gozosa, mire, y repetida en ella
el alma generosa
de su madre, y el alma sin mancilla
de la máxima Reina de Castilla?

¡O tus grandes prodigios renovando
a otro inmortal Fernando
en larga edad, por tu favor divino,
el áureo cetro en próspero destino
verá Hesperia empuñando;
y atónita la tierra,
al santo derramar desde la cumbre
del trono, en blanda paz o justa guerra,
astro de reyes, su opulenta lumbre?

¡Quiéraslo tú, Señor, y la esperanza
en ellas conducida
de ferviente oración, a ti trascienda,
inspirada por ti, por ti cumplida!
No más con voz tremenda
proclame tu justicia y tu venganza
otra dulce esperanza en flor perdida.
Un ángel fue; mas, oh fugaz consuelo,
nació, ni llorar pudo, y tornó al cielo.
La cuna de marfil y oro vacía
mostró la esposa al aterrado esposo;
la que en afán prolijo
de mil madres y mil es fuerte amparo,
al golpe de la muerte sin reparo
vio doblegarse al hijo;
y el llanto acerbo que por él vertía,
gota a gota piadoso
el corazón del pueblo recogía.

¡Señor! presta el oído
de la madre y la reina al hondo ruego,
que se enciende en el fuego
de pasión sacrosanta,
y del humilde corazón herido

temblando se levanta;
y en nombre de su amor; por la querida
flor que a su pecho arrebatada, crece
mejorada en tu seno, y resplandece
de luz cercada en perdurable vida,
haz que en el verde tallo su hermosura,
gala del campo y de la tierra orgullo,
ostente nueva flor, lozana y pura,
del aura leve al cariñoso arrullo.

Y cual baja sereno
lampo vivaz de la naciente estrella
que en los espacios cándida fulgura,
así al grávido seno
baje plácida y bella
de espíritu divino una centella;
y su santo calor nutra robusto,
limpio de mancha impura,
bendecido por ti, linaje augusto;
magno linaje que en edad futura
de la corona, que en la sien fatiga,
el grave peso con honor sustente;
sacra aureola de virtud fulgente,
y la que al mando su rigor mitiga,
con eterno blasón ciña a su frente.

Por ella protegido,
nada puede en su daño embate duro
del vicio audaz, que cual bacante loca
el tirso, reblandiendo, enfurecido,
los negros monstruos del abismo evoca.
El egregio varón, en fuerte muro
del égida cubierto se levanta,
combate, y vence, y su victoria canta.

Y canta ¡oh Dios potente! tu alta gloria,
tu inefable valor, y tu grandeza;
que al mar de las pasiones eres valla;
del corazón humilde, fortaleza;
y del justo que pugna, en la batalla
el brazo y la victoria.
Por ti, cual monte que Aquilón embiste
si con impío furor rugiendo estalla,
cuanto más sacudido más resiste.

Por ti la generosa
prole que a España tu bondad envía

como signo de paz y de alegría
tras borrasca espantosa,
depuesto el oído y su feral encono
piedad y amor asentarán en el trono;
que no perpetuo dura
tus iras provocando
de la maldad triunfante el rudo imperio;
ni ama fuerte león el cautiverio
baldón de su bravura;
sus miembros doloridos esforzando
brama tal vez, se libra y la melena
soberbio agita en la tostada arena.

La hidrópica codicia,
llantos y sangre trasmutando en oro,
con la opresa verdad no hará tesoro
ni más, de lazo vil o hierro armada,
vendiendo la justicia;
la implacable ambición será adorada.

Ceñida de terror y odio inclemente,
la guejea de sierpes erizada,
lívido el rostro, ardiente la mirada,
entre humo y llama con horrible estruendo
no irá sus negras hachas sacudiendo
la discordia furente;
ni ya, de horror provista,
con fatídico son trompa guerrera
convocará la hueste a la bandera
para infanda conquista:
ni en apartada zona
sobre el sangriento campo de Belona
muerte ignorada encontrará el ibero:
ni ya en incultas playas insepulto
su cuerpo yacerá, blanco al insulto
de buitres vil o de salvaje fiero.

¡Oh, cuán humilde nuestra España ahora!
¡No como un tiempo fuera
cuando al aire flotaba su bandera
de los orbes señora!
¿De qué sirvió la colosal pujanza;
la clara historia; del vencido mundo
la unánime alabanza;
ni que con pasmo y con terror profundo,
doquier le oyera pronunciar el hombre,
culto rindiéndose a su temido nombre?

Solo vana memoria
conservan de su orgullo las naciones;
sombra el temido honor de sus legiones,
sombra y polvo es su gloria.
Los lauros, en su frente ya marchitos,
torpe ludibrio a sus rivales fueron;
y en pago a sus delitos,
gravando su cerviz menguados vieron
por siglos de opresión sus ciudadanos,
furores de tiranos,
injusticias de pueblos o de reyes,
violada la razón, rotas las leyes
por frenéticas manos,
crímenes propios, ambición ajena,
mentira, oprobio, y bárbara cadena.

Si solo el bien subsiste,
de tu esencia, Señor, vivo destello,
inmortal como tú, sagrado y bello
al hijo de Isabel pródigo asiste
en la senda del bien; que si otra al solio
de venal o sangriento capitolio,
ídolo del temor, lleva al tirano
horror del mundo y de impiedad ejemplo;
ídolo del amor, ella a Trajano
lleva seguro de la fama al templo.

Y en tanto que la lira,
la blanda voz, y el verso armonioso
previene al vate de su natal dichoso;
y por los aires gira
y al cielo llega el son dulce acordado,
por el aplauso universal llevado,
en acto de homenaje reverente
venga a los pies del trono alegre España,
desde las costas que Neptuno baña
a levante y poniente,
y desde el lindo mar a Lusitania,
hasta las linfas en que el franco mora
y las que altivo el anglo al sur desdora.

Venga, y los fuertes brazos
de sus valientes hijos den escudo
al renuevo y al trono; que tal nudo
jamás harán pedazos
tumulto popular, ni fiero alarde

de fuerza impía, ni traición cobarde.
Acuda diligente, y los rencores
fratricidas acaben; suerte avara
no más estorbe que la sacra oliva
del suelo hispano entre las gayas flores
al verde lauro entrelazada viva.
Sumisa venga, y de concordia el ara
el trono augusto sea,
y el áureo siglo de Saturno vea
que ricos frutos de la paz sazona
que en mies opima de virtud, fecunda
a la alma tierra sin cesar corona,
y en más tesoros su regazo inunda,
que luz y aromas en festivo mayo
brotan del sol al caudaloso rayo.

¡Señor! ¡Señor! el suspirado instante
présago a tanto bien, rápido llegue;
y llegue venturoso.
En raudo giro el tiempo perezoso
sus canas plumas con vigor despliegue;
y en la anchurosa esfera rutilante,
con más premiosa espuela
aguije Febo su veloz cuadriga.
La que con luz amiga
en leve carro de luceros vuela,
dulce, pálida luna,
su faz inestable presurosa mude
las lentas horas próspera acercando
al momento feliz en que salude
España su fortuna,
y la gran madre, de placer llorando,
al fruto de su amor en móvil cuna;
como embriagada de ternura el ave
trina y saluda su caliente nido,
y al hijuelo querido
las alas tiende con rumor suave.
Abre ¡oh Dios, el tesoro
de tu amor y tu fuerza; un gran portento
confirme tu alianza, y nuestro lloro
de gratitud se juntará al concepto
del vasto mundo y del celeste coro.

Así, de tus piedades instrumento,
dos veces redentora
la fama justa aclamará a Isabela;
empuña el cetro, y por la patria vela,

con blanda mano y generoso intento,
madre al par que señora;
y cuando amagas con mayor castigo,
un ángel mediador al pueblo ofrece
que a medio a la tormenta así parece
como a deshora, del piloto amigo
faro que alumbra en triste noche umbría,
y el náufrago bajel al puerto guía.

¡Oh grato anuncio! ¡Oh madre y precursora
del sol que va a nacer; cándida aurora
que al luminar del día
cubre de rosas la fulgente vía!
Duplicado su ser ¡oh cual la veo,
como el ángel de Isaac, poner la mano
que el cielo guía, de perdón armada,
entre el cadalso y el tremante reo;
del propio hogar el goce soberano
en ricas joyas por su amor dotada,
al mílite volver; de la doncella
con el rubor más bella,
prevenir la nupcial dulce legada
con maternal solicitud; y flores,
del huérfano infeliz en el camino
esparcir a millares,
y al pobre, entre los suyos peregrino,
que vacila del hado a los rigores,
tornar benignos los paternos lares!

El fausto natalicio,
del pueblo y de los pobres gloriosa
fiesta será; del justo más amada
en su alegre bullicio,
que la de altos guerreros temerosa
pompa triunfante; Señor fiesta sagrada,
sin víctimas, sin llantos, sin despojos,
acepta siempre a tus divinos ojos.
Luzca, pues, Numen santo; el aire rompa
anunciándola al mundo, de la fama
el sonoro clarín; a la armonía
del ronco parche y del cañón, la trompa
una su acento que en valor inflama;
ensalzando tu nombre, al firmamento
la voz del pueblo suba; su alegría
en undívago son grato al oído
llegue hasta mí veloz en su carrera;
mire yo el voto universal cumplido,

feliz a España... y si te place muera,
Y en tu seno profundo recogido,
desde tu inmoble asiento
el curso vea sucederse lento
de la insondable eternidad; y en tanto
la corona, y blasón, y regio manto
conservar de Isabel la estirpe fuerte,
del tiempo vencedora y de la muerte.

Soneto

Al nacimiento de la Princesa de Asturias.

¡La Reina es madre! Venturoso día
luce por fin en el Oriente hispano:
présago de salud, con hondo arcano
a Trono y Pueblo el Hacedor le envía,

Cesa la guerra; la Discordia impía
huye al profano; y del bifronte Jano
cerrado el templo, con augusta mano
la regia prole a la virtud nos guía.

Y la patria revive; árbitro y dueño
es de la tierra; y su blasón divino
brilla otra vez con inmortal hazaña.

Ángel querido, así al mirarte, el ceño
la suerte depondrá, y alto destino
de honor y gloria labrarás a España.

Soneto. A. S. M. la reina doña Isabel II
Con ocasión de su nueva salida al Templo de Atocha, ya restablecida su importante salud.

Vierte tu sangre con furor insano
horrendo crimen; y al trocar la tierra
fecundiza tu sangre cuanto encierra
de sublime y de heroico el pueblo hispano.

Te protege el Señor; por él, en vano
tu cuna de oro contrastó la guerra;
y del puñal, que a tu valor no aterra,
más grande y bella te guardó su mano.

Así tras noche tenebrosa y fría
al sol más puro en el rosado Oriente
con acrecido amor saluda el hombre;

Y la belleza al contemplar del día,
del sumo Dios con pasmo reverente
saluda humilde el infernal nombre.

A. S. M. la reina doña Isabel II

Con ocasión del monumento que ha dispuesto se erija a expensas de su Real Patrimonio en honor de la memoria de su funto tutor Don Agustín Argüelles.

Oda

Si pueden estas honras y otras
recompensar en algo beneficio,
a humana recompensa desiguales.
Luis Barahona de Soto: Elegía a la muerte de Garcilaso.

Cantemos el gran día
consagrado a la gloria de altos hechos
que en alas de tu voz al cielo sube
cual voladora nube
Reina de España, y en los nobles pechos,
Ardor enciende que al empíreo guía.
El canto heroico los espacios llene
con métrica armonía;
alígero, tronante, el aire rompa;
las almas de los justos enajene
y de lira pindárica al sonido
en la circense pompa
combata y venza de laurel ceñido.

¡Rosa de la hermosura coronada!
De las tres rosas que la tierra admira

bajo el regio dosel, la más hermosa!
Al eco augusto de tu voz amada
que en las lúgubres bóvedas retumba,
fúlgida llama súbito aparece
de alto varón sobre la egregia tumba.
¡Padre, prorrumpe, y la llama crece,
sobre sí misma en espirales gira!
Fulgura, se transforma;
y cual fantasma que del Noto al vuelo
de vapor y de luz nace en el cielo
del padre de tu amor viste la forma.

Con hórrido crujir hecha pedazos
fuerza invisible la marmórea losa
lanza a tus pies. En los ebúrneos brazos
al anciano recibes amorosa,
y al gran fragor confuso se levanta
en tristes sombras que la luz espanta
el pueblo de la muerte; cual si oyera
de Josafat la trompa lastimera
y de llantos, profundos,
en aquel día de terrores lleno
en que el rugir del trueno
Dios a la nada volverá los mundos.

¡Subir también quisieran, tristes sombras
de la inmortalidad al claro día
desde la noche del sepulcro fría!
Ora, sobre cenizas por alfombras,
y sin rumor, calladas,
al pasar te saluden y la gloria
y al pie, de sus sepulcros colocados,
envidian del que llevas
y sobre todos y hasta el trono elevas,
heraldo de la historia,
al templo de la luz y la memoria.

Y llegas. Del alcázar diamantino
las eternadas puertas a tu acento
sobre el áureo quicial giran sonoras,
y paso dan al que tu mano guía
de la tumba al altar. El matutino
dedo rosado de la aurora amante,
así el gran poder de luz del día
en el mar de Occidente sepultado,
los encendidos atrios de oriente
abre con faz riente;

y el astro majestuoso, arebatado,
a torrentes su lumbré
vierte a la esfera en la fulgente cumbre.

Y al pie del monumento sacrosanto
de su gloria y tu gloria, yo le veo
en los pliegues envuelto de tu mano.
La corona real es su trofeo
en la sien irradiante colocada
por su reina y su hija ¡Oh gran matrona!
¿cuándo hazaña mejor de íbera gente
premiará tu corona
de perlas esmaltada?
Cíñela, sí, a su frente
y a sus cabellos canos;
que allí de honor hay fuente,
y más brillante volverá a tus manos.

«Escuchemos; él habla; así te dice:
¡dulce paloma cuyo blando nido
en furiosa tormenta quemó el rayo!
¡oh paloma infelice!
¿nunca, nunca florido
en tu pensil ameno será el mayo?
Huracanes violentos
sobre tu cuna de marfil bramaron;
tus ojos ¡ay! lloraron
al padre muerto y a la madre ausente;
a mi cansado párpado agolparon
tus flébiles acentos
do antiguo llanto la agostada fuente.

«Cual ora yo en tus brazos
tú en mis brazos yacías ¡oh cuán bella!
Así ceñida de fulgentes lazos
reclínase en el mar cándida estrella.

Flor de la mar has sido;
el cáliz puro en el azul sereno
alguna vez del céfiro mecido;
y otra vez ¡ay! al restallar del trueno
en las ondas revueltas sumergido.

Flor de la mar a quien en dulce cuna
de padre di el escudo
y de madre el amor, contra huracanes
del piélago del mundo borrascoso!

¿por qué conmigo mudo
el purpurino labio triste sellas?
¿en el rostro las huellas
de profunda amargura!...
¡Los rugosos afanes
marchitando inclementes los colores
de la tez peregrinas!...
¡trocadas en espinas
de corona nupcial las blancas flores!...
¡Esposa sin esposo;
en malhadadas horas
infante, adolescente, joven lloras!
Y de reina y de esposa al áureo manto
¿también mojado en llanto?

¿De tu pueblo y de ti Dios, con su diestra,
su piedad y sus ángeles retira,
y a tu pueblo y a ti tan solo muestra
su faz candente fulgurando en ira?

¡Oh nada temas, que si Dios no esconde
sus lábaros de fuego impenetrables
a las almas felices, ora veo
cuantos a ti, Isabel, y a tus Españas
prepara lauros y dispone hazañas
el rey de las piedades,
que a tu clamor tristísimo responde,
y en premio de tu fe sumo trofeo
de ventura y de gloria te destina...
¡Escucha, escucha! en el futuro giro
de los tiempos, divina
simbólica sentencia escrita miro
en plancha diamantina.

Entre dos grandes soles
sin ocaso ni oriente,
con manto imperatorio una matrona,
lucero matutino entre arreboles,
yace en solio fulgente
de mil coronas hecha una corona
llameante descuella.
Los vastos hemisferios
con heroica apostura y gracias huella.
Sus garras dos leones
sobre tierras e imperios
rugiendo tienden y los ojos giran.
Absortas las naciones

Obedecen y admiran.

¡Escucha, escucha!... a su derecha mano
reina sublime, con semblante ufano
otra matrona está fulgente y bella,
de grandeza y valor alto conjunto.
A la siniestra tú, dulce trasunto
de cuanto brilla y resplandece en ella,
de cuanto en ella reverencia el hombre;
ella tu nombre tiene; tú su nombre.

Y en torno a ti de príncipes y reyes
prole fecunda y generosa admiro,
que al mundo dará leyes
y al planeta de España eterno giro
por cuanto abarca el cielo
en rauda, esplendoroso y firme vuelo.
¡Hija de mi adopción, oh reina mía!
¡Cuánto de luz te cerca y de alegría!
El alma, absorta, se arrebata, y leda...
Adiós, adiós... ya la visión se aparta...
Adiós, adiós, te queda;
que de ti nunca la virtud se parte.
Yo velaré en tu suerte;
para el justo no hay muerte;
incorruptible palma
da el mundo a su memoria, el cielo al alma».

Así dice la sombra de alto ejemplo
y en humo se deshace y desvanece
entre el furor del encendido templo.
Lampo de pura luz cruza la esfera,
y brilla, y desaparece;
y el augurio aceptando se estremece
de gozo el suelo hispano;
y en su bizarra juventud guerrera
el espíritu heroico castellano
a tu soplo revive ¡Oh Dios potente!
de toda luz y toda gloria fuente.

Rompa, en tanto, el vecino, el apartado
aire, y traspase el monte, y llegue al cielo
el canto de tu gloria,
la gloria de tu gloria;
y ¡oh Reina pía, tu filial victoria!
mientras durare el mundo al mundo asombre.

A la isla de Cuba

Con motivo del huracán de 11 de octubre de 1846. Dedicada a don Manuel Cañete.

Movió el Señor su fúlgida
corona de centellas,
y viste al punto, atónita,
velarse las estrellas;
y oíste el hondo piélago
frenético mugir.

Y de sus negros cóncavos
los vientos desatados,
en ráfagas alígeras,
plegar despiadados
troncos, naves, alcázares,
con hórrido crujir.

Temblaste, reina, al súbito
romper del mar y el viento
sobre tus playas fértiles,
y al alto firmamento
la súplica del náufrago
tu miedo levantó.

Solo en los labios férvida,
mas no en los corazones:
mezclado ruego efímero
de ovejas y leones:
agravio de los números
que al cielo no alcanzó.

Y vives, porque el último
instante no ha sonado
en que a la pena insólita
iguales tu pecado;
y amontonando crímenes
en la balanza estás.

¿No ves ya las flores
rayos de la venganza
que en su rigor terrífico
el sumo Juez te lanza?

«Reina de esclavos míseros»
su esclava, al fin, serás.

Tus campos hoy tan cálidos
por negros fecundados,
verán cuellos purpúreos;
uncirse a los arados;
y el retorcido látigo
su espalda cruzará.

No más hijos de África
darán a tu tesoro
de sangre, inmenso cúmulo
comprado a precio de oro.
La tuya para el bárbaro
de riego servirá.

¡Ay de las castas vírgenes
con tez de lirio y rosa!
¡Ay de tu seno cándido,
vestal de Cuba hermosa,
sangriento será el tálamo,
y negro el fruto hará!

Ya escucho el canto etiópico
que libertad proclama
con ronco acento lúgubre
de tu incendio a la llama;
y veo sobre un túmulo
danzando al siervo audaz.

Es el tuyo ¡oh magnífico!
alcázar de palmares
al pie sus ondas turbidas
arrastra el Almendares
y en sus murmurios flébiles
tu bien llora fugaz.

En tanto de los trópicos
el rey de la alta cumbre
sobre tu campo espléndido
vertió ledo su lumbre,
al ver tus ruinas tétricas
encubre la ígnea faz.

Tiznada en los marmóreos
anales de la historia,

será tu suerte mísera
espanto a la memoria,
y a las libres Américas
durísimo baldón.

¡Digno fin a tus páginas!
De esclava fue tu cuna
tu vida, yugo férreo
de estólida fortuna.
Tendrás sobre tu féretro
infamia por blasón.

Tiempo es ya; del mortífero
ensueño te despierta
que glorias finge pérfidas.
Ya miro la gran puerta
segura que el Atlántico
benigno te abrirá.

Rompe con brazo enérgico
del siervo la cadena:
con tu piedad, el hórrido
rencor de siervo enfrenta;
y, reina del Atlántico,
por siglos brillarás.

Poesías satíricas y epigramáticas

A un plagiario

Tranquilízate, amigo, tus escritos
libres están de crítica y censores;
pocas habrá de clásicos autores
quien, docto y fiel, no los aplauda a gritos.

Conviene de buen grado los peritos
en llamar a tus versos lindas flores
y añaden que recuerdan sus olores
a nuestros padres del Parnaso invites.

Yo de mí sé decir que a Garcilaso,

León, Rioja en tus escritos veo
y también a la estrella sin ocaso,

Divino Herrera, el hispalense Orfeo,
¿Mas qué mucho bribón, si a cada paso
sus versos copias y sus versos leo?

A un ingenio de estos tiempos

Soy incapaz, Ernesto, de engañarte:
adoro la verdad, que el bien inspira,
y contra el vicio de falaz mentira
hay en mi corazón firme baluarte.

Ernesto, Ernesto, el corazón me parta
tu inútil afanar: rompe la lira
de cuerdas flojas «tu razón delira;
te falta inspiración; no tiene arte».

Pero sírvate al menos de consuelo
que, si ascender no puedes la escabrosa
cumbre del Pindo en tu cansado vuelo,

Tienes en tus escritos una cosa
mira si de franqueza soy modelo,
peor aún que tus versos..., y es tu prosa.

A una tonta

Nadie lo niega, Elisa, y yo el primero,
si alguno lo negara, lo diría:
todo en tu cara hermosa es simetría;
cada cual de tus ojos un lucero.

Y nada excede en garbo al hechicero
talle gentil, ni en noble bizarría
la cadera, que al sesgo se desvía
y columpia amoroso el pie ligero.

Nadie lo niega, hermosa, y quien delira
por tu albo seno que al placer provoca:
quien, tu cuello al mirar, tiembla y suspira,

pero hay dos gracias en tu linda boca
que el mundo sabio, sobre todo admira:
tu charla eterna y tu reír de loca.

Epigramas

Introducción

Lector, desbandada tropa
de conceptos te propino,
como quien dice mal vino
de barro en modesta copa.
Es comparar, mas si acaso
fuere el mosto del algún precio
no estimes como hace el necio
el licor menos que el vaso.

* * *

Multiplica su valor
la piedra en rica montura:
con adorno, la hermosura
se aumenta y cobra esplendor.
Mas si me dan a escoger
entre accidente y substancia,
me quedo sin repugnancia,
con la piedra y la mujer.

* * *

Es de notar en la vida
cuan rara vez la fortuna
en un sujeto reúna
belleza y bondad cumplida.
Así la elección es ciencia
del hombre, y necesidad:
«Feliz así la realidad

no deja por la apariencia».

- I -

Una por otra dejabas
tu querida y tu mujer
al fin has venido a ser
de las dos abandonadas.

Si despediste a Rosenda
por lo que es, y lo que ha sido;
y a tu esposa has despedido
para que siga su senda.

- II -

Más por diablo que por hombre
Pármelo el mundo te estima;
Pero aunque verlo da grima,
de ministro llevas nombre.

«Desventurada Nación
cuyos ocultos registros,
permiten que sean Ministros
los que para hombres no son.»

- III -

Hame dicho un lenguaraz
que con vocación bendita,
te has hecho Antón, jesuita.
Y bueno, ¡cuándo te harás?

- IV -

Tu elocuencia de porrazos
es elocuencia aporreada,
Dalceno, y muy castigada
de pies, de lenguas y brazos.

No pudiendo hacerla buena,
la has hecho incontrarrestable
con buenos tropos de sable
y figuras de cadena.

- V -

A tal altura te meces
encaramado en el cielo,
Gilito, que desde el suelo
un punto negro pareces,

más no obstante lo que subes
eres libre en paz o guerra,
punto negro aquí en la tierra
y punto negro en las nubes.

- VI -

En justa compensación
de los versos que recitas
te ha dado el cielo, Praxitas,
buena voz y entonación;

pues por la fama sabrás
que si son tuyos (no ajenos),
los versos es lo de menos,
y la voz es lo de más.

- VII -

Por la noche y con buen viento,
y luz en un farolito,
La cometa astro crinito
parece en el firmamento.

La imagen ves de Pujol
si ve viento destituido
viene al suelo reducido
a papel, cola y farol.

- VIII -

Aborreces a Maquera
por dos veces jorobado,
y yo, de ser tan doblado,
en el cuerpo, le absolviera,
si en el alma no lo fuera.

- IX -

En toda tribulación
la plegaria eleva al cielo,
y convertida en consuelo
bajará a tu corazón.

El mar sus aguas resuelve
en vapores cada día,
que al cielo amargos envía;
y el cielo en lluvia los vuelve.

- X -

Que de ser Ministro infieras,
que eres también bueno y sabio,
lógico parece, Fabio:
porque delante no lo eras.

- XI -

Tal, España, moderados
te tienen, y progresistas,
demócratas y realistas,
generales y soldados,

Que me pareces pelota,
hecha de cerda, y badana,
que de buena o mala gana
a todo impulso rebota.

Por el aire en raudo giro,
o por el suelo maltrecha,
o contra el muro deshecha,
siempre rodando te miro.

Pues si ignoras (y esto notes)
lo que a la pelota espera
al final de su carrera
de botes y de rebotes,

Mírate en tu propio espejo
con las costuras rozadas,
con las faces enlodadas,
sin pelote y sin pellejo.

- XII -

A dos afectos se inclina
tu pecho, de amor sediento:
uno, Anarda, el casamiento:
otro, la amistad divina.

A todos tu celo admite,
mas con diferente modo,
que a los amigos das todo,
y a los novios ni un ardite.

«Así dices, cuerda gano,
siendo con todos cortés,
a los amigos de envés,
y a mis futuros de mano».

Para juego tan sutil
(y no es mala la advertencia),
conviene tener prudencia,
y la balanza en el fil;

pero la furia amistosa
de tal modo te fatiga,
que al fin de todos amiga
serás y de nadie esposa.

- XIII -

Escribir que espolear
empleando un equivalente,
tu involencia era prudente,
verbi gracia, de excitar;

Y así con ello te aburro;
Marqués, y te desenfreno,
que exclamas, de espuma lleno;
«No soy caballo, ni burro».

Académico (y no loco)
de la Historia y de la Lengua
¿Y no tienes a gran mengua
ofenderte por tan poco?

No lo hice (;habrá desatino!)
por baldón a tu Excelencia,
pues ya se la diferencia
que va de ella a un buen pollino.

Este corre si le aprieta
de la espuela el aguijón;
y en la misma situación
Tu Excelencia se está quieta.

Lo más, más, que suele hacer
un mal asno en casos tales,
es aflojar los pretales
corcoveando al correr.

Tú te arriskas y estremeces,
bufas, de rabia suspenso:
lo que es andar ¡ni por pienso!
porque inmóvil permaneces.

Y así queda comprobado
ser la inercia propio vicio
y natural ejercicio.
de tu Excelencia en Estado.

- XIV -

Por decir que de una espuela
estabas necesitado,
fiero, marqués, me han baldado
de una coz de choquezuela.

Y así en ello se medita,
quien da coces semejantes,
más que broches de diamantes
dos espuelas necesita.

- XV -

¿Que te han llamado indolente?
Y ¡qué importa! majadero:
Sácame por embustero
hincando al trabajo el viento.

Y así dirá quien lo vea,
pues como en cierta ocasión
dijo Esparta al macedón:
¿Quiere ser Dios? Que lo sea.

- XVI -

Hay claustros para doncellas
de mansueta condición.
Y por qué di, tu espadón
no está enclaustrada con ellas?

Aunque, espada o garmbaina,
bien está, Nerva, a tu lado;
pues (todo considerado)
¿qué más claustro que su vaina?

- XVII -

Aquí yace Nogueral...
lo mismo da, siendo cierto.
Pero ¡cómo, si no ha muerto!
que ha de morir... año tal.

Aquí yace uno de tantos
que hizo figura entre algunos;
fue un gran santo entre los tunos;
fue un gran tuno entre los santos.

- XVIII -

A un Ministro bonachón
de cara y gestos morunos,
felicitaban algunos
por su reciente elección.

«Agradezco el parabién
(respondió), pero callad,
y más que a mí festejad
a mi parienta Belén.

Hombre público deseaba
yo, sin duda, florecer;
pero mi esposa por ser
mujer pública rabiaba.

Y es santo en ella ese gusto;
que imparcial en los favores
no distingue de colores,
y mide a todos al justo.»

- XIX -

Los generales solían
antaño fiar su venganza
a su espada o a su lanza;
pero hogaño la confían.

El tiempo todo lo muda
a sus bravos edecanes:
es voz francesa de canes,
sin el lid, que les ayuda

Ayudas, pues en rigor,
no ayudantes les diremos;
ni de Campo los haremos,
sino ayudas de valor.

- XX -

Las naciones que aborrecen
el sistema liberal,
como un ejemplo del mal,
España, al mundo te ofrecen.

Así, Esparta, a los muchachos
mostraba con alto juicio,
la enorme fealdad del vicio
en los idiotas borrachos.

- XXI -

Ya General, ¡y tan mozo!
dije al verle, sorprendido
y él replicó presumido,
y acariciándose el bozo:

«Nada los merecimientos
tienen que ver con la edad:
si me falta edad, me da igual:
me sobran pronunciamientos.»

- XXII -

-Padre, en el huerto escondido
ciertas patatas sembré,
y no sé si lo diré...,
mas ¿sabes lo que ha salido?
-Pero, hijo, sin duda alguna,
lo que sembraste salió.
-Salió un cerdo y se comió
las patatas a una a una.
-Ese cerdo es español,
dijo el padre: yo lo juro,
y del linaje más puro
de cerdos que ha visto el sol;

Pues en España (es sabido)
si algún buen grano se planta,
viene un cerdo y lo engarganta
cuando apenas ha nacido.

Y aún suele hijo, suceder

que esta malvada polilla
no perdona la semilla
ni aun antes de nacer.

Por lo cual no es cosa extraña
Que el cerdo, con ser inmundo,
en ningún país del mundo
engorde como en España.

- XXIII -

Esa cruz que cual estrella
llevas al siniestro lado,
dice que crucificado
debieras estar en ella.

- XXIV -

Dicen, Nerva, de tus glorias
los enemigos mortales,
que no son pocos nacionales
las cruces de tus victorias.

Y yo juro sobre el breviario
ser cruces de la Nación,
que nos cuentan su Pasión
en tu sangriento Calvario.

- XXV -

Cosas se cuentan del viento
(por lo que cambia) curiosas;
pero en cambio y otra cosa
es don Antonio un portento.

Tanto cambia don Antonio
que de malo rematado,
a ser, cambiando, ha llegado
muy más malo que el demonio.

- XXVI -

-¡Oh qué gran mesa de Estado
tiene Luis, dijo un pelele.
Añade, tonto, una ele
al de, y habrás acertado.

Pues, como muchos asientan
y es de exacta tradición,
bienes del Estado son
los que en auge la sustentan

- XXVII -

Un hombre gordo murió
de mala alma y cara fea;
y cuando al hoyo bajó
dijo un chusco, y se signó:
Ligero a la tierra sea.

- XXVIII -

¡Qué escriba yo biografía
para Nerva que vivió
tan mal, y tan mal murió,
y era sucio como Arpía!

Pudo Dios con fuertes manos
sacar de la nada el mundo:
pero de un ser tan inmundo

solo sacara gusanos.

- XXIX -

Si cada cruz una gloria
representa en el día,
tu nombre, Nerva, sería
sinónimo de Victoria.

¿Que, contigo comparados,
fueran el gran macedón,
al que pasó Rubicón
ni otros héroes afamados?

Mas tus cruces (no te ofendas)
no son cruces de batalla,
sino tropel y morralla,
de las civiles contiendas.

Y cada una, ¡oh baldón!,
representa un fraticidio,
la cadena de un presidio,
de la Patria una aflicción.

Así Nerva, el gran Calvario
civil que llevas al pecho,
solo dice que tu lecho,
debiera ser un rosario.

- XXX -

He visto el lienzo pintado
de tu mano, buen José,
y los versitos que al pie,
de tu vena has estampado,

Y esto mi opinión decreta
en asuntos tan diversos:
«para un pintor, buenos versos;

buen cuadro, para un poeta».

- XXXI -

Dando a luz sus obras,
les da carrera y destino
para la luz de la hoguera.

- XXXII -

Son, Galo, cosas muy buenas
las que llevas cual rosarios
reliquias, escapularios,
imágenes y novenas.

Pero pues con ellas, Galo,
te llevas siempre a ti mismo,
siempre habrá profundo abismo
entre lo bueno y lo malo.

- XXXIII -

¿Tiene el chico ya carrera?
Ni carrera, ni esperanza;
porque nada se le alcanza:
flojo, torpe, calavera.

Pero vivo sin cuidado:
no habiendo frailes ahora,
le daré con gran mejora,
colocación de empleado.

- XXXIV -

El chico es una matraca.
¡Qué charla o qué algarabía!
¡Cómo decide y porfía!
¿Le educa usted para urraca?

Es la costumbre del día.
Él para nada se educa;
mas como raja y manduca,
para Ministro se cría.

- XXXV -

Aprendiendo año tras año,
con las penas del infierno,
sabes lo antiguo y moderno;
sabes lo propio y extraño.

Tienes ciencia consumada
pues tu saber es de modo,
Gayo, que lo sabes todo;
y no sabes hacer nada.

- XXXVI -

Ufano de tu saber,
con repugnancia avaricia
niegas a todos noticia,
libro, informe, pesar.

Y yo, digo: por un dato
que des, o vendas contante,
serás nunca, gran pedante,
más o menos mentecato?

- XXXVII -

Un Ministro es un portento,
que de Estado, sin contienda,
se va a Marina, o Hacienda,
Gobernación o Fomento,

Justicia o Guerra; es probado;
pues lo hace el diablo de modo
que el nene lo sabe todo,
menos la ciencia de Estado.

- XXXVIII -

¡Válgame Dios, Nogueral!
Que seas malo no me espanta,
(siempre lo has sido) y encanta
ver tu propensión al mal.

Pero que quieres, taimado,
pasar por santo, y por puro,
pasar de castaño a oscuro
y huele a cuerno quemado.

- XXXVIII bis -

En cualquier pueblo salvaje
una profesión u oficio,
pide para su ejercicio
tiempo, prueba, aprendizaje.

Pero en España ha de verse
lo que el mundo ha progresado,
pues de Ministros el Estado
no necesita aprendices.

- XXXIX -

Si quieres verte medrado
en la corte y con favor
con linda ha de estar casado,
ser a Cortes Diputado,
o de un distrito elector.

- XL -

De un borracho quiso Lía
saber por qué de contino,
cuando se tragaba el vino
del agua elogios hacía.

Bueno, es, dijo, que lo sepas:
bebo vino, porque es gloria,
y hago del agua memoria
porque hace bien a las cepas.

- XLI -

Durmiendo estaba por cierto
como marmota un casado,
cuando aprisa fue avisado
que su mujer había muerto.

Volvió a dormirse al instante
diciendo con tono adusto:
«No esperaba tal disgusto
cuando luego me levante».

- XLII -

¿Por qué insistes con ahínco
en que eres de la Parroquia?
Esto es claro, buena Eustoquia,
como tres y dos son cinco.

Ni lo negará de gana
quien sepa algo de tu hacienda,
de cual hermosa tienda
la Parroquia es parroquiana.

- XLIII -

Así el que oye (y lo celebra)
el cascabel agitado
que Dios por lengua te ha dado,
se aparta y dice: ¡Culebra!

Puso Dios a la Serpiente
que Cascabel es llamada,
señal para que evitada
pudiera ser de la gente.

- XLIV -

Nerva, cuando tus hazañas
te llevan al Ministerio,
me imagino un cementerio
lleno de hoces y guadañas;
y exclamo: «Este Megaterio
sea ligero a las Españas.»

- XLV -

La amistad invocas, Fano,
para meterte en mi hogar,
y ser de él y de mí al par
polilla, dueño y tirano.

Yo no quiero que conmigo,
malbarates tu favor;
y a mi honra le está mejor
que seas, Fano, mi enemigo.

- XLVI -

Tronco de la vida, bruto,
en el humano linaje;
las razas son el ramaje;
el hombre bueno es el fruto;

Del árbol y su verdor,
corona, y flor, la mujer;
y la virtud viene a ser
el aroma de esa flor.

- XLVII -

Armada nace la rosa
su valor encareciendo,
porque solo combatiendo
debe rendirse la hermosa.

Aprende, mi flor querida,
de esa flor a conocer
que la fácil de coger
no merece ser cogida.

- XLVIII -

Si quiere saber, hermano,
un guardia urbano ¿qué es?
Un uniforme en dos pies
que no es guardia, ni es urbano.

- XLIX -

En verso, o prosa, entre sabios,
en el foro o Parlamento,
la virtud siempre un momento
tiene en tu pluma o tus labios.

- L -

Con que la gente confusa
se pregunta ¿quién le inspira?
y tú dices: La mentira;
que es mi espíritu y mi musa.

- LI -

Te aquejan los desengaños,
ves doquier triunfante el vicio,
y con escasos juicios
aún amas, Celio, en tus años.

Quién a cuarenta llegó
y a los hombres no aborrece,
de sentimiento carece,
o nunca antes los amó.

-LII -

Si en la desgracia favor
te da el amigo, lo es bueno;
si tu bien mira sereno,
si no envidia, lo es mejor.

Con la caridad se emboza
el orgullo alguna vez:
Solo un alma de alta prez
con el bien ajeno goza.

- LIII -

Tan grande es tu independencia
que no acatas religión,
que reprima tu licencia,
autoridad ni opinión.

Y haces muy bien, pues al cabo,
por estar sin ley ni freno
vives a la dicha ajeno,
de tus pasiones esclavo.

Poesía

Rafael María Baralt

Poesías autográficas y de circunstancias

La inspiración

¡Inspiración potente!
¡Levántame del suelo en que arrastro,
Entre angustias y enojos,

Como el insecto vil corre entre abrojos,
Sin dejar leve rastro,
De su mísera huella entre la gente!
¡Lejos de mí la tierra y su quebranto!
¡Y lejos de mí el llanto
Que en todo vario clima y tiempo y lengua,
Cual tributo sin mengua,
El hombre al Hacedor con tino envía
De suspiros sin cuento en la armonía!

Lejos de mí los triunfos y la gloria
Que al oro vil da el mundo
O al infame poder que en cieno inmundo
Vela su origen de infernal memoria;
Que si la tierra va a su carro uncida,
Como esclavo sin alma,
De libertad la palma
Quiero en mis manos mantener asida.

Virtud clama doquiera el hombre necio
Y al crimen da por precio
De la misma virtud la esencia pura;
El oro es Dios y la virtud el oro;
Amor es oro y la amistad divina
Se vende al peso en cantidad mezquina.

¡Inspiración, inspiración potente!
Separado del suelo, a la alta cumbre,
Cabalgando en el viento
En raudo movimiento,
Quiero del trono de Jehová fulgente
Con mis ojos mirar la viva lumbre,
Aspirar de su ser la diva esencia
Y de su coro en el perenne canto
Aprender a alabar su nombre santo.

Vague yo en alas de feliz querube,
Traspase el alta cima, el alta nube,
El dominio del sol, y de los mundos
Que pueblan los profundos
Espacios invisibles, injoneados,
Contemple los misterios ignorados;
Siga de los cometas rutilantes
Las luminosas huellas;
Cuenta yo las estrellas,
Y vea en los espacios
De otros mundos y cielos los palacios,

Y nuevo Orfeo en la región precita
Al ángel ciego y su infelice bando
Serenos vea y de su sien maldita
El fuego eterno sin cesar brotando!
¡Albo lucero de sin par belleza
Que al alta diestra del Señor te viste
Y que luego caíste
Al negro abismo en sin igual bajeza!
Mirarte cerca y contemplarte quiero,
Por ver si el dolor fiero
Que en ti ceba su garra penetrante,
Abate o crispa tu infernal semblante.

¡Inspiración, inspiración potente!
¡El sacro numen pido
Y su divina aureola refulgente,
Aunque del grande Homero
Comparta el hado fiero
Y, del trono de Júpiter caído
Ciego a la tierra, con acerbo llanto
Limosna pida al entonar mi canto;
Aunque del vate que ensalzó de Gama
El grande esfuerzo y la feliz proeza
El hado sufra en su feroz crudeza
Y se apague mi llama,
Abandonado de la patria mía,
Exhalando entre pobres mi agonía!

A la señorita venezolana doña Teresa G.

Si del Guaire gentil en la ribera
Naciste ufana entre risueñas flores,
Y sus plateadas ondas los ardores
Del sol templaron en tu edad primera.

Si allí constante daba primavera
A tus tersas mejillas sus colores;
Si todo te reía, si de amores
En torno a ti brillaba la pradera:

¿Por qué luego, del Betis seducida,
La maternal orilla abandonaste,
Prefiriendo el extraño al propio cielo?

Vuelve, Teresa, a do empezó tu vida,
O pagando el amor que me inspiraste,
Dame una patria en el hispano suelo.

A una flor marchita

Hija de la mañana
¿por qué abatida la graciosa frente
no ha mucho tan ufana?
¿Qué de tu honor y tu arrogancia queda?
Hoy venturosa y leda
sobre el flexible tallo columpiada
te saludó la aurora
en el rosado Oriente,
cuando de su alma acariciada
junto al arroyo en el vergel naciste;
y hoy el arroyo con murmurio triste,
al fenecer el día en Occidente,
corre, te busca, y al mirarte llora
de tu beldad lozana
el efímero alarde y pompa vana.

Mas ¡cuántos disfrutaste y cuántos diste
bienes preciados, en tu gloria breve!
Del sol enamorado
los vívidos colores recibiste:
ósculo regalado
del céfiro sonante, cuando leve,
tallo, ramas y pétalos movía,
y en la húmeda corola vacilante
al plácido murmullo se adormía:
el pardo ruiñeñor con pico de oro
tus néctares bebió: la susurrante
solícita abejuela, dulce cuna
y aun más dulce tesoro
de miel y aromas alcanzó en tu seno;
en tu cáliz sereno
vertió sus rayos la argentada luna;
sus nacaradas gotas el rocío;
y al retratarte en su cristal el río,
sus acentos suaves
unió cantando a los del bosque umbrío,

y al coro de los vientos y las aves.
¿Ni qué voz generosa a tus loores
el tributo negó? Con noble verso
vistiendo tus colores,
tu gloria al universo
dijo la lira; y la campestre avena
con dulce cantinela
en el valle y la vega a los pastores.

En el sublime alcázar peregrino
de mármoles labrado;
en la ramosa gruta; en la cabaña
de informes troncos de silvestre pino;
en el cercado huerto; en la montaña,
perfume regalado,
inefable dulzura, encanto y vida,
con mano igual profusa derramaste;
allí donde brillaste
resplandeció la tierra ennoblecida;
los tendidos desiertos se animaron;
menos horrible pareció el abismo;
y ante el sepulcro mismo,
los ojos que miraron tu hermosura
menos acerbos lágrimas lloraron,
y con menos terror la muerte dura
y sus tristes despojos contemplaron.

Luego, del tallo paternal tronchada,
pobre huérfana errante
¿qué fue de ti, lanzada
de la vida del hombre al torbellino?
¿Fue acaso tu destino
brillar un solo instante
en el mórbido pecho de la dama,
o en su cabello undoso;
irritar del amor la viva llama
en el amante, de tu honor celoso;
y, el labio audaz en tu corola impreso,
mustia tornarte al encendido beso?
¿O en las pompas del templo sacrosanto
desfallecer en medio de esplendores
al grato son de religioso canto,
mezclando tus olores
a la de incienso y mirra blanca nube
que vagarosa del altar se eleva,
con lenta majestad se extiende, y sube,
y a Dios el llanto y la plegaria lleva?

¿O profanada en el festín, la frente
adornar del impuro sibarita
que luego, ingrato, te arrojó marchita
al vil contacto de su sangre ardiente?

Luciste una mañana: no sin gloria.
Nacer para el amor, y en corta vida
de todos bendecida
ser amada y amar: tal es tu historia.
Y morir como el niño que arrancado
al seno de su madre, sube al cielo
en ángel transformado.
Flor es también el niño que prefiere
el Edén inmortal al triste suelo.
¡Cuán amado de Dios es el que muere
en brazos del amor; puesto el oído
al maternal acento; suspendido
al casto pecho por el dulce labio;
sin probar el agravio
de perfidia cruel o duro olvido!

Bella en la vida y en la muerte fuiste:
en la vida y la muerte blando aroma
tus hojas exhalaban,
y tus dulces alientos se mezclaron
del aura leve al generoso aliento
y si nada resiste
de la dura segur al movimiento
que alzados muros con furor desploma,
que alzadas cimas con fragor derrumba,
tú no pruebas sus iras:
con lánguido desmayo en paz expiras,
y perfumada tumba
que el poderoso príncipe envidiara,
más que de oro preciada y de diamante,
en su seno escondido te prepara
sobre el fiel corazón virgen amante.

Pero no: tú no has muerto.
De misterioso impulso arrebatado,
tu cáliz puro, de esplendor cubierto,
aunque en tierno deliquio aprisionado,
al labio llevo y exhalar le miro
perfumado suspiro.
Vives, sí, vives: transparente gota
de la linfa purísima que brota,
de poderosas hidrias espumante,

sobre tus hojas con piedad vertida
venga, y te anime, y otra vez pujante
despierta de tu sueño, flor dormida.
Yo muerta te creí, y en flébil tono
canté tu gloria y tu fugaz ventura
con ronca voz y desmayado acento;
mas si de nuevo al trono
vuelves de la hermosura,
voz más acorde con heroico aliento
eleve el canto que perpetuo dura.

Así, del cielo amado,
fragancias difundiendo expira el justo;
vida encuentra en la muerte, y va sereno,
de espíritus angélicos cercado,
al pie del solio augusto,
de alta esperanza en su justicia lleno.
Vivió, resplandeció, y aroma en torno
de pródiga virtud llenó el ambiente:
vestido de piedad, único adorno
fue la virtud de su elevada frente.
Y cuando en hora malhadada, vela
sombra de muerte su sepulcro frío,
aureola brillante
donde el Señor su majestad revela
circunda su semblante.
Ruge el averno: Satanás impío
al báratro se lanza rebramando
seguido de su bando:
él rodeado del divino coro
las ígneas alas apareja al vuelo;
rompe el aire con ímpetu sonoro,
y, feliz vencedor, se eleva al cielo.

Mas si debes morir, flor generosa,
¡Cuán noble todavía
eres en tu agonía!
En torno al corazón las hojas bellas,
en actitud piadosa,
para ocultar las huellas
de la muerte se agrupan, y a porfía,
como amigas fieles,
tu seno cubren y sobre él expiran.
Así cuando ya miran
marchitos sus laureles
las semidiosas que adoró la tierra,
vencidas en la guerra

del crudo tiempo, que con leves alas,
marchitó su hermosura
y en humo y polvo convirtió sus galas,
la frente ocultan donde ya no brilla
de la edad juvenil el dulce fuego;
la rugosa vejez con mano dura
cenizas desparciendo, en la mejilla
que la rosa envidió, su sello imprime,
sorda de la beldad al hondo ruego.
Y en vano, en vano gime
el ídolo deshecho en solitario
altar sin cultos al amor propicios:
las antiguas diademas son cilicios;
y envuelto en el sudario
de la implacable edad que le devora,
recuerda, y pasa, y sin consuelo llora.

¡Oh dulce flor! ¡Oh reina destronada!
¿Qué te valdrá el recato?
¿Por el que antes te amó, céfiro ingrato,
te verás de tu mando despojada
con bárbara osadía;
y el aura matinal, sin conocerte,
sobre la tierra que adornaste un día,
profanando tu muerte,
entre escorias y abrojos
esparcirá tus míseros despojos?
¡Si al menos retratarte
mi rudo verso triunfador pudiera!
¡Si pudiera llevarte
de la inmortalidad a la alta esfera!
Pero mi lira en breve
desfallecida como tú, al quebranto
se rendirá; ni leve
memoria acaso quedará del canto.
Pendiente del ciprés, hondo lamento
en sus cuerdas sonando dará el viento.

Madrigales

Mañana

Imitación de Parny

No más para mí, Elisa,
brillen tus ojos, o hable tu sonrisa:
no más traidor, en amoroso juego
me ofrezca el labio puro,
miel que trueca perjurio
de ponzoña mortal en vivo fuego.

¿Para qué son amores
si cuanto más fogosos, tus rigores
en humo vano, Elisa, los convierten?
No más necia esperanza
que nunca el bien alcanza,
y dolores no más que te divierten

Mañana, siempre dices,
Y mañana repites:
yo tu amor pagaré, pero infelices,
y es bien que esto medites,
mientras el tiempo de promesa vana
disipa la quimera,
y al par la primavera
marchita de la edad cada mañana.
Así que tus engaños
no siempre durarán: los tristes años
sobre tu faz imprimirán su huella;
y mañana seremos,
por más que lo lloremos,
menos ardiente yo, tú menos bella.

A unos ojos

Vela tus ojos, niña... o no los veles:
igualmente crueles,
velados o sin velo
roban a mis amores el consuelo;
que si velados, mísero suspiro,
pues si los cierras,
por verlos yo deliro
si abiertos no me miran,
y en torno, amables de otros fuegos giran,
como las simplecillas mariposas,

cuando esquivan las rosas,
y el ala reluciente
quemán incautas en la llama ardiente
más por ver no más quiero.
Pero si he de morir, sólo por verte
muera yo de esa muerte,
hallando a mis enojos
temprano fin en tus fatales ojos.

Los símiles

Abrasada del sol en el estío
y falta de rocío,
la flor hermosa que miraba al cielo
su tallo con dolor inclina al suelo.
Pero si amiga mano diligente
el cristal de la fuente
sobre sus hojas y en su pie derrama,
de la vida a la flor vuelve la llama
y otra vez con orgullo
se mece de las auras al arrullo.
Yo soy la flor marchita:
el agua tú serás que resucita.

La huida imposible

Poeta

-Duélate de mi mal, ciego divino,
y si cruel me heriste, aguda flecha
También la envía, porque yo la endecha
Cambié de aqueste amor en dulce trino.

Cupido

-Lo siento, vate; pero fue destino
de quien tierno la amó, grande cosecha
coger del fruto que el amor desecha;
y tal de tus ternezas es el sino.

Poeta

-Mas ya que por amarla condenado
estoy (Jove me asista) a calabazas,
algún medio de huir, dime, ¿no habría?

Cupido

-La viste y no hay remedio: al carro atado
irás de su hermosura, que si trazas
de huir hubiera yo las usaría.

En el álbum de la señorita doña Emilia Jara

«La vida en la juventud.»

¡Cuánto es dulce la vida si copioso
su manantial purísimo se vierte
de juventud en la dorada copa,
y en néctar oloroso
al tocar en los labios se convierte!

Dulce es vivir cuando entreabierto apenas
el libro de la vida malhadado,
níveas sus hojas al destino ofrece,
donde el dolor sus penas
con acerba pluma aún no ha grabado:
hojas que aplica el desengaño luego
una tras otra de su hoguera al fuego.

Dulce, muy dulce, si el turbi6n del mundo
de sangre y barro entre sus olas frías,
no revuelve iracundo
de esperanzas y amor las alegrías;
tal como arrastra el bramador torrente
la dulce flor y el tallo en su corriente.

¡Eres bella cual pinta seductora
imagen que enajena
y el corazón abrasa,
de encanto al par que de misterio llena

en alma joven el pincel de amores,
luz robando a los cielos y colores!

Pues cuando amiga la fortuna inestable
en su largueza rara
sus dones todos, todos,
sobre ti derramo muy más avara
fue que contigo al dividir natura
sus divinos encantos y hermosura.

Así cuando gentil al par que noble
en medio te levantas
de preciadas bellezas,
inspirando el amor do quier las plantas
imprime tu beldad, y ejemplo al mundo
de sublime virtud dando fecundo:

En noble acento el inspirado vate
hasta el cielo sublima
del estro arrebatado,
ledo cantando en la apolínea cima,
no de tu frágil cuerpo la hermosura,
sí la del alma que por siempre dura.

Y yo a su plectro sonoro y blando
la oración fervorosa
uno con voz humilde;
y a Dios imploro, y con la faz llorosa
(que nunca enjuta levanté a los cielos)
la vida para ti pido sin duelos,
y amor sin desengaños,
y el angélico Edén de la esperanza
finge tan pronto el bien como lo alcanza.

A una coqueta

¿Por qué me miran benignos
esos tus ojos parleros,
si en su lenguaje, hechiceros,
no me dicen, ¡ay!, un sí?
Y entre dudas y zozobras
ignoro si mi delirio
te causa gozo o martirio,

o si te burlas de mí,
¿por qué me miras así?

Por lisonjearme tan sólo,
claro está, linda señora,
que tu vista no atesora
tanta mirada sutil;
pues aunque el cielo quisiera
volverme de arriba abajo,
le costará buen trabajo
gracia dar a mi perfil.
¿Por qué, pues, mirarme así?

Mas tampoco (a buen seguro)
soy yo feo de tal modo
que parezca un Quasimodo,
ni me distinga entre mil,
que a Dios gracias ni verruga,
ni joroba, ni cojera,
puedo ofrecerte que fuera
digno asunto de reír.
¿Por qué, pues, mirarme así?

Que por amor no me miras,
es tan cierto que hay un hombre...
¿A que no recuerdo el nombre
del necio chisgarabís?...
Mas el nombre poco importa:
lo que importa es que le quieres,
y que halagarle prefieres
con tus labios de carmín.
¿Por qué, pues, mirarme así?

Tildar de coquetería
a tan cumplida belleza
fuera por cierto torpeza
en amante tan gentil
(hablo de mí no del otro);
ni que eres tonta presumo,
pues demuestra ingenio sumo
tu manera de elegir.
¿Luego a qué mirarme así?

A la verdad ya no acierto,
por más que pienso y cavilo,
a desenredar el hilo
de esta treta mujeril.

Más bien del diablo parece;
pues si al otro así condenas,
a soportar tus cadenas,
yo sólo debo sufrir
cuando me miras así.

Por ende, bella enemiga,
quiero trocar los papeles,
que no gusto de oropeles
ni con miradas vivir.
Y así mi bien los destellos
dale de tus lindos ojos,
y amor en lugar de enojos
reservarás para mí:
o no me mires así.

Mas, ¡ay triste!, que la cuenta
sin la huéspedea he formado,
yo que el corazón postrado
ante tu cielo rendí.
¡Oh Celia!, aunque muerto quede
(a Cetina un pensamiento
robo en aqueste momento)
de tus rayos al partir,
mírame por siempre así.

Pues sabes, Celia, que adoro
desde el pie donoso y bello
hasta el dorado cabello
cuanto primor hay en ti,
y que si perlas asoma
de carmín el labio puro,
tiembla el pecho mal seguro
a tu dulce sonreír...
cuando me miras así.

Y también que el vivo fuego
que en tu mirada se enciende,
del rostro al alma trasciende
en raudo vuelo, sutil,
y que herido, absorto, ciego,
a la vez que ardiendo helado,
de su prisión desalado
vuela el corazón a ti...
cuando me miras así.

En el álbum de la señorita doña Enriqueta Mora

En confuso tropel, cual barre el viento
las hojas secas en el bosque umbrío,
y en cerco polvoroso
la dulce flor con ímpetu violento
en aciago momento:

Del árbol de mi vida así las flores,
así las hojas secas con los años,
vanse al soplo de amargos desengaños
solitarias y tristes, sin olores,
sin formas ni colores.

Náufrago ahora en piélagos sañudo,
sin brújula de amor, busco la gloria,
la riqueza, el poder, o ya en la Historia,
contra el olvido y su silencio mudo,
sagrado y firme escudo.

¡Oh cuán necio afanar! en humo vano
la más cumplida gloria se convierte:
contra el poder y la riqueza hay muerte,
y en la historia del mundo vive ufano
el más impío tirano.

Solo el bien que dispensas siempre dura,
y sólo dura de tu luz la huella:
de la mañana y de la tarde estrella:
nave que a todo viento vas segura.
¡Amistad santa y pura!

No empero la del hombre peregrina,
grande en el labio y en el pecho vana:
quiero la de mujer, que si es humana
cuando con fácil pecho a amar se inclina,
en la amistad divina.

Y si es ángel cual tú cándido y bello
esa mujer, de su amistad sagrada,
báculo de una vida ya cansada,
el rayo virginal ostenta el sello
de celestial destello.

¡Oh de la antigua llama quien pudiera
debajo la ceniza el fuego puro
revivir todavía! A ti seguro
en casta ofrenda humilde la ofreciera,
de amores la postrera.

Mas si el tronco aterido reverdece
de alegre primavera al dulce fuego,
herido por el rayo inclina luego
la arrogante cerviz: nunca más crece,
y abrasado perece.

Sus labios

Puros, rosados, frescos, relucientes,
dulces a quien los mira; al tacto, ardiente.
Y si, oprimidos, blando
aroma y miel brotando...

Pétalos de una flor lozana y pura
dirás que son, pero mi amor te jura
que tus labios son esos,
cuando, abeja de amor, los libo a besos.

Lo que es ella para mí

¡Otro celebre, en son grato al oído,
El cantar de las aves no aprendido,
O las pintadas flores
Con sus ricos colores,

O el manto azul que en la celeste esfera
Los refulgentes astros reverbera!
Que tú, para mi amor, Julia, en el suelo
Eres el ruiseñor, la rosa, el cielo.

El amor vencido

Diálogo entre Cupido y el poeta

Poeta

El ardor que me inflama, niño avieso,
a Celia ingrata justiciero inspira,
tu dios, ella mujer, y no te aíra,
verla ostentar el corazón ileso.

Cupido

Lleva con gloria de tu amor el peso,
y en tan grande ocasión pulsa la lira.
¿No es sublime el dolor que a Safo inspira
el canto no mortal, en bronce impreso?

Poeta

De intentar el gran salto no respondo,
ni de vate llorón, quiero yo estado,
fugitivo andaré. ¿Dónde me escondo?

Cupido

La viste, y no hay remedio, al carro atado
irás de su hermosura... y yo contigo,
pues es culpa común, igual castigo.

Elegía

Al suicidio de doña María Josefa de la Cortina, ocurrido en Sevilla el 19 de marzo de 1844.

Arpa que a los dolores
fácil prestas la voz, y en flébil canto,
adversa a los amores
el corazón de llanto
y el alma de terror llenas y espanto.

Arpa de luto y duelo

siembras el desconsuelo;
que con la tumba en pavorosa alianza
y a la acerba memoria
muestras nublado el sol de la esperanza.

Vibra la cuerda agora
a cuyo ronco son el suelo inmundo
desesperado llora,
y un suspiro profundo
lleva a los pies del Hacedor del mundo.

Y dile así: «¡Dios mío!
Tú que riges los orbes, y potentes
al corazón impío
y al que te ama ferviente
penetras con tus ojos igualmente.

Y en tu inmensa justicia
de perfecta balanza y fiel seguro,
sin favor ni malicia
das gloria a lo que es puro
y al crimen sin piedad castigo duro.

Era cual la luciente
lágrima pura de inocente niño;
y generosa fuente
de piedad y cariño
sin fraude vil y sin traidor aliño.

¿Por qué su mano misma
del infeliz en pro jamás cerrada
en la muerte la abisma?
¿Por qué tu ley violada?
¿Por qué del cielo mundo condenada?

Y en sus rasgados ojos
de casto fuego, tímidos lucían
mezclados los enojos
de la lucha se vían
cuando el deber y la virtud porfían.

Más en el rostro hermoso
la virtud en su triunfo se ostentaba;
y el fuego generoso
que del seno brotaba
las pálidas mejillas coloraba.

Como en blanca azucena
que sobre el tallo lánguida se inclina
en mañana serena,
su color purpurina
viste el alba fugaz que la ilumina.

Y el alma semejante
era, Señor, a la del Ángel bueno,
que en tímpano sonante
y de la gracia lleno,
tu excelsa majestad canta sereno.

Y el ingenio divino
las flamígeras alas levantando
al cielo de contino,
en movimiento blando
rastros de luz do quier iba dejando.

Que del purpúreo labio
brotaba luego consolando el lloro
o cautivando al sabio
como entre guijas de oro
fluye cantando manantial sonoro.

Así cuando entre bellas
la planta airosa y noble al par movía,
muy más amada que ellas,
un voto la seguía
de los que al labio el corazón envía.

En su furor pidiendo
tu brazo, contra el malo audaz y fuerte
en sus iras tremendo;
y del justo la suerte:
felice vida y venturosa muerte.

Y en vez de una diadema,
sobre sus albas sienas miró abrojos
de dolores emblema;
y bárbaros enojos
trocar en sangre el llanto de sus ojos.

Y aún forceja y batalla
y aún pide al corazón dulce consuelo
por cenizas halla
y si con vivo anhelo
por tí suspira, la rechaza el cielo.

Y en solitario lecho,
cansados de llorar, los ojos fijos,
se mira con despecho,
entre afanes prolijos,
amante sin galán, madre sin hijos.

Los estériles años
el espíritu gastan y la vida:
de horribles desengaños
postrada y mal herida,
nada a gozar del mundo la convida.

Entonces furibunda
pobre flor sin raíz en la ancha tierra
el fuego que la inunda
y que inútil encierra,
mueve contra sí propia en cruda guerra.

Y lo atiza, y lo inflama,
cual perseguida, ¡oh Dios! de tu anatema;
y chispeante llama
la abrasa y no la quema;
y muere, y vive, y llora, y no blasfema.

Hasta que, al fin, del mundo
deja cansada el viaje tormentoso,
y en tu lecho profundo
demandando reposo
te elige, ¡oh claro Betis!, por esposo.

Y tus ondas serenas
en medio de la noche oscura, triste,
cual brazos de sirenas
bajo su cuerpo abriste,
y en ellas con placer la recibiste.

Y tú, Señor, sentado
en medio de tus coros lo miraste;
y el mal fue consumado;
e impasible callaste;
y en ira santa hirviendo no tronaste.

Y agora te pregunto
a ti que ves los cielos y el abismo
distintos en un punto:
solo igual a ti mismo,

Señor de orbes y mundos, sin guarismo.

¿Por qué muere así el justo?
Por qué en palacios de oro, sosegado,
vive el malo a su gusto?
¿Por qué, de honor colmado,
goza del mundo ante sus pies postrado?

¿Son acaso tus leyes
que el malo triunfe, y que en su saña impía
desde un solio de reyes
de la virtud se ría
y contemple sereno su agonía?

Impía así blasfemaba
la ronca voz del arpa antes sonora,
y al cielo se elevaba
donde el Excelso mora:
¡voz falaz del Averno tentadora!

Pero fuerte y sonoro
cual guerrero clarín súbito acento
baja del alto coro
y atruena el firmamento:
detiéndense a escucharle mar y viento.

¡Gloria al Dios de los cielos,
del abismo y la tierra juntamente!
¿Quién romperá sus velos;
o quién verá patente
como Él de la verdad la eterna fuente?

Ya aplauda su destino
el hombre ciego, o desgraciado gima,
siempre sigue el camino
que invariable termina
del sepulcro voraz en la honda sima.

¡Gloria al Rey de los Reyes!
¡Del espacio y del tiempo! El hombre vea
la salud de sus leyes.
¡Bendito y salvo sea
aquel que ante su Dios se humilla y crea!

Los ecos repetidos
de aquella voz doquiera se escucharon
tierra y aire encendidos

con fuegos mil brillaron:
en sus ojos los orbes retemblaron.

Y en las llamas se veía
la casta virgen. Sus turbados ojos
en alto revolvía
ya con el llanto rojos;
pero en dulce actitud, libres de enojos.

Pasa empero un instante
y dulces tintas de rosada lumbre
al fuego penetrante
suceden: se vislumbra
rauda y asciende a la zafírea cumbre.

Suavísimo conceso
en los aires se escucha: refulgentes
querubines sin cuento
por las áureas, rientes,
cruzan cantando «hossanna» reverentes.

Flores llueven del cielo,
de olorosos perfumes nívea nube
se eleva desde el suelo
envolviendo al querube,
y lentamente hasta el empíreo sube.

Y la virgen gozosa
de cándida azucena coronada
se eleva ruborosa
de ángeles rodeada
y al Sumo trono del Señor llevada.

Pero al dejar la tierra,
tan cara y triste al par a su memoria,
mira cuanto ella encierra,
y al recordar su historia:
después de la expiación está la gloria.

Digo..., mas el beleño
que mis cansados ojos adormía
desapareció, y el sueño
que victorias fingía:
sólo era realidad la tumba fría.

Yo luego de esa tumba
riego la tierra en llano: estremecido

oigo que el trueno zumba,
y al terrible estampido
humilde su perdón al cielo pido.

Al sol

Mares de luz, ¡oh sol!, en la alta esfera
derrama triunfador tu carro de oro
y la vencida luna con desdoro
su antorcha apaga ante tu inmensa hoguera.

Y el águila de rayos altanera
hasta el cielo a buscar va su tesoro;
y esparce al viento su cantar sonoro
del umbroso pensil ave parlera.

Y la tierra y el mar y el claro cielo
penetrados por ti hierven de amores
cual de su esposo al fecundante anhelo.

¿Quién la lumbre te da? ¿Quién los ardores?...
El ser a quien tu luz, que nos asombra,
es fuego sin calor, es mancha, es sombra.

Soneto

Variante del anterior

Mares de luz por la sonante esfera,
Triunfador de la noche, el carro de oro
Lanza del sol, y su perenne lloro
Suspende el mundo y su aflicción severa.

Dichosa al firmamento va ligera,
Cual despedida flecha audaz condoro,
Y esparce al viento su cantar sonoro
Del umbroso pensil ave parlera.

Y la tierra, y la mar, y el claro cielo
En alegre bullir hierven de amores,
Cuando fecundo el luminar su vuelo.

Emprende ufano entre celestes flores.
Y en tanto muero de tu luz privado;
Que no verte es morir, ídolo amado.

Imprecación al sol

¡Rey de los astros, eternal lumbrera
del vasto mundo, fecundante llama
que al hombre, al bruto, al vegetal inflama,
y luz, vida, y amor vierte do quiera!

Por ti se rige la anchurosa esfera;
el jilguero feliz trina en su rama;
brilla el rocío, y su caudal derrama,
de flores coronada, primavera.

¿Por qué, cual barro vil, inerte y ciego,
al malvado y al justo igual concedes
tus rayos de oro, tu esplendor, tu fuego?

¡Oh! La luz celestial, al bien propicia,
si severa castiga, da mercedes;
pues Dios no es la Igualdad: es la Justicia.

Al mar

Te admiro, ¡oh mar!, si la movible arena
besas rendida al pie de tu muralla,
o si bramas furiosa cuando estalla
la ronca tempestad que el mundo atruena.

¡Cuán majestuosa y grande si serena!
¡Cuán terrible si agitas en batalla,
pugnando por romper tu eterna valla,
con cólera de esclavo tu cadena!

Tienes, mar, como el cielo, tempestades;
de mundos escondidos prodigiosa
suma infinita que tu mole oprime;

Y son tu abismo y vastas soledades,
como imagen de Dios, la más grandiosa,
como hechura de Dios, la más sublime.

El viajero

Ave de paso que vagando gira
de nación en nación, de gente en gente
y de su amor y de su nido ausente
hoy llora aquí, mañana allí suspira.

Rama infeliz que el ábrego en su ira
del almo tronco desgajó inclemente;
pobre arroyuelo que de ignota fuente
fluye gimiendo y en la mar espira.

Ausente así del caro patrio suelo,
afanosa busco mi edad florida
para el alma un amor y mis amores.

Tormentas fueron y furor del cielo.
Gocen otros el bien: que yo en la vida,
abeja de dolor, libo dolores.

Adiós a la patria

¡Tierra del sol amada,
donde, inundado de su luz fecunda,
en hora malhadada,
y con la faz airada,
me vio el lago nacer que te circunda!

Campo alegre y ameno,
de mi primer amor mudo testigo,

cuando virgen, sereno,
de traiciones ajeno,
era mi amor de la esperanza amigo.

¡Adiós, adiós!, te queda
ya tu mar no veré cuando amorosa,
mansa te ciñe y leda,
como delgada seda
breve cintura de mujer hermosa.

Ni tu cielo esplendente,
de purísimo azul y oro vestido,
do sospecha la mente
si en mar de luz candente
la gran masa del sol se ha derretido.

Ni tus campos herbosos,
do en perfumado ambiente me embriagaba
y, en juegos amorosos,
de nardos olorosos
la frente de mi madre coronaba.

Ni la altiva palmera,
cuando en tus apartados horizontes
con majestad severa
sacude su cimera,
gigante de las selvas y los montes.

Ni tus montes erguidos
que en impío reto hasta los cielos subes,
en vano combatidos
del rayo y circuidos
de canas nieves y sulfúreas nubes!

¡Adiós! El dulce acento
de tus hijas hermosas; la armonía
del suave concento
de la mar y del viento
que el eco de tus bosques repetía;

De la fuente el ruido;
del hilo de agua el plácido murmullo,
más amable a mi oído
que en su cuna mecido
es grato al niño el maternal arrullo;

Y el mugido horroroso

del huracán, cuando, a los pies postrado
del Ande poderoso,
se detiene sañoso
y a la mar de Colón revuelve airado;

De la cóndor el vuelo,
cuando desde las nubes señorea
tu frutecido suelo
y en el campo del cielo
con los rayos del sol se colorea;

Y de mi dulce hermano
y de mi tierna hermana las caricias;
y las que vuestra mano
en el albor temprano
de mi vida sembró, puras delicias.

¡Oh madre! ¡Oh padre mío!
Y aquella en que pedisteis, mansión santa,
con alborozo pío
el celestial rocío
para mí, débil niño, frágil planta.

Y tantos ¡ay me!, tantos
caros objetos que, en mi triste historia,
de miserias y llantos,
marcan a mis quebrantos
breve tregua tal vez con su memoria:

Todos yacen perdidos;
que ausentes del hogar en tierra extraña,
mis penates queridos
lloran entristecidos
en tu almo suelo al refugiarse, España.

¡Puedas grande y dichosa
subir, ¡oh Patria!, del saber al templo
y en tu marcha gloriosa
al orbe, majestosa,
dar de valor y de virtud ejemplo!

¡No te duela mi suerte,
no maldigas mi nombre, no me olvides!
Que aun vecino a la muerte
pediré con voz fuerte
victoria a Dios para tus justas lides.

A Sevilla

Deja los juegos ya; deja de amores
la liviana canción que te adormía
con blando arrullo en la ribera umbría
del Betis claro, entre galanas flores.

Ya probaste de arte los ardores
y al ronco son de bélica armonía
lidar supiste en temeroso día,
ganar laureles, merecer loores.

Ciñe, pues, a tu frente la corona
de inmarcesible lauro con que el cielo
de potente y de justo en ti blasona.

Y ya libre del yugo el patrio suelo
por tu esfuerzo feliz, lleva a Helicon
de más noble cantar el raudo vuelo.

Al bombardeo de Barcelona en el año 1843

De un eco en otro sordo retumbado
el rayo que en Monjuich hórrido suena,
de las precitas playas en la arena
pavor infunde al venegrado bando.

El ay de Barcelona memorando
también allí tristísimo resuena:
más que los gritos del averno atruena
venganza a Dios en su dolor clamando.

Cuando sentado en la Tarpeya roca
Nerón miraba cómo Roma ardía,
y con sus cantos celebraba el fuego.

Eterno emblema a la arrogancia loca
de los tiranos se ofreció, que impía
del popular martirio se hace un juego.

A la memoria de don Alberto Lista y Aragón

Para su corona poética

¡Levanta de tu tumba, oh de la hispana
ilustre juventud émulo y guía!
¡Tú a cuya voz absorto detenía
Betis sagrado el onda soberana!

¡Tú a quien Minerva de su oliva, ufana,
la noble frente coronaba un día
y el rubio Apolo del laurel ceñía
que en la pompa circense el vate gana!

¡Vives, sí, vives; de esplendor vestido
templo el mundo a tu fama es dilatado
y altar augusto la marmórea losa!

¡Alce otra vez tu plectro el gran sonido,
y en hombros de las Musas levantado,
sube triunfante a la mansión gloriosa!

Al mismo asunto

¿Por qué, tristes, gemís y en desconsuelo
amargo al corazón brota los ojos
ardiente llanto de dolor y enojos,
vestida el alma en funerario velo?

¿Impía querella enderezáis al cielo?
¿La escala de Jacob cubrís de abrojos
y ante míseros restos y despojos
por ella a Dios no levantáis el vuelo?

¡Oh ciegos, que no veis cómo en profundo
gozo bañada el ánima del vate
sube, y radiante, a la mansión de gloria!

Su patria es ella; su prisión el mundo:
aquí, en la vida, desigual combate;
allí, en la muerte, sin igual victoria.

Para la corona poética que los autores dramáticos dedican al señor Conde de San Luis

Sublima al cielo la atrevida frente
el poderoso; a su anhelar estrecho
es el ámbito patrio; al pie del lecho
encadenada la fortuna siente.

Vuelvo a mirar... y el héroe prepotente
por tierra está como ídolo deshecho
al gran soplo de Dios, y el áureo techo
guardada es de traición y odio furente.

¡Oh mengua del poder y su pujanza!,
hoy sella el labio, en su defensa mudo,
el que ayer le ensalzó de zona en zona.

Y muriera sin gloria y sin venganza,
si amigo el Arte no le diera escudo
y de oro y lauro su inmortal corona.

A la memoria de don Nicolás de Azara

Para la corona poética del mismo

11 de abril 1851.

¡Bien haya la piedad que augusta ofrenda
de oliva y lauro a tu inmortal memoria
justiciera dedica y tu alma gloria
a las celestiales musas encomienda!

¡Que en la patria infeliz acaso encienda
espíritu vital tu clara historia
y trueque en oro nuestra vil escoria,

llama de honor, que de virtud sea prenda!

Mas no será; que envejecida España
varones como tú ya no concibe,
ni en fecunda labor produce un hombre.

Murió la ínclita edad, ni héroe, ni hazaña
la presente enaltece, y triste vive
sin amor y sin fe, sin Dios, sin nombre.

Contestando a una invitación

No niego la costumbre: menos niego
su fin estomacal, su origen santo,
ni el alto rito que con dulce encanto
nos convida de Pascua el grato juego.

Entre pavo y jamón; al vivo fuego
que enciende el vino, repitiendo el canto
del vate alegre, y de una hermosa en tanto
cumpliendo el gusto, adivinando el ruego.

Mas sin que pueda el que con fiebre yace,
dado al demonio, en maldecida cama,
oler siquiera la exquisita cena.

Al Parnaso con ella. Cristo nace:
adoradle y comed. La mesa os llama:
sois cristianos de pro, y es Nochebuena.

Poesías de tema religioso

Introducción a un «álbum religioso»

Los dioses ya no son. Asaz vivieron
del encumbrado Olimpo en las alturas,
y en grotescas figuras.

Ya del hombre remedo, ya del bruto,
como el mármol, inmóviles, recibieron
del Polo helado a las indianas zonas
sanguinoso tributo,
del miedo altares, del error coronas.

Aquí de Egipto el Anubis monstruoso,
que el sacerdote entre misterios vela,
del africano vil la sangre hiela
con ladrido espantoso;
o el padre Nilo, al derramar fecundo
sobre los campos su feraz tesoro,
pasmado escucha de la plebe el coro
que Dios le aclama y salvador del mundo.

Allí de Grecia el morador dichoso
y rico en vena de ficción, el cielo
pobló de vicios, la cerviz altiva
ante la estatua del placer sin velo
postró insensato, y la canción lasciva
de su labio ardoroso,
el himno fue con que su labio impuro
a una impura deidad rogó seguro.

El centelleante acero
mira de Odín en la potente mano,
cual se ceba inhumano
en la sangrienta lid, como el guerrero
tan solo premia que matando expira;
y del bardo la lira,
y del supremo Walhalha la gloria
reserva injusto a su feral memoria.

¿A deshora el gemido
no escuchas de los niños que degüella
al pie de infando altar el druida fiero,
de la remota selva guarecido;
y el horrible alarido
con que acompaña el homicida acero
sacerdote de sangre, sangre huella,
y de su Dios con sangre el pacto sella.

Mas fue Jesús. En majestad y gloria,
era de nueva historia,
cual salvador a nuestro mundo vino;
y a su aspecto divino
templos, altares, ídolos perecen,

como la noche umbría,
y sus sombras horribles desaparecen
al puro rayo del ardiente día.

Mas fue Jesús. Su sangre derramada
desde el Gólgota infiel baña los mundos,
y en la tierra asombrada
gérmenes de su amor crecen fecundos.
Los pueblos por la cruz ya son hermanos;
el hombre es libre, y las sagradas leyes,
que odiaron los tiranos,
iguales son a súbditos y a reyes.

No hay más que Dios. Ante su trono augusto,
que el amante querube imprime susto,
la caridad y la justicia mora:
nada se oculta a su mirada ardiente
que el mar, los cielos y el Averno explora;
calla a su voz el huracán rugiente;
nace a su voz el florecido mayo;
su corona es la luz, su cetro el rayo.

¿Quién como el Dios en el Sinaí se muestra,
y hondo terror al gran profeta inspira?
¿Quién como el Dios que en el Calvario expira,
hostia sublime del linaje humano?
Con su invencible diestra
al joven puro que adoró el pagano
vencido aterro, y su inefable nombre
en el alma inmortal lo graba el hombre.

Cantadle, ¡oh vates!, que la santa musa,
que al rey profeta en la Sión sagrada
himnos sublimes inspirara un día,
del almo fuego creador profusa,
con vosotros será, y en acordada
métrica voz el arpa resonante
ensalzará las glorias de María,
las de Jesús, las de Jehová tronante.

Nunca a los hombres el amor del cielo
más bello reveló misterios santos;
nunca el poeta a sus divinos cantos
mayor asunto apropiará en el suelo
cuando en su raudo vuelo,
de la mente fogosa conducido,
estrecho y reducido

contemple el orbe a su glorioso anhelo.

¡Cantad, cantad!, y en arrebató pío
las sonoras cuerdas en el río
del amor del Señor bañad copioso.
Del poeta cristiano
el Pindo es el Calvario luctuoso;
musa, la Virgen que el dragón tirano
venció animosa, y su castalia fuente,
del sagrado Jordán la ancha corriente.

¡Cantad, cantad!, que vuestra fe sincera
benedicida será cual fue de Herrera
bendito el numen; de León divino
el canto sin modelo, peregrino;
del santo Juan el de la Cruz la pluma;
y de virtud la suma,
Teresa invicta, cuyo excelso nombre
ha de durar mientras durare el hombre.

¡Oh quién pudiera la gloriosa palma
y el místico laurel ceñir triunfante,
a vuestro lado en la cristiana liza,
y en visiones del alma
que en un mundo de arcanos se desliza,
mirar del orbe al inefable Atlante,
y del labio divino
oír del hombre el inmortal destino!

¡Adiós, adiós! Inmóvil en la ribera
vuestrós bajeles con el alma sigo
en el mar de la gloria proceloso.
Seguid, seguid, y que a mi ruego, amigo
se muestre el viento y con veloz carrera,
desplegando gallardas banderolas,
al abrigo lleguéis de puerto hermoso
triunfante de las sirtes y las olas.

A Dios

Perlas son de tu manto las estrellas;
tu corona los soles que al vacío
prendió tu mano, y de tu imperio pío

espada y cetro al par son las centellas.

Por el éter y el mar andas sin huellas;
y cuando el huracán suelta bravío
sus mil voces de un polo al otro frío,
con tu voz inmortal sus labios sellas.

Do quiera estás; do quier llevan tu nombre
mares, desiertos, bosques y palacios,
cielos y abismo, el animal, el hombre;

Aunque estrechos la mente y los espacios
te llevan, ¡oh Señor!, sin contenerte,
te adoran, ¡oh Señor!, sin conocerte.

A Dios

Cielos, orbes y abismos reverentes
narran tu gloria, ¡oh Dios!, y tu grandeza;
y ante el sol inmortal de tu belleza
postran los santos las radiosas frentes.

Materia y forma, especies y vivientes
sacaste a luz con pródiga largueza;
y bebe, sin cesar, naturaleza
copiosa vida en tus eternas fuentes.

Diste al hombre tu imagen, y un destello
es su razón de tu razón sublime,
con que pusiste al gran prodigio el sello;

Pues sólo aquel es digno de adorarte
que en libre estadio el pensamiento esgrime,
y libre puedo, aunque en error, negarte.

A la Santa Cruz

Fuiste suplicio en que a morir de horrenda
muerte de oprobio y de dolor profundo

el hombre a sus esclavos, iracundo,
en su justicia condenó tremenda.

Y ora, contrito, religiosa ofrenda
de amores rinde ante tus pies el mundo
y de ti brota en manantial fecundo
consuelo al justo, al pecador enmienda.

¿Por qué trocado tu baldón en gloria,
y en júbilo por qué tu pesadumbre,
y en santo libro tu infernal historia?

Porque el Venido de la excelsa cumbre
dejó en tus brazos su feliz memoria
y de su amor inextinguible lumbre.

Otra versión del mismo

Suplicio fuiste en que a morir de horrenda
muerte afrentosa, y con valor profundo,
el hombre a sus esclavos, iracundo,
con su justicia condenó tremenda.

Purificada por Jesús, ofrenda
de amor y cultos te consagra el mundo;
y hallan en ti consuelo el moribundo,
el justo premio, el pecador enmienda.

¿Por qué trocados tu baldón en gloria,
en dulce libertad tu servidumbre,
en santo libro tu infernal historia?

Porque el Venido de la excelsa cumbre
dejó en tus brazos su feliz memoria,
y de su empírea majestad vislumbre.

Al mismo asunto

Alto portento del amor divino

tus oprobios, ¡oh Cruz!, torna en blasones
y el suplicio de esclavos y ladrones
de Dios a la mansión abre el camino.

Lábaro fuiste al magno Constantino
y por ti victoriosas sus legiones
anunciaron a pueblos y a naciones
nueva luz, nuevo altar, nuevo destino.

Entre cielos y tierra lazo fuerte,
del orbe antorcha; de la historia guía
en quien eterna la verdad reposa;

cuando vive y respira vendrá a muerte;
Tú con Jesús en el postrero día
asistirás triunfante y gloriosa.

Luzbel en la redención

- I -

Muere Jesús y al punto estremecida
siente crujir la esfera su cimienta;
enmudece la mar, párase el viento;
viste de luto el sol su luz querida.

Los muertos en sus tumbas por la vida
asaltados se ven, y hondo lamento
mustia levanta al alto firmamento
la tierra toda en su Hacedor herida.

Del Redentor la sangre gota a gota
se derrama en Luzbel, y su tortura
descubre y su terror así el precito.

Nunca, ¡oh Dios!, tu bondad el hombre agota
tan sólo mi dolor por siempre dura
inmortal como tú, cual tú infinito.

- II -

Y una voz le responde: «En medio al coro
de los benditos ángeles un día,
tu belleza sin par resplandecía
como en lóbrega noche ígneo meteoro.

Fugaz como él, riquísimo tesoro
perdió de gracia y luz tu rebeldía;
y el que al trono de Dios cortejo hacía
bajó al abismo en sin igual desdoro.

Allí tu reino; allí de tu delito,
y del antiguo honor cruda memoria:
allí eterno dolor, eterno llanto.

De tu rabia feroz vano es el grito:
venció la cruz, y su inmortal victoria
para el hombre es salud, para ti espanto.

- III -

Ni de sangre siquiera horrible llanto
en los ávidos ojos: embargada
yace la lengua, y la feroz mirada
fija y sin luz, revela su quebranto.

Así en presencia del Madero Santo,
su primera sentencia renovada
oye Luzbel, y con la faz velada
lloran los justos infortunios tanto.

Blasfemando de Dios alzan empero
«Derribaré la Cruz, dice, y triunfante
en trozos mil la arrojaré al profundo...»

Mas, ¿cómo, ¡ay me!, sin arrancar primero
de sus eternos quicios de diamante
al alto cielo, el anchuroso mundo?

La Redención

Cuando del pecho a la garganta helada
sube de Cristo el postrimer aliento,
paran los orbes su feliz concento
y absortos miran la fatal jornada.

Del impío Lucifer en la morada
suena aquel grito en tremebundo acento
y el rayo vengador penas sin cuento
fija en su mente de terror postrada.

Mas luego alzando la incendiada frente
de sierpes nido y de furor insano:
«¿De qué os sirviera maldecida gente,

La fruta de Eva, que os brindó mi mano?
Dijo y bramando, en su dolor profundo,
al Dios maldice Redentor del mundo.

Adán en la Redención

Imitación del italiano

Cuando al morir Jesús, en su cimientto
retiembla el orbe, y con fragor y susto
se abren las tumbas, soñoliento, adusto,
Adán en pie se pone al caso atento.

Mira absorto en redor, mira al portento,
e inquiere con afán quién es el justo
que en medio a chusma vil, sublime, augusto.
Así se ofrece en sacrificio cruento.

Sábelo, en fin, y al punto la rugosa
frente, y el rostro, y los cabellos canos,
con rudo brazo arrepentido hiere.

Y mostrando la Cruz, dice a la esposa:
«Yo recibí la muerte de tus manos,
y Él por tu culpa y por mi culpa muere.»

La Anunciación

A mi amigo Don Aureliano Fernández Guerra Orbe

¿Qué nuncio divino

Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?
Leandro F. de Moratín.

Musa, ¡al Numen implora!
La mansión del Eterno en nueva llama
arde y brilla a deshora;
«¡Victoria!», el cielo clama
y el tartáreo querube horrendo brama.

En canto, di, süave,
cómo Gabriel en su veloz carrera
más que del Arca el ave
hiende raudo la esfera,
nuncio de paz del que en el cielo impera.

Y en el éter flotante
las ígneas alas desplegando vuela,
como en la mar sonante
nave de inflada vela,
en pos dejando nacarada estela.

Nunca vertió lucero
más puro en la alta bóveda su lumbre;
nunca midió agorero
astrólogo en su cumbre
de cometa mayor la pesadumbre.

No brilla tan hermoso,
rey del cerúleo campo tachonado,
Héspero glorioso;
no tan bello, inflamado,
relumbra el sol en el cenit rosado.

Y va de serafines
cercado en torno y de sus arpas de oro;
alados querubines

en refulgente coro
lanzan al aire cántico sonoro.

Los espacios celestes
leve, rápido, ardiente cruza y dora;
mil angélicas huestes
su marcha vencedora
celebran, del ocaso hasta la aurora.

Mensajero divino,
aromas, canto y luz al puro cielo
desparce en su camino;
y el flamígero vuelo,
mudo el orbe de asombro, abate al suelo.

Si no vienes de guerra,
¿Del reino de la luz por qué declina
tu marcha hacia la tierra,
do la virtud camina,
ausente de su patria, peregrina?

¡Teme, arcángel radioso,
del ángel de Sodoma la impía suerte;
al cielo presuroso
los pasos, ¡ay!, convierte
y deja al hombre en brazos de la muerte!

Mas no; que va guiado
por el que en noche oscura rige el freno
del rayo desatado;
cuando al fragor del trueno
tiembla de Atlante el cavernoso seno.

Ni en su diestra la espada,
de Adán azote en la mansión serena,
resplandece irritada:
luce, de mancha ajena,
en la siniestra cándida azucena.

Y entre vivos fulgores
que de zafiro y púrpura y topacio
multiplican colores.
y embalsaman espacio,
en pobre estancia, para Dios palacio,

El paraninfo hermoso
inclinándose a ti, dulce María,

prorrumpe armonioso
en canto que decía,
igual al de tu voz en melodía:

¡Salve, de mancha pura,
de gracia llena y del Señor amada!
Bendita criatura,
en la tierra apartada
para ser de Jesús madre adorada.

Dijo, y los montes,
las selvas y los antros repitieron
su voz; los horizontes
en dulce llama ardieron;
los demonios en ira se encendieron.

Las empíreas regiones
flores envían; ondeante nube
de argentados vellones
hierve, se esparce, sube
y púdico cendal viste al querube.

Y las auras rompiendo
voz que a los hombres redención augura,
doquier va repitiendo:
«¡Gloria a Dios en la altura;
paz en la tierra a la conciencia pura!»

¡Virgen que coronada
de estrellas junto a Dios reinas dichosa,
sobre soles sentada;
medianera piadosa,
que su cólera aplacas temerosa!

¡Tú, que del monstruo horrendo
vencedora inmortal, con firme planta;
el dardo reblandiendo,
oprimes la garganta,
de la tierra deidad que el cielo canta!

Al nuncio te postraste
absorta y muda sobre el suelo frío.
Y purpúrea, exclamaste
en arrebató pío:
«¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!»

Y no tan pronto ofrece

salida el labio a tu divino acento,
cuando el fulgor acrece
y da su blando aliento
la mística paloma al vago viento.

Y llega ya y suspende
las albas plumas sobre ti amorosa,
y tal volcán desprende
sobre la casta esposa
de la fecundidad llama gloriosa,

Que con la faz velada
los ángeles se inclinan reverentes
y al ver la unión sagrada
que es salud de las gentes,
baten al polvo las radiosas frentes.

Así por siempre unida
quedó la tierra al cielo y cesó el llanto
en que vivió sumida.
Forma el iris, en tanto,
en arco inmenso una diadema al Santo.

Borre el hombre infamante,
de la primera culpa el fallo escrito
en su frente arrogante:
más que el de su delito
el raudal de perdón es infinito.

Del numen poderoso
que no cabe en el tiempo ni en el mundo
y se encarna piadoso
en el seno fecundo
de casta Virgen con amor profundo.

Venciste, ¡oh Dios!, venciste.
Por frágil mano de mujer victoria.
De Luzbel obtuviste:
¡Cielo y tierra en memoria!
¡Himnos te canten de alabanza y gloria!

Nunca mejor corona
ciñó a una sien la musa que descuella
en profano Helicon,
que la que adorna bella
su majestad de Madre y de Doncella.

¡Madre de la esperanza!
¡Pura estrella del mar que en blando giro
anuncias la bonanza!
Yo, náufrago, te miro,
y envuelto va tu nombre en mi suspiro!

Oda

Al señor don Germán Hernández, con motivo del cuadro que sobre la desesperación de Judas presentó en la última Exposición.

Su luz serena el cielo
y soles rutilantes encubría
con funerario velo,
y en palpables tinieblas envolvía
de las calladas selvas la espesura;
el sublimado monte; la llanura;
y el mar inmenso que de horror mugía.

Sus alas replegaba
con frémito medroso el rudo viento:
la tierra suspiraba
con angustia y terror, y ronco acento
cual de lejana tempestad undosa,
que estrago anuncia y muertes, espantosa,
tal vez sonaba misterioso y lento.

Ni murmurio suave
se oye de fuente en bosque o en pradera,
ni canto alguno de ave,
ni clamor de torrentes o de fiera,
arden las nubes, hierven, se propagan,
y en silencio relumbran, y se apagan,
llamas do quier por la anchurosa esfera.

Y al fulgor de sus lamos,
tremante el corazón, vieron mis ojos
en los desiertos campos
desnudas rocas y áridos abrojos:
de vengadora cólera divina
indelebles señales, y ruina
de la mano del hombre y sus enojos.

Y vi tus negros muros,
triste Jerusalén, patria de llanto

y corazones duros;
y de nube sangrienta rojo manto
sobre el excelso Gólgota pendiente:
padrón de infamia a tu marchita frente:
perpetua casa a tu inmortal quebranto.

¡Noche de hondos misterios
cual la que en pasmo ayer y horror profundos
sumió los hemisferios,
cuando con férreos brazos iracundos
al Ungido, Sión, crucificaste,
y su sangre preciosa derramaste
que en divino raudal bañó los mundos!

¿Llegó acaso el momento,
maldecida ciudad, y la venganza
que Dios acopia lento,
menor que tu delito, al fin te alcanza;
y, sorda al ruego, de la Cruz en pago
dolor te envía y funeral estrago,
negada a tu clamor dulce esperanza?

¡Oh!, duerme todavía
libre, Sión, mientras sus rayos Roma
y su dogal te envía:
¡misericordia, más que al parecer Sodoma!,
y al despertar, adorna en adulterio
al impío tus doncellas, y el salterio
a Tito cante y al infiel Mahoma.

¿Cuál, pues, duro castigo,
si el tuyo no, Jerusalén, se apresta
de Dios al enemigo?
¿Contra quién el Señor su brazo asesta?
¿O a nuevo crimen preparado el hombre,
con su justicia que a la tierra asombre
irritado y piadoso le amonesta?

Alegre está el averno:
su rey sobre el abismo se levanta;
blasfema del Eterno;
y esperando su triunfo altivo canta.
Y entre las voces del tartáreo coro,
acento horrible de furor y lloro,
jamás oído, el corazón espanta.

Al pie de árbol añoso

que sin hojas, señero, se divisa
en alto pedregoso,
a la luz del relámpago indecisa,
a Judas miro: del desnudo cuello
un lazo pende: mézase el cabello,
y al cielo insulta con feroz sonrisa.

La lengua vestidura
en desorden está: muéstrase el pecho
latiendo con presura
cual ola brava en reducido lecho:
salidos de sus cuencas, ambos ojos
en alto fija, con la saña rojos,
y a Dios amaga en su infernal despacho.

El ala recogida,
junto a él de espaldas su custodia llora:
al alma ya perdida
el arcángel rebelde vengadora
llama dispone en el sulfúreo abismo;
y el tormento de Judas en sí mismo,
doblado siente que su ser devora.

Y el apóstol perjuro
la vista tiende y mano fulminada,
mientras el ángel puro
sus ojos vela, y con la diestra alzada
último ruego al Hacedor envía,
y triste, a paso lento, se desvía
de horror la mente y de piedad turbada.

Y entonces sobrevino
oscuridad mayor, y pavoroso
silencio repentino.
La tierra absorta al caso lastimoso
enmudece temblando: en sus regiones
de cándidos querubes las legiones
se estremecen al fallo temeroso.

Súbito el estampido
del trueno horrisonante se desata,
y el intenso bramido
de la tormenta al aire se dilata.
Rompe el rayo las nubes: piedra y fuego
con él caminan, y en su furia ciego
campos incendia y montes arrebatá.

Blanca, suave lumbre
sobre el Calvario sacrosanto esplende,
y triunfante en su cumbre
en luces mil el Lábaro se enciende.
Como lluvia de sangre roja llama
sobre Sión horrenda se derrama,
y a pueblo y valle rápida desciende.

Del arduo monte erguido
cayó el traidor descoyuntado y roto
el lazo al cuello asido;
y cual suele fragor de terremoto
subir al cielo y conmover el mundo,
así al caer, rodando hasta el profundo,
gimió el empíreo y el confín remoto.

No a su presa más listo
acude el tigre, que de mal sediento
al vendedor de Cristo
Luzbel sañoso con legión sin cuento;
y allí le abraza, y en la torva frente
su garra imprime, y el agudo diente:
signo de alianza en el común tormento.

A la mansión precita
luego le arrastra del cordel atado
con afrenta infinita;
y al orbe como el trueno dilatado
un acento infernal: «¡Maldito!», exclama,
maldito el viento en los espacios brama;
maldito el mar en ronco son airado.

Mientras el ángel bello
las alas tiende hacia el «Calvario» santo,
suelto el rubio cabello,
mustio en el rostro y desceñido el manto;
y allí ante Dios doblada la rodilla
de la divina Cruz al pie se humilla,
el suelo besa y lo humedece en llanto.

A la muerte de Judas

Traducción de Vincenzo Monti

De su traición el precio infame a tierra
Judas arroja, al árbol se abalanza
y de un ramo oscilando el cuerpo lanza
pendiente al lazo que su cuello cierra.

El alma en su prisión, contra sí en guerra,
se agita y ruge y blasfemando alcanza
los cielos aterrar y de esperanza
hendir el antro en que Luzbel se encierra.

De su cárcel al fin sale bramando;
y entonces la justicia, en la inocente
sangre de Cristo el índice empapando,

Al Gólgota la arrastra y en su frente
sentencia escribe de penar eterno
y, vuelto el rostro, lánzala al infierno.

A una señorita

Con motivo de haber entrado en religión

En la cándida frente el sacro velo
muestras como señal de la victoria
que sobre el mundo y su falaz memoria
consiguió tu virtud, hija del cielo.

Así burlaste mi amoroso anhelo
palma inmortal labrándote de gloria;
cuando, ausente de ti, será mi historia
llamarte en vano y sin cesar con duelo.

¡Espíritu feliz! de la clausura
del cuerpo desatado, alegre, altivo,
libre de tu prisión miras la altura;

Mientras con mi pasión el alma enclavo
en este oscuro suelo, donde vivo
del ya imposible amor mísero esclavo.

El último día del mundo

(Poemita fantástico en dos cuadros y precedido de un prólogo.)

Prólogo

¡Si por el rubio Apolo arrebatado
y en aquel buen Pegaso caballero,
seguir pudiera el surco ya trazado
por el sublime y celestial Homero!
Mas Apolo es un viejo, y resfriado
ya está Pegaso de su ardor primero.
Así que es bueno para hallar ventura
mudar de pedagogo y de montura.

Yo quisiera también, ¡oh musas bellas!
(por ser de toda falda tan devoto)
con vosotros subir a las estrellas
y allí el empíreo contemplar remoto:
y de los astros proseguir las huellas,
y ver del sol el manantial ignoto,
y de santo temor la alma embargada
de Júpiter mirar la paz airada.

Y del inmenso piélago profundo
el fondo ver y la inexhausta fuente,
y en sus entrañas invisible mundo
do nace y reina el huracán rugiente;
y en sucesión perpetua el iracundo
empuje de las olas, y el doliente
son que a la tierra en su perenne orgía
el lloro anuncia del postrero día.

O el sonoro plectro manejando
que tanta gloria a vuestros hijos diera,
a las futuras gentes enseñando
cantar las glorias de la edad primera;
ora el valor o la virtud loando,
ora de amor la llama lisonjera;
y acatando tan solo vuestro ejemplo
de la inmortalidad llegar al templo.

Mas para no intentar tamaña empresa,
asístenme, señores, mil razones,
de inmensa monta la que menos pesa
que expresaré con pocas digresiones;
porque pensar que la mi cholla obesa
pueda sin digresar formar borrones,
fuera pensar que una mujer callara
porque un infierno con su lengua armara.

Y pues de infierno y de mujeres hablo
(sin confundir con una la otra cosa)
quiero deciros, Musas, como el diablo
siempre me tienta con mujer hermosa,
aunque, a decir verdad, amor no entablo,
siento tan cruel mi suerte caprichosa
que por más que me afano en esa caza
siempre por liebre encuentro calabaza.

Es la mujer como la selva umbría
en jarales fecunda y en maleza,
do bien entre de noche, bien de día
vacila el hombre, cuando no tropieza.
Apuesto una mujer de gran valía
del seso digo con feliz llaneza,
y yo que en la mujer siempre confío,
la regla adopto, y del demonio fío.

¡Ojalá siempre cauto hubiera sido,
yo que sólo a gemir acierto agora,
ajado corazón que el bien perdido,
y su ilusión y su inocencia llora:
marchita flor que sobre el tallo erguido
rica de olor no mira ya la aurora,
sino por tierra, en lastimoso estado,
el cáliz roto y con desdén pisado!

Mas vive Dios que en estas digresiones
el tiempo pierdo y la paciencia acaso,
cuando exponer debiera las razones
que me prohíben el hacerlos caso;
pero no me culpéis si en ocasiones
adelanto camino, o bien lo atraso
si así lo quiero y si con ello gozo;
que en esto de caprichos soy un pozo.

Hubo, Musas, un tiempo en que el imperio

de las preciadas artes soberano,
con maternal y justo ministerio
rigió vuestra feliz con sabia mano;
mas invadido luego el magisterio,
do reinó la razón manda tirano
de ciega plebe el irritante orgullo,
sorda del verso el armonioso arrullo.

De Virgilio y de Homero el alto ejemplo,
delicia y ley de los insignes vates,
yace olvidado, y de la fama el templo
en jaula convertido está de orates,
y algún Dios de saber ora contemplo
a quien sientan muy bien dos acicates:
Dios que el gran Lope o si Cervantes vieran,
por juguete de barro lo tuvieran.

Y así como está el habla está el invento,
pues sólo goza en lo espantable el alma,
y tanto, que será buen argumento
el vuelo de un borrico con su enjalma.
De vestiglos y diablos un buen ciento
al talento embrollón darán la palma,
y es la transpirenaica pepitoria
sano potaje de esplendente gloria.

También vosotras la inmortal corona
que el genio premia y la virtud alaba,
al héroe disteis, y a la fiel matrona,
y al vate ilustre que en su honor cantaba;
mas ora que la lira sólo entona
himnos al oro que antes despreciaba,
fuerza será que al lauro empacho tenga,
y ochavo a ochavo su renombre obtenga.

Y por buscar tal gloria y conseguilla
al pueblo halaga y a su instinto bruto,
cultivando del mundo la mancilla
como del suelo el labrador el fruto;
mal de su agrado el yugo que le humilla
de su pluma y conciencia da tributo,
y el siglo aplaude, y con su aplauso infunde
su propia infamia al vate, y le confunde.

Así con Dios quedad bellas que un día
con tanto halago acarició mi mente,
y en cuyos brazos caminar quería

del austro al bóreas y del ocaso a Oriente:
bellas que en la vigilia y sueño veía,
y en todas partes con amor ferviente,
como allá el alma en su ilusión constante
goza en la imagen de soñado amante.

Mas ya que el mundo en su turbi3n envuelva
de mi fortuna la infeliz barquilla,
no permitáis que en su furor disuelva
el casco frágil o la endeble quilla,
pues aunque esclava mi razón resuelva
partir con él la gloria o la mancilla,
por vuestro amor, mi amor siempre suspira
y luz tan sólo en vuestros ojos mira.

Cuadro primero

- I -

Salud mundo dichoso
que en perpetua alegría
recorres triunfador el firmamento;
ora guiado por la luz del día,
ora por el fanal que silencioso
su tibia luz de plata reverbera
en la callada esfera,
dando a la noche umbría
alma, tristeza y dulce poesía;
o si de luto se reviste el cielo,
dirigido en tu vuelo
por fúlgidas centellas
que acaso, como tú, tienen estrellas,
y soles de otros mundos sin guarismo
vida dan al espacio y al abismo.

Salud mundo dichoso
que el sol enamorado en torno ciñe
como a la esposa el brazo del esposo;
que ardoroso y lascivo tu sien tiñe
con los blandos colores de la aurora;
y con los rayos de su luz fecunda

de amor y de vida fecunda
cuanto en tu seno y superficie mora.

Salud a ti que unido
con lazo eterno al piélago profundo,
expirar a tus pies lo ves rendido
de su lucha cansado,
y en acento iracundo
a par que dolorido tu victoria,
y su anhelo engañado;
y el gran poder divino
canta y llora contino,
encadenado heraldo de tu gloria.

Salud a ti que en el profundo seno
mil metales preciosos atesoras,
que cual dioses adoras.
Por ellos la virtud sumida en cieno
de los vicios aspira el aire impuro
y el crimen vive de temor seguro.

Salud a ti que en tanto vario clima
como la luz del sol fecundo anima,
vas tus llagas sin cuento
perfumado de olores ocultando;
al placer convidando
con lascivo ardimiento:
mintiendo el corazón dulce contento.

Así va la mujer, cuando marchitos
el alma y los colores
por la vida estragada,
se finge enamorada
remedando de un ángel los amores,
cuando el infierno en las entrañas lleva
y en la torva mirada se trasluce,
y en la hundida mejilla
que en afeites reluce
mostrando su torpeza y su mancilla.

Así va el hombre en bacanal sombría,
perdida la razón, turbios los ojos
y el paso vacilante
con el vapor del vino, radiante,
alegre y sin enojos
la paz mostrando y loca fantasía,
mientras que, lento roedor gusano,

en afanar insano,
busca del pecho la escondida llaga,
y allí se ceba y con furor la estraga.

Así muestra la mar su faz serena
como un espejo de bruñida plata
que al blando aliento de la dulce brisa
se ruga en torno con falaz sonrisa,
y en voz armoniosa de sirena
por la sonante orilla se dilata,
el furor ocultando con que luego,
espumosa y bravía,
lleva sus olas a las altas nubes
y el rayo del Potente desafía
del ángel, con pavor, y del Querube.

Así un prado de mil flores,
y de mullido césped esmaltado
al parecer formado
para el juego lascivo y los amores
bajo la verde alfombra acaso encierra
mina de ardiente lava que algún día
con miedo de la tierra
en yermo trocará su lozanía;
y los pueblos, los campos y los montes
hasta los apartados horizontes
cual mar de fuego inundará sañudo,
sordo a tu ruego y a tu espanto mudo.
Por eso tus loores
ha de cantar y suerte peregrina,
mundo por Dios lanzado,
como cosa divina,
a vivir condenado
fantasmas viendo y ensalzando errores;
mundo que a Dios vendiste,
mundo que a Dios mataste
y con sus vestiduras te cubriste
cuando en su alma piedad quiso abrazarte.
¡Tú eres bueno y te sigo!
Mas la suerte maldigo
que a unir me fuerza en insoluble lazo
al mal de conocerte el de cantarte.

Cantarte, sí, como su muerte canta
con tristes notas su canción postrera
llorando el cisne, o cual su voz levanta
soberbio el indio en la voraz hoguera,
y un himno entona, y con serena planta
la saña excita en su contrario fiera.
Así cantaba cuando el ronco acento
zumba del rayo en la región del viento.

Y luego en pos de la fatal vislumbre,
por la cóncava esfera resonando,
del silboso Aquilón a la alta cumbre
vuela confuso el formidable bando:
nublos sin cuento la vivace lumbre
van de los astros sin cesar volando,
cual a cadáver mísero, protervos
cubren graznando denegridos cuervos.

De nuevo el rayo fragoroso estalla;
y una vez y otra vez, áspero y rudo,
mezclado al trueno en la común batalla
ruge silbando el huracán sañudo.
Braman los mares; con pavor se calla
el acento del hombre, y triste, y mudo,
el viejo Atlante de terror vacila
y el peso siente que en el hombre oscila.

Nunca tiniebla tal ni tal pavora
la mente humana concibió en el suelo:
es del abismo la infernal negrura:
es de la Nada el espantoso velo;
y el alma entonces a su pena dura
bálsamo encuentra de sin par consuelo:
¡es en los mares de la vida una ola,
y va a perderse ya, náufraga y sola!

¡Sola!... Sin los ensueños de esperanza
que al palpitante corazón sencillo
el goce muestran que jamás se alcanza,
y fuera en vano a su ilusión pedillo:
en honda soledad; que allí no lanza
el desengaño su traidor cuchillo
al alma incauta que el amor abriga
y a un ser humano su existencia liga.

Por eso, acaso, a compasión del ruego
movido el cielo y del continuo llanto,
templa del alma el devorante fuego,
la angustia acerba, el sin igual quebranto;
y a la alta cumbre transportada luego
en dulce arrobó y celestial encanto,
rápida hiende la tupida nube
como leve vapor que al cielo sube.

Y así como de Júpiter el ave
remontada al empíreo, de repente,
antes que junto al sol su vuelo acabe
fija en el suelo su mirada ardiente,
y del mar del espacio excelsa nave
se columpia en el éter blandamente,
quedando luego inmóvil como herida
de un rayo de la luz que le da vida.

Del mismo modo el alma, que en su idea
finge el empíreo remontar segura,
al suelo por mirar que señorea
detiene el vuelo entre la niebla oscura,
que así suspensa saludar desea
con afectuoso adiós en su ternura,
la tumba que a su amor suerte inhumana
abrió de la existencia en la mañana.

¡Tan cierto es que el dolor en su cadena
de mágico metal, lleva la vida
de lloro en lloro en la terrestre escena,
y aun es al hombre por su mal querida!
Por eso el corazón vive en la pena
como un ave en el lecho en que se anida;
y por eso doquier junto a la fosa
más perfume y color tiene la rosa.

Tal era su pensar cuando en la altura,
de la pasada vida, reverente,
olvido a Dios le pide en la amargura,
y un rayo de su luz resplandeciente.
¿Es esta oscuridad la de dulzura
eterna gloria tuya refulgente,
y estos recuerdos que doquier me siguen
lazos serán, Señor, que a ti me ligen?

De esta manera enardecida, en vano
(tal era su ilusión) quiere la mente

de Dios sondar el insondable arcano
juzgando ante su trono estar presente;
y luego en alas del delirio insano
sueña ver en el cielo de repente
espectáculo tal, que acerba pena
de otro nuevo gemir abre la vena.

Para cantarlo, ¡oh Musas!, lira de oro
dadme que pulse, do en sublime acento
acorde al son del Apolíneo coro
el vuestro imite celestial concento;
que si persigo rebosando en lloro,
en extraviada senda, sin aliento,
de fantástica gloria el gran vestiglo,
no me culpéis a mí, culpad al siglo.

Obscuro siglo que por luz clamando
la luz apaga con su boca impura;
siglo de ateos a Jehová llamando
y al diablo a un tiempo con sin par locura;
confuso siglo por do quier mostrando
de oro y de harapos hórrida mixtura,
siglo de ciencia que al error camina,
y al vicio triunfador la frente inclina.

Y cual la tierra madre que a su infante
cuidosa alimentó con dulce anhelo,
y le ve, ya crecido, que inconstante
sus brazos deja por extraño suelo;
y entonces redoblando la incesante
plegaria que por él dirige al cielo,
la vida ofrece por tornarle grato,
que más le quiere cuanto más ingrato.

Así piadosas me acorred agora
uniendo a mi razón la fantasía
que a Homero dio y Virgilio voz canora
para llenar el mundo de armonía;
o la terrible voz que en Dante llora,
o de Milton la voz fuerte y sombría;
y aunque llegar debiese a su locura,
la voz del Tasso cadenciosa y pura.

¡Oh sacrosanto Numen que al poeta
humo vano o ciprés das por corona!
El hado envidia del valiente atleta
que himnos de triunfo al expirar entona.

Parta mi voz cual rápida saeta;
cual rayo truene en abrasada zona;
y desde el fondo de la tumba fría
seré del mundo vencedor y guía.

- III -

Sordo rumor lejano se difunde
que creciendo veloz los aires llena:
viva llama también se eleva y cunde
del ruido en pos que el firmamento atruena.

Si el undísono mar mugiendo airado
en su ancho seno como el Etna hirviere;
y del abismo el Bóreas desatado
las espumantes olas revolviere;

Y en su insano furor osara al cielo
subir con ellas rebramando impío,
tras sí, yermo dejando el triste suelo,
y el hondo lecho de la mar vacío;

Si a un tiempo mismo en nuestro valle oscuro,
presa de nuevo y sin igual tormento,
vieran los hombres de su trance duro
llegar veloz el postrimer momento;

Y un grito solo en su dolor alzarán,
de mil dolores expresión siniestra;
ni el mar ni el hombre en su furor lograrán
de tan bronco estridor darnos la muestra.

La llama en tanto rauda trascendía
en movible espiral el cielo hendiendo,
y con mil lenguas rápida lamía
las nubes que su luz iba encendiendo.

De infinitos celajes luminosos
(cual viste el campo y le concede olores)
el almo sol con juegos amorosos
las nubes tiñe y las convierte en flores;

Más de un incendio el resplandor sombrío

matices sólo de siniestra lumbre
brota, que manchan con afán impío
el hondo espacio de la excelsa cumbre.

Tal era el fuego que hacia mí volaba
de humo torrente alrededor lanzando,
y el grande abismo que detrás dejaba
en profunda tiniebla al par dejando:

Como incendiada nave en noche oscura
vuela a merced del vendaval furioso,
y trocada en pavesas su hermosura
el mar alumbra que la sorbe ansioso.

- IV -

En el mundo que incendiado
su ancha elipse recorría,
y por el cielo esparcía
nuevo cometa crinado
su luz cárdena y sombría.

Eran nobles mausoleos,
columnas, arcos triunfales,
academias y liceos
(de la ciencia devaneos)
entre ardientes espirales.

Diamantes, oro y topacios
por la llama derretidos:
ricos templos y palacios
alumbrando los espacios
con sus atrios encendidos.

Grandes reyes y guerreros,
prelados de alta virtud,
los Virgilio, los Homeros,
y los sabios altaneros
en un ardiente ataúd.

Pobres siervos y señores,
en abrazo fraternal,
depuestos ya los rencores

confundiendo sus dolores
en una hoguera infernal.

Las altivas hermosuras
y los galanes dorados,
con sus livianas ternuras,
y con su amor y locuras
en vil ceniza trocados.

Ya la belleza inocente
de fragancia virginal,
dulce, pura y refulgente,
como el destello riente
del lucero matinal.

Con la mujer confundida
que el mal prefiriendo al bien,
trocó de un ángel la vida
por la senda maldecida
que la apartó del Edén.

Eran restos calcinados
de difuntos en sus huesas,
allí por burla mezclados
en los cuerpos animados
convertidos en pavesas.
Tanta ambición, tanta gloria,
tanto crimen y virtud,
que conservara la historia
como dignos de memoria,
y en sus cantos el laúd.

En la misma sepultura
con los vicios perecieron,
que por ser de fama oscura
a la par que la locura
al mundo desprecio fueron.

Mas de célica armonía
una voz creí escuchar
hablando al mundo que ardía,
y estas palabras decía
que calmaron mi penar.

«No murieron en el suelo
los que salvaron el alma;
murieron los que su vuelo

no alzaron jamás al cielo
en busca de eterna palma.»

«Morir es cambiar la vida
de un instante, amarga y dura,
por aquella indefinida
en el cielo establecida
por Dios, para el alma pura.»

Morir es viaje que al puerto
del claro cielo nos sube,
nos da la forma de un muerto,
y del hombre el paso incierto
cambia en alas de Querube.

Así, cual leve suspira
el niño que a un niño llora,
sin pesadumbre, sin ira,
aquella voz vaga, y gira,
y en los aires se evapora.

Y entonces juzgué que os veía,
dulces prendas de mi amor,
mientras el orbe gemía
subir llenas de alegría
hacia el trono del Señor.

Allí, si tenéis memoria,
de lo que fuera el vivir,
recordad mi triste historia,
y ante el ara de su gloria
rogad por mi porvenir.

- V -

¡Oh mundo, y cuán trocadas
tu antigua gallardía y tu hermosura
las vido entonces, demandando al cielo
con llanto de amargura
en vano compasión el alma mía!
Velado el Sol yacía,
y del abismo el tenebroso velo
la luna y las estrellas,

que con fúlgidas luces y centellas
denante en tu camino,
cortejo al triunfador, te acompañaban,
también cubrió con espantoso luto.
Mustias y tristes, tu maldad lloraban
y su terrible fruto:
o en tu desgracia su final destino
temblando acaso con terror miraban.

Los fuegos que dormían
en tu profundo seno sosegados,
aguardando que opimos
de tu maldad creciesen los racimos,
del sueño despertados
fueron en la vendimia los primeros.
Y con rugidos fieros
por infinitas bocas respiraron,
y hasta el cielo llevaron
tus blasfemias y lloro,
entre espirales mil, sus lenguas de oro.

El undísono mar las crespas olas,
no ya zafíreas revolvió en su lecho,
negruzcas sí como la muerte sangre
que de un cadáver expeliera el pecho;
y con terrible calma,
más temerosa al alma
que de sus iras el terror y estruendo,
las fue lentas subiendo;
y a lento paso y movimiento blando
con ellas inundado
palacios y cabañas,
los campos, los volcanes, las montañas.

Los ríos y las fuentes
que en su sencillo y armonioso canto
las puras aguas con placer vertían
ledas corriendo con florido manto,
en tempanosa sangre se tiñeron;
que en sangre convertidas
las linfas transparentes,
para mojar tus fauces rojecidas
por el Dios vengador al punto fueron.

Los vientos se pararon:
tus infinitas voces y ruidos
de miedo enmudecieron:

sus males y sus penas olvidaron
los hombres pavoridos,
que sanos se juzgaron y felices
cuando la muerte tan cercana vieron.
Entonces los matices
todos en miedo en sucesión horrenda
los descompuestos rostros demudaron:
tiembla su corazón: su entraña tiembla:
tiemblan sus huesos con chasquido horrible:
niega a su labio la oración al cielo,
y por la boca vomitando enojos,
cubierta el alma de espantoso velo
alzan al cielo, sin llorar, los ojos.

Cuadro segundo

- I -

No es raro ver en abrasadas zonas
que un sol de fuego sin cesar inflama,
del claro día la esplendente llama
súbitas nubes el fulgor velar.

Entonce el aire con pavor se para;
ninguna voz en los espacios suena;
todo en el orbe con profunda pena
siente la muerte sobre sí pesar.

Medrosa el ave los hijuelos deja,
el dulce nido, y la región del cielo,
y busca al hombre en congojoso anhelo
con el miedo olvidando su rigor.

Vanse las fieras al hogar del hombre
con tardo paso y lagrimantes ojos,
y en el peligro deponiendo enojos
laman sus manos demandando amor.

Y el hombre mismo soñoliento y triste
la noble frente hacia la tierra inclina,
y sofocado a la piedad divina

pide auras frescas, movimiento, luz.

Y hay un momento de suprema angustia
en que la tierra al parecer expira,
y agonizante sin dolor suspira
envuelta en negro funeral capuz.

Luego del cielo desprendidas bajan
tibias y escasas transparentes gotas,
que suenan sordas cual terribles notas
del concierto que anuncia el temporal.

Y al estampido horrisonante y fiero
del ígneo rayo que las nubes parte,
se abre la esfera y sin piedad reparte
piedras, y lluvia, y recio vendaval.

Y mil acentos la tormenta al aire
esparce loca en confusión extraña,
y corre, y vuela, y la profunda entraña
tiembla del mundo, al sin igual fragor.

Mezcla confusa así de varias voces
claras y sordas de la tierra veía:
otras formando extraña algarabía:
hijas todas de rabia o de dolor.

- II -

Unas eran cual rugidos
de leones
sorprendidos
en sus lóbregas mansiones:
roncos, fieros,
lastimeros.

Otras al tigre imitaban
de sangre humana sediento,
y con feroz ardimiento
lúgubres, como él, aullaban:
con tal son
que en agonía,
de escucharlos

o nombrarlos,
fallecía
el corazón.

Allí se oyeron gemidos
que, cual débiles mujeres
los humanos confundidos
exhalaban, ya perdidos
sus impúdicos placeres.

Y allí también el rugido
que la ambición en su despecho lanza,
cual suelo embravecido
el tigre su gemido
la presa al ver que a devorar no alcanza.

Y allí también de dolor
indescriptibles acentos
se elevaban,
que causaban
en el alma mil tormentos
de angustia, pena y terror.
Ora lentos y profundos,
de tan triste entonación
cual si fueran de mil mundos
los gemidos
reunidos
en su solo corazón.
Ora agudos, vibradores,
blasfemantes;
como rayos serpeadores,
flameantes.
Ora dulces y sin ira,
como gira
y suspira,
requerido por las flores,
con olores
sus ardores
apacando,
el cefirillo volando:
con blando
murmullo
y arrullo
gentil;
huésped
alegre
de abril.

Y allí los duelos que amor
al ver su fin malogrado
exhalaba despechado
de su destino al rigor,
y a la Parca, en su dolor,
un instante le pedía
retardase su agonía,
mientras el labio sediento
en el raudal un momento
amor y muerte bebía.

O el fragor de los rayos remedando
cuales con bronco estruendo
iban cielos y abismos atronando
más que todas subiendo y más que el fuego;
y por doquier creciendo
de ellas en pos iba el espanto ciego.

- III -

Y en confusión tan extraña
todo aquello resonaba,
que la mente vacilaba
en distinguir la expresión
de las voces que sin cuento
ya vagaban confundidas,
ya trastornadas, perdidas,
en tan cruel desolación.

Eran voces de demonios
y angelicales acentos:
de animales los lamentos
y del hombre el sollozar:
eran quejas, maldiciones,
y carcajadas, y llanto:
eran risas y quebranto
con plegarias del altar.

Y de beodos festines
la algazara y la tormenta
y el ruido que fermenta
en impura bacanal,

y relinchos, y baladros,
y de sierpes los silbidos,
y de toros los bramidos
con estrépito infernal.

De animales inocentes
el lamento: de las fieras
y las aves carniceras
el grito agudo y feroz;
que del mundo presintiendo
el postrero triste día,
al festín que prometía
se apretaban con furor.

La campana de difuntos
y el repicar de las fiestas:
suspiros, risas honestas,
risas de impura beldad:
y el concierto de los templos,
y la música acordada
del baile, en que solapada
tiende su red la maldad.

Voces de niños y ancianos
y de vestales el canto:
de fieras lides el llanto
al retumbar del cañón;
y de espadas y fusiles
el estruendo, confundido
con el son que ha producido
del trovador la canción.

Dulces plantas y zamponías
en el campo, entre las flores,
con que requirió de amores
a la zagala el zagal;
de trompetas y clarines
la fatídica armonía
al pecho infundiendo impía
de sangre la sed marcial.

De un beso puro el chasquido
y el dulcísimo concento
de suspiros que sin cuento
lleva el labio al corazón,
con los besos confundidos
de ramerías degradadas,

o de esposas abrazadas
en adúltera pasión.

El dulcísimo murmullo
de los ríos y las fuentes;
de arroyuelos transparentes
el dormido susurrar,
y los tumbos atronantes
del torrente que, bramando,
va los campos asolando
y los pueblos a la par.

De mugiente catarata
los raudales despeñados
de alta cumbre, y transformados
en espumas y en vapor;
y el rugir de los volcanes
que brotando del profundo
lanzan fuego contra el mundo
con horrísono estridor.

Blanda el aura en leve giro
con arrullo armonioso
bebe el néctar aromoso
de las flores el vergel:
mientras fieros aquilones
van con hórridos bramidos
azotando encruelecidos
la ancha frente de Babel.

Los mil sonidos confusos
de esos vastos hormigueros
en que nobles y pecheros
gozan de santa igualdad:
los unos en artesones
dorados, y en muelles lechos,
cuando los otros por techos
del cielo han la majestad.

Y las voces bramadoras
de los mares irritados
en su asiento revolcados
con pavoroso mugir;
que en su anhelo furibundo
por asaltar sus riberas,
llevaban a las esferas
sus montañas de zafir.

Mas después de este concierto
que la mente percibía
con misteriosa armonía
en su mágica ilusión,
sólo escuché del incendio
el espantoso crujido
y el lamento que afligido
exhalaba el corazón.

Y en intervalos iguales
los sonidos atronantes,
monótonos, desgarrantes;
de trompeta funeral,
y entre sonido y sonido
humanas voces y llanto,
y en los aires dulce canto
de blandura angelical.

Y también roncós acentos
que en el éter revolaban,
y del hombre se mofaban,
con irónico gemir;
o reían, y era entonces
el sarcasmo tan pugnente,
que para el alma doliente
preferible era morir.

- IV -

Voz de la vana conciencia

«Yo con sublime ardor, ciencia divina,
en la cerúlea esfera dilatada
de fuegos tachonada,
vi las manchas del sol que la ilumina;
medí los mundos, descubrí planetas:
en su callado curso a los cometas
de crines rutilantes,
doquier seguí, que errantes,
cual reyes del espacio,
del Orbe visitaban el palacio.
Yo predije el eclipse: yo seguro

en atrevido vuelo
osé subir al cielo,
de la tierra salvando el fuerte muro.
Yo a la nube fatal de fuego henchida
la prole maldecida
de flamígeros rayos inhumanos,
y vio la tierra, ante mis pies postrada,
inerte de Jehová la diestra airada.»

«Un hora más el mundo,
y en raudo vuelo el pensador profundo;
escalando del cielo el alta cumbre,
verá de Dios la sempiterna lumbre;
contará las estrellas:
conocerá del sol las vivas fuentes:
porque marchan sin huellas
flotando con éter puro
los astros refulgentes:
quién habita sus orbes dilatados:
quién puebla los espacios que injoneados
cubre el abismo con su velo oscuro;
y el alfabeto, en fin, de la gran ciencia
con que el libro divino
escribió del SEÑOR la omnipotencia
en la tierra, en el mar, en la alta esfera,
descifrará triunfante.
Entonces, revocada
la maldición primera,
en vida sosegada
se tornará el anhelo delirante
de la débil criatura,
que de Dios será igual siendo su hechura.»

Voz de la hermosura

«La flor que en el crudo estío
se marchita y descaece,
halagada del rocío
otra vez con nuevo brío
se colora y reverdece.»

«Pero no hay resurrección
para el que tu mano fiera
hundió en la negra mansión;
que no tiene tu estación
auroras ni primaveras.»

«Detén, muerte, tus rigores:
deja que del mundo aspire
 los olores:
deja, aunque después expire,
que el perfume de mis flores
 él respire;
y que en uno confundidos
sus olores y mi olor,
 los sentidos
en atmósfera de amor
vaguen luego embebecidos
 sin dolor.»

Así dijo la hermosura
trocado en nieve el carmín;
y la muerte a la criatura,
mostrando la sepultura:
da tu aroma a mi jardín.

Voz del materialismo

«Desde el átomo al Sol, que en regia pompa
de luz formado sobre el orbe impera,
soberbio rey de la celeste esfera:
desde la piedra que jamás palpita
con vida generosa,
hasta la planta hermosa
que, sensible al placer, de amor se agita:
desde el pólipo vil que en peña dura
busca sustento y lecho,
hasta el Ser pensador que mira estrecho
el ámbito del mundo
a su anhelar profundo,
y otra vida mejor, en su locura,
y otros espacios, y otros cielos sueña:
todo el sentido a la razón lo enseña.»

«Un siglo más, y el pensamiento humano
en su vuelo esplendente,
de la materia al escondido arcano
verá claro y patente.
Sin más luz que la ciencia,
de la tierra y los cielos
descorrerá los velos;
y el orgullo del hombre, rebajado,
verá la inteligencia
surgir del barro con que fue formado.»

Voz del ateísmo

«En su ambición insana
el hombre que del lodo fue nacido
para vivir tan sólo una mañana
de nieblas circuido,
y de error y mentira
en un oscuro abismo
donde sin luz delira
de los otros esclavos y de sí mismo:
el hombre, en sus ensueños
de ventura halagüeños,
no queriendo morir, desde la huesa,
(que no vuelve su presa),
hallar pensó camino
a nueva vida de mejor destino,
de engaño aleve y de pesar exenta:
puerto libre de escollos y tormenta.»

«Y en su loco pensar olvidó, necio,
que la muerte es el precio
de nuestra corta vida trabajada,
a la tierra lanzada
sin memoria y sin huella,
como perdida estrella,
entre la noche que al nacer precede
y la más triste que al morir sucede.»

«Olvidó que del mundo
la portentosa máquina sublime,
condenada a morir, también un día
con horrible agonía
roto el seno profundo
y el eje destrozado
tendrá, cuando lanzada
a los campos del éter, sin camino,
cumpla en la Nada su fatal destino.
Entonces desprendido
de su alto asiento el luminar fulgente,
dislocará la esfera;
y de su lumbre la copiosa fuente,
cual si fuego lloviera,
en el espacio volcará perdido.»

«¿Y el Dios, dónde estará que en ese templo
de pavor y ruina,

su clemencia divina
muestra en grande y celestial ejemplo?
¿O el Hossanna sagrado
será de su alta gloria,
el himno funeral de la agonía
que el orbe destrozado
lance en el crudo día,
único de los tiempos sin memoria?»

«Si fue el mundo su hechura
y de su viva luz claro destello;
si de hombre, fuerte y bello,
dio al lodo la figura
en que su propia imagen retratada
miró después ufano,
del hombre satisfecho y de su mano:
¿por qué luego quisiera
volviéndole a la nada,
deshecho ver lo que potente hiciera?
O cabe en Él venganza:
o fue su previsión un mero nombre
cual la virtud del hombre:
o sujeto a mudanza
vaga incierta su mente en las tinieblas,
como entre espesas nieblas
la fosfórica luz que se desprende
de las tumbas infectas:
o acuso de imperfectas
sus obras portentosas
que del capricho en alas vagarosas
hoy eleva su diestra,
y entre el polvo mañana nos la muestra.»

«¡Alma filosofía! a ti sea dada
la empresa generosa
de abrir al hombre la mansión oscura
de la ciencia y del bien, que en vaporosa
atmósfera de errores infestada,
cierra a los hombres su sin par locura.
Viva dichoso el mundo a la vislumbre
de tu sacra aureola refulgente;
y el trono que el mortal puso demente
de aéreo cielo en la empinada cumbre,
derrocado por ti se humille y caiga,
y el de pura verdad tu luz nos traiga.

Coro de demonios

«¡Sigue raudo así, triunfante,
las entrañas abrasadas
y tus gentes calcinadas,
luminar de maldición,
yo me lanzo en tu carrera
a recoger tus gemidos,
de tus miembros encendidos
al funesto resplandor!»

«Quiero ver cómo se agitan
en tu hoguera las criaturas;
quiero al hombre y sus hechuras
en tu gran conflicto ver.
Y ese orgullo que insensato
del Eterno blasfemara
si entereza conservara
en las ruinas de Babel.»

Cómo el miedo se retrata,
quiero ver en tu semblante
¡hombre!, y tu pecho anhelante
al escape palpitar.
¡Sigue, mundo, sigue ardiendo,
que al crujir de tus torreones
quiero oír tus maldiciones,
y tus dientes rechinar!

«Si otros mundos, esplendente
miran tu ígnea vestidura,
dirán, mundo, que en la altura
a festín célico vas.
Corre, vuela, presuroso,
que al final de tu carrera
con su fiesta ya te espera
la tremenda eternidad.»

Voz del escepticismo

«¡Oh Dios que en toda lengua, en todo clima,
con nombres varios y diverso culto,
incomprensible y santo,
de misterioso encanto
rodeado al par que de inefable lumbre,
el hombre adora; y en la excelsa cumbre,
y de este valle en la profunda sima,
doquier estás presente

al que humilla su frente
ante tu faz velada,
y para el alma de impiedad cercada
severo en la tiniebla estás oculto!
¡Oh Dios! en sed ardiendo
de mejor vida que a tu ser me uniese
por siempre en lo futuro
luego que el peso duro
de este cuerpo mortal se disolviese,
doquier vagué pidiendo
tu voz al negro abismo,
y a las pujantes olas, y a la tierra,
y a los remotos cielos sin guarismo;
y a cuanto el mundo encierra
en el profundo seno y superficie;
y al blando sueño en su feliz molicie;
y a la razón, cuando despierto sueña
virtud el hombre y venturosos años,
mientras, el mundo, sin piedad engaños,
vicios y crimen retozando enseña.»

«Doquier ¡oh Dios! te veía
la mente absorta al contemplar tus obras,
y entre duda y zozobras
deseaba creer, y no creía;
que el corazón empedernido y ciego,
calcinado en el fuego
de hondas pasiones, y de ciencia vana,
perdido el jugo de la edad lozana,
perdió el amor con él, perdió la vida;
y la fe que atesora
el noble pecho en quien lució tu aurora,
tan sólo a amar con su virtud convida.»

«¡Oh Dios! a mí te muestra:
si no quieres piadoso
en diamantino trono esplendoroso,
de inefables aromas entre nubes,
de ángeles circuido y de querubes:
con encendidos rayos en la diestra.»

«Cese la duda cruel que en inhumano
tormento causa al corazón desvelos,
aunque después tu mano
airada contra mí lance los cielos.»

Voz del arrepentimiento

¡Oh tú de cuya luz la luz es sombra!
Ojo que con virtud que nos asombra
ves clara la mancilla,
y aun en el cieno de maldad que impura
lleva de muerte la señal segura
distingues de virtud noble semilla:
¡Señor! pues que miraste
cuán frágil de mi suerte el hilo caro
al golpe fue del padecer sañudo,
sirva a mi crimen tu piedad de escudo;
y el ya sufrido mal, Señor, te baste,
y torne el pecho en tu presencia claro.»

Voz del fatalismo

«¿De qué sirven los lamentos,
y los ayes, y el llorar,
si el Destino los momentos
ha contado, y tus acentos
son en vano y tu pesar?»

«A sus ojos valen tanto
tus glorias y tu alegría
como tu mal y tu llanto:
de la virtud el encanto
como tu maldad impía.»

«¡Hombre! tu ley es morir
y el Dios del orbe es el hado;
pues aún antes de vivir,
al tormento de sufrir
fue tu ser predestinado.»

«Rey vencido, en los combates
de la vida, tu diadema
del dolor a los embates
es cual fuego de un Orates:
menos alumbra que quema.»

«Dichoso sí en la ancha frente,
para calmar tu dolor,
la bella por ti demente
virtió con mano clemente
la dulce gota de amor.»

«Qué clamor es en la vida

el ministro del Destino:
mago que al placer convida,
o hace la muerte querida:
astro infernal o divino.»

Voz de un esclavo

«Esclavo del hombre su dura cadena
entera una vida paciente sufrí:
justicia en la tierra no obtuvo mi pena:
justicia tan solo se obtiene al morir.»

Voces de africanos

Primera voz

Como mágica figura
el mundo ante mí pasó:
él pasaba y se reía,
¿porque con él no iba yo?

Él de sus galas vestido:
él palpitante de amor;
y con iras en el pecho,
y sucios harapos yo.

Fue su vida regalada
un magnífico festín.
Yo ni a sus restos tocaba;
sólo oía su reír.

Como esclavo mi cadena
por los suelos arrastré.
Cuando libre de sus hierros
las señales conservé.

Y fue eterna mi deshonra,
y fue eterno mi dolor,
que Dios mismo, de tinieblas
con un sello me marcó.

Segunda voz

De las playas, ¡ay!, queridas
en que mi cuna arrulló
a la sombra de palmeras
el rugido del león.

Y entre sierpes y panteras
libre anduve y vencedor,
pisando tostada arena,
mirando de frente al Sol.

Arrancáronme tiranos
hombres de nieve y carmín,
que en el rostro ángeles eran,
sierpes en el pecho vil.

Y dijeron: Rey salvaje,
tu corona perderás,
y de esclavo al hombre culto
degradado servirás.

Y tu origen será un crimen,
una afrenta tu color;
y nosotros reiremos
cuando brames de dolor.

Y arrancado al patrio suelo
su memoria retendrás,
y con ella a todas partes
el infierno llevarás.

Voz de la esclava africana

Y tu empero si perdiste
dulce y noble libertad,
no lloraste, madre triste
como yo, lo que tuviste,
«de la entraña una mitad».

Hombre al fin, el duro pecho
para el odio te bastó.
Yo mojé de llanto el lecho,
y para mi alma fue estrecho
de odio solo el torcedor.

¡Yo envidiaba! Yo envidiaba
de otras madres los cariños,
y en mi mente desgarraba
a las madres y a sus niños
y en su sangre me bañaba.

Voz del eunuco

Insensatos, nunca visteis
de un serrallo el esplendor,
ni de Tántalo el martirio
excitó vuestro furor.

Nunca visteis la belleza
tan de cerca, tan desnuda;
ni la lengua, siempre muda,
ocultó vuestra tristeza.

En tan terrible atavío
nunca visteis la mujer
dominando el albedrío
y la sangre haciendo arder.

Ni en lascivas posiciones
muchas juntas retozar,
ensayando las maneras
de a sus dueños agradar.

Ni supisteis que esos juegos
que delirios parecían,
a vuestros ojos se hacían
porque no erais hombre, no.

Ni de una mujer la risa
que excitó vuestra impotencia,
os condujo a la demencia
y renegasteis de Dios.

Ni a los hombres despreciando
vuestra humilde condición,
visteis luego que sin ojos,
os creyeran mi razón.

Ni confiado a vuestra guarda
afrentosa su tesoro,
mojasteis con triste lloro
las alfombras del harem.

Ni avarientos sin riquezas
y guardosos del bien de otro,
fue vuestra existencia un potro
y vuestro infierno su Edén.

Coro de demonios

¡Delicia es ser libre! ¡Delicia es ser hombre!
Igual al de padre, ¿qué orgullo será?
Igual al de madre, ¿qué orgullo, qué nombre?
¡Esclavos! ¡Eunucos!, a Dios alabad.

Él solo ha sabido,
partiendo su herencia
con regia equidad,
mostraros la ciencia
y el bien prometido
de santa igualdad.

Coro de esclavos y de eunucos

De la vida a los banquetes
otros fueron los llamados;
y nosotros cual juguetes,
a sus burlas condenados.

Leve arena regada en las calles
como alfombra tendida a sus pies;
sucio estiércol que abona los valles;
vaso inmundo de barro soez.

Coro de demonios

De Dios empero criaturas
como los otros nacisteis:
¿por qué, sin crimen, tuvisteis
herencia tal de amarguras.

Coro de ángeles

Ninguno del sufrimiento
se vio exento:
todos ellos, ¡ay!, lloraron
vida y muerte;
mas si el cuerpo esclavizaron,
otra suerte,
al alma libre en su vuelo
diera el cielo.

Voz del mendigo

Regado fue con mi llanto
el pan que a veces me dieron:

pan de oprobio, escaso tanto,
que mis hijos perecieron
por él clamando transidos,
con gemidos
que mi pecho
maceraban
y del rico no llegaban
al artesonado techo.

Un mendrugo que el esclavo
con desprecio rechazara,
de la muerte los salvara,
y a su boca no llegó.
Mas en cambio, de los nobles
a caballos y jauría
no faltó cubierta un día
y el alimento sobró.

Yo a cabañas y palacios,
sólo armado de tu nombre
reclamé, Señor, del hombre
una fácil caridad.
Y el que en hartura vivía
me concedió algunas veces
una parte de las heces
movido de vanidad.

Y también en ocasiones,
en tu nombre soberano
me expelió con dura mano
y esas heces me negó:
que el placer era primero,
y estaba sola conmigo,
sin más que Tú por testigo,
que eres padre de los dos.

Coro de demonios

La gloria, mendigos, del mundo ensalcemos,
sus galas, sus pompas, sus armas, sus reyes.
¡Cuán grandes sus artes! ¡Cuán justas sus leyes!
De Dios, ¡oh mendigo!, la hechura cantemos.

Un demonio

¡Hombre sublime!, tu espaciosa frente
do plugo al Hacedor la diva llama

de inextinguible luz grabar potente,
eleva al cielo que en ardor te inflama.
¿Por qué la inclinas con mirar doliente?
¿No existe el orbe que por rey te aclama?
¡Imagen del Eterno! Tu destino
lo lleva el mundo en su fatal camino.

Coro de demonios

Mendigos, cantad,
que el mundo insonoro
fuera sin el lloro
que implora piedad.

También de los siglos audaz navegante
cansada la tierra se acoge ya al puerto:
¿Fue corto su viaje? ¿Fue largo? ¿Fue cierto?
¿Qué suerte a la nave reserva el Tonante?

Coro de ángeles

¡Feliz el que llora!
¡Feliz el que espera!
Su llanto atesora
riqueza postrera:
es llanto de aurora
vertido en pradera.

Coro del pueblo

Tú hiciste, Señor, que el lloro
de nuestros ojos vertido,
por milagro convertido
fuese para el rico en oro.

Voz de un demonio

¿Y qué importan tu rabia y duros males,
si en regia tinta los dorados mantos
tus sudores sangrientos a raudales
tiñeron, y tus llantos?

¿Cúya la mano fue que al polvo diera
de dioses la figura,
y a su mísera hechura
de imaginarios dones revistiera?

¿Cúya la mano que al tocar se pasma
sus propias obras luego,
y eleva triste ruego
de su locura al terrenal fantasma?

Sufre, cuitado en tu dolor paciente,
que al cielo elevas la plegaria en vano:
el hado contra ti rige tirano,
y el brazo de tu Dios es impotente.

Y el coro de demonios repetía,
remedando la angélica armonía:
¡Feliz el que llora!
¡Feliz el que espera!
Su llanto atesora
riqueza postrera:
es llanto de aurora
vertido en pradera.

Así de pobres la falange inmensa
que en medio al fausto vegetó perdida,
al cielo levantaba queja intensa
del odioso afanar que fue su vida.
Y ser llegada en su amargura piensa
del alto premio la ocasión debida;
y de Sodoma la poluta gente
alegre deja sin volver la frente.

Yo a quien de llanto y pesadumbre, y queja,
nutrió en buena hora de su madre el seno,
y acíbar sólo, maldecida abeja,
libé del mundo en el pensil ameno:
yo que la tierra cual villana reja
rompí contino en el sembrado ajeno,
y a ajeno carro con desdoro uncido
mostré mis hierros como rey vencido.

El pensamiento enderezando al cielo
con impía duda al Hacedor decía:
«De cuantos seres tu poder el suelo
pobló, Señor, en venturoso día,
del dulce hermano con salvaje anhelo
ninguno sangre en su furor bebía:
tan sólo el hombre racional, al hombre
la vida quita y desfigura el nombre.

Y el don mejor de tu bondad suprema:

la libertad que a la familia humana
ceñir debió como triunfal diadema
la pensadora frente soberana;
la libertad, que de ti mismo emblema
triunfar debió de la maldad tirana,
hubo tan pobre y tan escasa suerte
que su victoria se alcanzó en la muerte.»

Empero apenas la blasfemia impía
rasgó bramando la región del viento,
de blanca nube que hacia mí venía
llegó a mi oído un inefable acento:
del siempre vivo amor al alma mía,
fatal recuerdo conmovió al momento;
y al recuerdo querido la memoria,
de lo pasado renovó la historia.

Era tan vago, y fugitivo, y breve
aquel acento que el espacio hendía,
que no sonido, sino espíritu leve
de humana voz que llora parecía;
y de improviso cual puñal aleve
el corazón con su metal partía.
Amor, remordimiento, cruda pena:
todo en un punto a padecer condena.

La voz misteriosa

¿Visteis jamás del sol la viva lumbre
dorar constante la sublime esfera,
y del cenit suspenso la inexhausta hoguera?

Siempre en la tarde con desmayo triste
llega al ocaso en funeraria pompa:
vencido atleta de la lid desiste,
rota del triunfo la encantada trompa.

Así es la dicha que en mortal desvelo
codicia el hombre y por lograr se afana;
lumbre pura tan sólo en la mañana;
cuanto más grande más cercana el sueño.

Mas debajo al horizonte
hay para el sol otra vida
en que su luz bendecida
a otro mundo da calor.
Así el alma de los justos,

la del pobre, la del triste,
en la muerte se reviste
de los fuegos del Señor.

Y esos fuegos son el día
de perpetua claridad,
sin tinieblas que sombría
robe a Dios su majestad.

Allí la vida sin luto:
la ilusión es realidad,
y desear es ser dueño
de mayor felicidad.

Allí la vida es sin luto:
es amor
sin dolor,
sin desengaños por fruto.

¿El bien que te diera el mundo
por ventura fue un placer?
De tu pecho en lo profundo
gozar no fue padecer
los fantásticos ardores
de otros placeres mayores?

Y el dolor que deploraste,
bien mirado, ¿fue un dolor?
Mayor siempre un mal miraste
de tu hermano en derredor,
y el placer en lontananza
te mostraba la esperanza.

Así dijo y calló:
todo a mi vista desapareció.

VI y último

Aquel dichoso a quien jamás embiste
de ambición o de amor el fuego ardiente,
o que con duro corazón resiste
de la traidora Musa al aliciente:

ese tan sólo de ventura viste
dulces colores sobre la alta frente:
ese tan solo en envidiable calma
libre de duelos manifiesta el alma.

Del guerrero clarín la voz sonora
que en ardimiento el corazón inflama.
La sed de amor que en las entrañas mora,
de honor y prez la generosa llama,
y esa diadema de ambición que adora
postrado el mundo y reverente aclama,
para él son humo en que el dolor se encierra
y el hombre incauto entre sus brazos cierra.

Las mil visiones que la mente evoca
como en su selva prestigiosa Armida,
y en juegos mil y en algazara loca
forman el sueño en que se va la vida;
dorada red que la ilusión coloca
de aérea lumbre mágica tejida,
entre el fogoso corazón que anhela
y la esperanza que en los aires vuela.

Delirios son de que se mira exento
el diamantino corazón constante,
que de austera razón sigue contento
la celestial lumbrera rutilante;
y al mal resiste y grave sentimiento
en lucha fiera y sin cesar triunfante,
como de airadas olas combatido
resiste enhiesto el farallón temido.

Y si este no feliz quien en su pecho
la fe conserva generosa y pura,
que en dorado artesón y en pobre lecho
igual reparte su celeste cura:
fe venturosa a la que viene estrecho
de lágrimas el valle triste, oscura
fe que Jacob representada un día
viera entre el cielo y la mansión umbría.

Que si la vida es sueño, blandamente
adormida en la fe, con vago vuelo
transita el alma, de su patria ausente,
acá en la tierra, y se remonta al cielo;
y al despertarse, con absorta mente
rompido mira el tenebroso velo

detrás del cual la eternidad se esconde,
que habla a los muertos y a su voz responde.

Ellos tan sólo cuando el mundo ardiendo
cual luminaria funeral corría
no más pudieran, en valor creciendo,
mirar serenos su postrero día;
y con el alma a la región subiendo
donde segura la virtud los guía,
cantar alegres, en Sublime coro
libres del suelo y su perenne lloro.

¡Oh cuán distintos los que dando al mundo
la vida, el alma, el pensamiento mismo,
buscaron gloria entre su cieno inmundo
y hallaron muerte en su espantoso abismo.

Estos del mundo en la espaciosa arena
cual indomados potros se lanzaron,
y antes del hora que el destino suena
vejez o muerte con infamia hallaron.

Una tras otra en la veloz carrera
hojas y flores de la dulce vida
cayeron tristes y en su edad primera,
el cáliz roto y la color perdida.

A par del cuerpo el alma sin aroma
pálida luz en su prisión refleja,
como la luz que en la tiniebla asoma
y más oscura la tiniebla deja.

De la humana razón la luz divina,
destello hermoso de la excelsa mente
profanada en su templo no ilumina
el ara rota con raudal fulgente.

El inspirado ingenio en su ala de oro
ya no refleja misteriosos mundos,
y en sangre y lodo envueltos infecundos
son los acentos del celeste coro.

El refulgente sol que sin ocaso
la dulce aurora de la vida alumbra
y de la muerte en el tremendo caso
entre la llama del blandón relumbra.

La que en su alma piedad nos diera el cielo,
fe de mística luz por nuestro guía,
para que el hombre en sempiterno día
hasta su cumbre remontase el vuelo.

Con el ingenio y la razón perece
del que escuchando el mundanal murmullo,
no vio jamás cual la virtud se mece
blanda en el pecho con divino arrullo.

Así apagados con su propio aliento
los tres fanales que el amor divino
puso del hombre en el fatal camino
porque anduviese de temor exento.

Tarde llorando su ominosa suerte
como nave perdida, sin estrella,
en ignoto confín hallaron muerte
sin lágrimas de amigos y sin huella.

Yo les vi, yo les vi cuando su vida
amenazada se miró y en duelo,
un rayo solo de la luz perdida
buscar doquiera en congojoso anhelo.

Y hallar el pecho oscuro, y ciega el alma,
y maldecir el maternal cariño
que no hizo de la cuna al dulce niño
lecho de muerte y de perpetua calma.

Poesías de tema patriótico

Sonetos

A Simón Bolívar

Él fue quien fulminando el hierro insano
recorrió de Colón el ancho mundo,
dejando en pos de sí surco profundo,

de gloria y triunfos su potente mano.

Truena su voz del uno al otro océano
y libertad en manantial fecundo
brotó la tierra que secó iracundo
el hado injusto del valiente hispano.

Cinco naciones, que formó su espada,
sacra aureola de perpetua lumbre
a la radiante frente le ciñeron.

Y al ver la antigua afrenta ya vengada
de los soberbios Andes en la cumbre
las sombras de los incas sonrieron.

- II -

A Simón Bolívar

Variante

Fiero en la lid y en la victoria humano
fuieste, ¡oh Bolívar!, salvador de un mundo,
nuevo Colón, cuando del mar profundo
de servidumbre le sacó la mano.

Clavado al asta el pabellón, en vano
tormenta y rayos contra ti iracundo
lanzó un tirano en la maldad fecundo:
lo quiso el cielo y sucumbió el tirano.

Y las naciones que fundó tu espada
sacra aureola de perpetua lumbre
a la frente radiosa te ciñeron.

Y al ver la antigua afrenta ya vengada,
de los soberbios Andes en la cumbre
las sombras de los incas sonrieron.

- III -

A la batalla de Ayacucho

¡Mudo el cañón; del campo fratricida
el suelo en sangre tinto; la bandera
que triunfadora el orbe recorriera,
por española menos abatida!...

¡Oh Pizarro! ¡Oh dolor! Si aquí blandida
tu centellante espada reluciera,
del mundo de Colón señora fuera,
no de mis propios hijos, ¡ay!, vencida.

Así, sobre los Andes, real matrona,
el manto desprendido, adusto el ceño,
con llanto de furor su mal pregona.

Y al ver un mundo en manos de otro dueño,
a la vencida tropa, por desdoro,
lanza en pedazos mil el centro de oro.

A Cristóbal Colón

¿Quién la fiereza insulta a mis olas?
¿Quién del rumbo apartado y de la orilla,
entre cielos y abismos hunde la quilla
de tristes naves, náufragas y solas?

Las banderas triunfantes que enarbolas,
en la mojada arena con mancilla
miedo al mundo serán, no maravilla
y el casco de tus naves españolas.

Rujiendo el mar clamó; pero sonora
¡Colón! dijo una voz, y al fuerte acento
inclina la cerviz, besa la prora.

Cruje el timón, la lona se hincha al viento
y, Dios guiando, el nauta sin segundo
a los pies de Isabel arroja un mundo.

A Cristóbal Colón

Venient annis saecula seris,

Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Thetisque novos detegat orbis
Nec sit terris ultima Thule.
(Séneca; Medea.)

Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Do se lanza llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La proa inclina a donde el sol acaba?

¿No ves cómo a la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que a la costa guía
¿No ves cómo a deshora
Del Norte amigo y firme se desvía
Y a Dios y a la ventura el leño fía?

Y el piélago elevado
¿No ves al Ecuador, y cual parece
Oponerse irritado
A la ardua empresa, y cuál su furia crece
Y el sol cómo entre nublos se oscurece?

¡Ay!, que ya el aire inflama
De alígeras centellas lluvia ardiente;
¡Ay!, que el abismo brama;

Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje y restalla y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe contra tu empeño;

Y cual su vocería
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña
Creciendo y agonía,
Con tumulto y terror la tierra extraña
Pide que dejes por volver a España.

¡Ay triste, que arrastrado
De pérfida esperanza al indo suelo,
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente
Y el oro del Japón buscas en vano;
En vano a Mangí ardiente;
Ni de las hondas guas de Océano
Jamás verás patente el grande arcano.

Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto.

Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira:
¡Colón clava la entena!;
¡Corre, vuela; no atrás, avante mira;
Al remo no des paz; no temas ira!

¡Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, dance el hombre y brame el viento
Con furia desatado,
Resista el corazón, y al rudo acento
De tus pinos aviva el movimiento!

Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,

De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo,
Así das gloria a Dios y a España un mundo.

¡Oh noble, oh claro día
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria.

En la tostada arena
Te vio, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,
Humillada a tus pies, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora
Ángel te llama y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra
De orgullo y de alegría!
Trocada en dulce paz ve aquí la guerra;
Cual divina visión allí la tierra.

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones.

De ambos polos vecino

Entre cien mares que a sus pies quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí rauda, espumoso,
Rey de los otros ríos, se arrebató
Marañón caudaloso
Con crespas ondas de luciente plata
Y en el seno de Atlanta se dilata.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el cóndor gigantesco fijo mira
Al almo sol y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar lago sonoro;
Tormentas, huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? ¡Lleva a Europa
De tamaño portento alta preseña!
Hiera céfiro en popa,
O rudo vendaval, que pronto sea
Y absorto el orbe tu victoria vea.

El piélagos sonante
Abrirá sus abismos; sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luego
Y tinieblas y horror y lluvia y fuego.

Y del mar el bramido
Unirá contra ti la envidia artera
Su ronco horrible aullido.
«Piloto sin ventura» ¿a qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre, entre las gentes difamado,
¿Morirá sin memoria?
O tal vez de las ondas libertado
¿Por tu empresa un rival será premiado?

Todo será: el delirio
De férvido anhelar que vence y llora;
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora;
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Más ¿qué a tu fe del viento,
Del rayo y la traición crudos azares?
Levanta el pensamiento,
¡Elegido de Dios! ¡Hiende los mares
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa
Llevó a Tesalia en áureo vellocino
De Colcos la famosa,
Ni, de Palas guiada, en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada
Hierva ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¡Colón!, exclama y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima,
¡Oh rey de Lusitania!, los portentos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón duros tormentos,
Airados ven tus ojos y avarientos.

De ti y de tus iguales,
El anglio poderoso, el galo fuerte,
A las plantas reales,
¿Un mundo no ofreció y excelsa suerte
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni a Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual a ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano,
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando!, ¿qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vio en Granada?

Dilo tú que en el templo
Vagas inulta en medio a los despojos,
¡Oh sombra de alto ejemplo
En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro y por corona abrojos!

Mas no a la gran Castilla
El rostro vuelvas, ni a Isabel, ceñudo;
No es suya la mancilla;
Que a ti fue abrigo cuando más desnudo;
Al indio madre; al africano escudo.

Y uniré su alta gloria
A tu gloria la tierra gradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara.
En cielo y tierra y aguas derramara.

Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero,
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,

De la cansada humanidad postrero.

Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

Ay de ellas, las comarcas,
Viejas en el delito y la mentira,
De pueblos, de monarcas,
Cuando el Señor, que torvo ya los mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando y altares;
Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo.

¡Colón!, el mundo hermoso
Que de su seno a las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas,

Así de polo a polo
Resuena el canto, extiende tu renombre
Por los cielos Apolo
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad a otra edad lleva tu nombre.

A España

Oda

¿Y piensas que, volviendo a lo pasado
Los tristes ojos, hallarás consuelo?...
El laurel incendiado
Por el rayo del cielo
De una nación en la marchita frente
Al antiguo verdor nunca renace:

La que vencida fue, vencida yace;
Y el cetro soberano
O de Neptuno el húmedo tridente,
De grave peso a su cansada mano,
Al feliz vencedor pasa en herencia
Hasta que de otros pueblos la existencia
Anuncia nuevas leyes
A la tierra sumisa y nuevos reyes.

En otros tiempos, mísera, tu historia
De la historia del orbe era trasunto;
Que llenaban el orbe las Españas;
Fabulosas hazañas,
De mármoles y bronces digno asunto,
Al templo de la luz y la memoria
Llevaron tu alta gloria

De la alígera fama en la trompeta;
pero en vano el poeta
tender quiso las alas en su vuelo
hasta el remoto cielo
donde tu nombre en los espacios gira,
y dudando de sí rompió la lira.

Así, cuando prorrumpe en tu alabanza
De Ercilla el numeroso
Verso sonante, al ruido temeroso
De cruda lid donde vibró su lanza,
O la gran maravilla
Ensalza de Lepanto.
El cantor sin rivales en Castilla,
Inferior a tus glorias en su canto.

El ingenio del hombre en sus profundas
Encantadas regiones,
Riquísimas de luces y fecundas
En fantásticas seres y portentos,
No produjo ficciones
¡Pobre Reina vencida!
Que remedar pudiera de tu vida
Esos marciales épicos momentos,
Fugaces, ay, cual soplo de los vientos.

Más alto que el ingenio y que las nubes
Su trono la verdad puso fulgente
En medio a los querubes,
Ceñida de luceros a la alta frente,
Para que nunca su belleza osara,
De humana voz la frágil armonía
Con arpa ronca profanar demente.
El vate así dejando que ensalzara
Fulmíneo plectro de cantor divino

Tu valor peregrino,
Cuando en su pecho hirviente
Llama de honor y gloria vio que ardía,
La trompa resignado
Trocó por la armadura
Y, así nació poeta, fue soldado.
Que en la edad de tus héroes gloriosos
Combatir fue cantar, y desventura
En ocio blando afeminar el pecho,
De bélico laurel por muelle rosa
Cambiar coronas y en sosiego inerte
De perfumado lecho
Pasar la vida y esperar la muerte.

 Empero entonces al nacer tus hijos
Armados con el yelmo y la corona,
Cual Minerva de Júpiter, salían;
Entonces, con prolijos
Afanos generosos,
Noble y sublime raza
De varones egregios fabulosos
Al fuerte pecho madres españolas
Para el imperio universal nutrían,
Domadores del suelo de las olas,
O con pompa triunfal los recibían,
Si en el combate crudo
Sobre el ferrado escudo
Por la patria y la gloria sucumbían.

 Y en tu abandona y soledad presente
En vano de Gonzalos y Guzmanes
Buscas hoy anhelosa
El fuerte corazón, las fieras almas
Del alto cielo sus sagrados manes,
Huéspedes sin país ni descendientes.
También en vano con la faz llorosa
En tu agostado suelo buscan palmas
Y entre sus hijos victoriosas frentes.

 «¿Por qué la muchedumbre
De empavesadas naves españolas
No surca tus espacios, mar bravía,
Como cuando, señora de las olas,
Con sus inflados linos los cubría?
¿Por qué la pesadumbre
De los ferrados tercios y corceles
No oprime la ancha tierra,
Ni el fragor de sus pasos cuanto encierra
El orbe, gime y la cerviz humilla?
Cuelga al templo marchitos tus laureles,

Degenerada estirpe de Castilla.»
«Depositaria infiel, ¿qué fue del mundo
Que nuestro brazo sometió a tus plantas,
Siguiendo del fecundo
Blondo rey de la luz, largo camino,
Arrostrando de Báratro profundo
Argonautas triunfantes los furores,
Y el nuevo vellocino
De la aromosa América, sus flores
Sus áureas venas colocando fieros
Bajo la égida de tus cruces santas
Y en la punta fatal de los aceros?»
«¿Por qué túrbidos mares,
Por qué anchuroso ríos,
Por qué elevados montes
Que dieron culto a los iberos lares,
Cual a sus patrios dioses tutelares,
Limitan hoy impíos
De tu antiguo solar los horizontes?»
«El indo mar remoto;
Los que de Alcides la potente mano
Quiso apartar con desusado muro
En el confín estrecho gaditano;
Los que con frágil linde mal seguro
El istmo ora separa americano,
Y el gélido hiperbóreo mar ignoto
A tus sonantes proras
No se abren ya, cual antes, vencedoras.»
«Los que con rica vena
Reyes de ríos a la Europa bañan,
No por sus anchas puentes
Dan paso a tus legiones;
Ni sus claras corrientes
De domadas naciones,
Uncidas con la espada a tu cadena,
Con roja sangre empañan.
El padre Tajo, que en tu suelo nace
Y en grande espacio te fecunda el seno
Con puras linfas y dorada arena,
Toma nombre, ¡oh dolor!, de lusitano,
Y discurre sereno
Por el que, agora ajeno,
Abundoso país al tuyo hermano
Hizo de un Alba la invencible mano.»
¡Orgullosa monarca
De la mitad de América fecunda,
Rico en ondas, sonoro, majestuoso,

Amazonas potente, que a los mares
Alimento darás, que no tributo;
Y tú, de junco y palmas coronado,
Cuyo raudal copioso
De nueva vida sin cesar inunda
El suelo que llenó de sangre y luto
Avaro mercader, rudo soldado,
Orinoco feliz, tan envidiado
De regiones extrañas
Cuando fuiste de olvido a las Españas:
Lejos corred del pobre Manzanares,
Entre nuevas naciones
Que tienen por perpetuas estaciones
Fecundo Agosto y floreciente Mayo.
«Álzate, y osa, España,
Emancipadas hijas de Pelayo.»
En torno a ti las húmedas miradas
Volver sobre la tierra
Mira si en el cenit al sol empaña
De polvo densa nube,
Cuando los montes empinados sube
Y al valle, cae, y contra el galo cierra
Numeroso escuadrón de tus bridones
Y en turbias oleadas,
Al grito de Santiago, furibundo
Absorbe y rompe las de acero armadas
Falanges de caballos y peones
Que en vano opone a su valor el mundo.»
¿Oyes el relinchar de los corceles?
¿Oyes el choque de las armas fiero
Tumulto y gritos, llantos y tropeles;
El trueno del mosquete que restalla;
El silbo agudo de veloz saeta;
De lanzas y de estoques y broqueles
El crujir temeroso;
Y el agudo sonar de la trompeta
Que anima a la batalla
Y vibra en los espacios lastimero?
¿Oyes, España, cual la voz temida
Del Niágara potente en su caída?»
«¡Oh madre España, sin ventura y triste!
El silvoso Apenino ya no existe
Mudo testigo a presenciar la gloria
De iberos generosos;
Ni los Alpes añosos
Sobre sus canos y movibles hielos
Huellas conservan de tus fuertes pasos.

Ejemplo de fortunas y fracasos,
Castigo duro de inclementes cielos,
Alza Pirene infiel su faz serena;
Pero ya no es tu puente, es tu cadena.
Negra mancha a tu historia,
El infame Peñón también existe,
Que tu molicie y tu estupor condena,
Y en las cumbres del Ande borra el hombre
De tu dominio y tu grandeza el nombre.»

«¡Ay!, no sirvió que dueños de la tierra,
Cual reyes del espacio, tus pendones
Llevaron, como el sol sin Occidente,
Do quier a cuanto encierra
Los rayos de tu luz resplandeciente;
Ni que atónitas dieran las naciones
Tributo de terror a tus legiones.
Los que en marcha triunfal tu carro ornaron,
De esclavos en señores se tornaron;
Manos impías tus cabellos de oro
Rompieron con desdoro;
Tu fulgente diadema
Objeto fue de su ambición suprema;
Y en girones partido el manto regio
Sirvió a bandidos para echar las suertes
Con que, a ley de más fuertes,
Tus pedazos sangrientos disputaron
Y el santo nombre de la patria egregio
Con irritantes burlas mancillaron.»

«¡Señora del imperio
Que uno y otro hemisferio
Unió del mundo! ¡Triunfadora altiva!
¿Dónde está de tu gloria el monumento?
¡Oh, mísera cautiva!
¿No ves de tu poder el polvo al viento?
Llora sin tregua, España, en tu amargura;
Que confuso recuerdo es tu ventura
Y la centella que vibró tu mano
Sobre el orbe obediente,
Desprecio ya a la gente,
Relámpago fugaz y ruido vano.»

Así con voz que al trueno
En su estampido y su fragor excede
Y que conmueve el mundo
Y hace temblar su entraña,
Contigo y contra ti, mísera España,
Las almas de tus héroes exclamaron
Y, al ver en tu cerviz del yugo ajeno

Cadente marca y deshonor profundo,
De ti la vista airada separaron
De tal altura ¡oh madre!, has descendido
A tal abismo, a tan profunda cima,
Que a Luzbel maldecido
En la gloria, en la desgracia suma,
En la soberbia, en la maldad recuerdas,
¿Qué mucho que al mirarte,
Hijo piadoso, en tu desgracia gima?
En otros tiempos, impotente el arte
Ni a tus aladas plumas,
Ni al áureo plectro sonoras cuerdas
Dio que pudieran elevar su vuelo
De tu grandeza y de tu gloria al cielo;
Y hoy, madre, basta solo
Mi rudo verso que desdeña Apolo
Tus males a llorar y tu honda pena
Al compasado son de tu cadena.
Así tal vez del Alpe en la montaña
Vecina al alto cielo
Torrente impetuoso
Se forma de las lluvias y del hielo
Y al descender al valle y la campaña
Convierte en vena de anchurosa ría
El mezquino raudal de un arroyuelo.
Entonces ni por vado ni por puente
El rebaño medroso
El pastor imprudente,
Ni el altivo monarca pasaría,
Hasta que viene un día
Y el prestado caudal le roba Agosto,
Coronado de espigas y de fuegos,
Y pasa el niño, en infantiles juegos,
Con planta enjuta el pobre cauce angosto.

A Isabel II
Oda

Allí verás cuan poco mal ha hecho
la muerte, en la memoria y clara fama
de los famosos hombres que ha deshecho.
(Garcilaso-Elegía 1ª.)

Ai generosi
giusta di glorie dispensiera è morte.
(Ugo Fóscolo.)

Y llega un día en que el civil tumulto,
de sí mismo cansado,
impío Caín convulso se adormece
en sangre fraternal torpe bañado;
y de Dios maldecido se reclina
en el materno seno profanado
de la patria en ruina.
Y libre entonces de cobarde insulto,
sobre los nombres que la envidia crece
y de luces fantásticas circunda
yérguese el justo, y brilla, y resplandece;
cual de reptiles sobre tropa inmunda
el águila se mece,
los vientos despreciando y las centellas,
y en vuelo arrebatado
sube al círculo azul de las estrellas

¡Silencio! Los bramidos
de ronca tempestad no llevan sustos
al acuitado corazón. Augustos
nombres de paz y de concordia unidos
pronuncia ya el hermano,
de su enemigo al estrechar la mano.
Falsos tributos de engañosas iras
en las revueltas ondas populares
no tremolan sus rojos pabellones:
piratas de los mares;
Judas de los monarcas y naciones.
¡Silencio! En sus altares
los ídolos de barro se estremecen;
dioses ayer, en las voraces piras
de la liviana plebe ora perecen.

¿Qué voz sonora por los aires gira
de aplausos al estruendo,
«reparación», «resurrección», pidiendo?
Es clamor de la historia:
es canto de la lira:
es la voz de la patria, y su victoria.
¡Numen de la justicia omnipotente!
esa es tu voz de triple acento armada:
voz de Dios y su espada
que túnica de vida refulgente

a Lázaro reviste;
o a la esposa de Loth, que le resiste,
en su furor divino
deja inmóvil por siempre en el camino.

De esa voz redentora
que el cielo afirma, y que a silencio mudo
reducir jamás pudo
grandeza, ni poder, ni trono erguido,
ni magia del error fascinadora,
intérprete sublime ¡Oh Reina! has sido,
cuando en honor del que meció tu cuna
en la adversa fortuna,
y a tu doble orfandad sirvió de escudo
elevas hoy sobre inmortal cimiento,
por su gloria y tu gloria, un monumento.

Por su gloria y tu gloria;
que si regia corona tu hermosura
realza, ¡Oh Reina!, la inmortal historia
otra que siempre dura,
como a rey de virtud ciñe a su frente.
Y si de santa gratitud movida
en mármoles y bronce su memoria
grabas con letras de oro,
a su memoria para siempre unida
tu memoria feliz de gente en gente
llevará diligente
la egregia fama en su clarín sonoro.

Y cuando el tiempo cano
en giro eterno pueblos y ciudades,
y altos reyes e imperios
al tocar con sus alas desvanezca;
y en remotas edades,
sin cortejo triunfal ni incienso vano,
tu nombre ante los siglos comparezca,
¡dichosa tú!, que su corona el justo
mayor de los hesperios
colocará sobre tu nombre augusto,
pagándote colmado ¡oh gran Señora!
el honor que a su fama das ahora.

¿No ves ya cual dilata
al aire níveas plumas
el genio de la gloria refulgente...
con ímpetu sonoro,
sin temor a los rayos ni a las brumas,

suelto el cabello en la radiosa frente,
el manto desceñido;
y como al son de su trompeta de oro
los ánimos absortos arrebató;
las aves en el nido
suspenden su concierto;
y enmudece la mar, la tierra, el viento?

La paz anuncia; y señalando ufano
el túmulo sagrado que levanta
tu gloriosa piedad en fausto día,
signo le llama que de amor envía
por tu graciosa mano
el Hacedor clemente,
a la que asaz la desunión quebranta
y el rencor de la lucha, íbera gente.

«Y basta, basta, dice,
de lágrimas y horrores, bella España:
más alto y mejor triunfo te predice
tu indomable valor entre los hombres
que de civil contienda odiosa hazaña.
De bandos fraticidas triste nombres
no más repitan ecos de tu tierra:
del anglo Calpe hasta el francés Pirene,
y desde el áureo Tajo lusitano,
que al mar llevó tu sangre en turbias ondas
hasta el seno cerúleo gaditano,
plegando su pendón calle la guerra;
y otro nombre no suene,
ni a más nombre dulcísimo respondas
que al repetido por doquier de ¡hermano!

«En ese monumento
que a tu glorioso Arístides eleva
la filial virtud de reina pía,
triple aureola sacrosanta esplende,
émula en su fulgor del claro día,
que hasta el cielo trasciende
y de uno al otro polo blanda lleva,
por mis alas movido, el raudo viento.
Aureola divina es del anciano
que de virtud la oliva triunfadora
supo alcanzar con indomable aliento
en combates sin cuento.
Es fúlgida diadema al Soberano
que la excelsa virtud del justo aclama

en pompa del olvido vengadora,
y es, oh pueblo, tu llama
que en los altivos corazones prende,
con que animados al combate duro
de la gloria el pendón llevan al muro:»

«¡España! es de tus hijos,
cuantos criaste al pecho generoso,
esta fama, esta luz, esta victoria
que uno tan solo al parecer alcanza.
El sangriento sudor; los congojosos
cuidados; los prolijos
afanes y el terror, de todos fueron
cuando por santa libertad lidiaron;
cuando por santa libertad vencieron;
y cuando trono y libertad fundaron.
De todos es, de todos es la gloria
como la pugna fue. Dulce esperanza
de dulce paz en sus ánimos alientes:
Arca de firme alianza
el cenotafio sea;
y el mundo absorto con aplauso vea
en el laurel que la imperial matrona
ciñe a un solo en la radiosa frente,
de todos, pueblo y trono, la corona.»

Dice, y rasga la esfera,
y a lo más alto del dorado cielo,
Unión y paz clamando,
sigue con alas de oro el raudo vuelo.
Su voz doquier sonando,
Unión y paz repite, y desaparece
luego del sol en la inflamada hoguera.
Precipita su curso perezoso
el viejo Manzanares,
y de santo respecto se estremece
al escuchar la célica armonía,
Unión y paz cantando en su alegría,
Unión y paz de su cristal undoso
la ninfa en la ribera,
y los brutos repiten, y las aves,
en cánticos süaves.

Convierte tu mirada, ¡Oh Reina bella!,
al tñmulo sagrado
del insigne varñn egregio templo,
do a su nombre enlazado

el tuyo a reyes servirá de ejemplo.
He allí a sus pies el pueblo redimido
que libre, y fuerte, y triunfador predica
del sol de su grandeza en ti la aurora;
como en el mar perdido
ve el náufrago infelice,
rotos los fieros nublos clara estrella
señal de la bonanza salvadora.
Y del ínclito Astur a los hermanos
en armas y valor, verás que fieles
con temblorosas manos
riegan sobre la tumba sus laureles.
Generación que rica en prez se aleja,
y en la orfandad de su virtud nos deja.

¡Oh joven coronada! los leones,
rota ya su cadena,
al sacudir altivos su melena
librarán de vil polvo tus talones,
Ora feroces rugen, ora mudos
con sangrienta pupila del espanto
fieles al trono le serán escudos
contra infames traiciones.
Cubiertos con tu manto
y en sus garras el cetro diamantino,
por su instinto seguro al fin te guía;
Y en no lejano día
a la gloria inmortal te harán camino.

Oda

A Su Majestad Doña Isabel II, con motivo de su fausto enlace con el Serenísimo Señor
Infante Don Francisco de Asís María.

¿Qué nueva llama de entusiasmo, ardiente,
hervorosa, divina,
cual la que matutina
de grana y oro asoma en el Oriente,
de colores y luz llenando el cielo,
a raudales copiosos rota el suelo
de la mísera España,
presagio a nueva gloria, a nueva hazaña?

¿Llama el clarín sonoro a lid sangrienta
la gran nación que prefirió sublime,

al bien que ofrece la amistad dudosa
el mal glorioso que el honor redime;
y del pérfido curso inicua afrenta
supo vengar un día;
ceñir victoriosa
a su guerrera sien lauro y coronas;
y llevar su gran nombre sin segundo
por cuanto abarca el mundo
del mar ignoto a las indianas zonas?

¿O del seno profundo,
en justa indignación la sangre hirviendo,
grito que al orbe aterra
lanza agudo y tremendo
las mortíferas armas requiriendo;
y en sus robustos brazos guarda y cierra
el trono de cien reyes
para la prole augusta de Fernando,
ejemplo al mundo y a los siglos dando
de santo amor al trono y a las leyes?

No, que de la extranjera
y fratricida guerra los furores
en dulce abrazo y fraternal alianza
hanse trocado ya sus albas flores,
símbolos de ventura y de esperanza,
la pacífica oliva al aire lanza
en el mismo que hiciera
la procaz ambición suelo de espanto;
y cólera infernal al hombre diera.

Ya fatídico estruendo,
furores provocando el par que lloro
y en humo y llamas la galana pompa
convirtiendo de campos frutecidos,
no despide el cañón, ni de la trompa
los clamorosos bélicos sonidos,
en alas de la muerte el aire hendiendo,
acallan de las aves el sonoro
cántico matinal. Ni en la cruenta
lid de piedad exenta,
cuando del bronce comprimido estalla
el ígneo rayo, o del bruñido acero
agita con ira aciaga lumbre
se desprende, fortísima muralla
del inflamado ariete y de la mina
cede, el embate, y lúgubre ruido

hace el caer entre el estrago fiero,
ni el cielo, el llanto y la fragosa cumbre
cubriendo de humo y polvo, en su ruina
al vencedor sepulta y al vencido.

Si la batalla no, si no al decoro
del sacro nombre de la patria hispana
¿qué deidad soberana
al alma de fervor puro y sublime
cambiando ya en alegre el triste lloro?

Yo miro a los ancianos
de temblorosa voz y frente ajada,
la lumbre ya apagada
de los cansados ojos y las manos
con nuevo brío levantar al cielo,
de súplica ferviente
de generoso anhelo,
de gozo y de esperanza
con aquél ademán que el bien pedido
de la suma Bondad el hombre alcanza.

Y a la madre solícita contemplo
que del pecho pendiente
lleva su dulce carga, a ti ofrecerla
en don propiciatorio (Numen Santo),
pronunciando al oído
del ángel de su amor adormecido,
el nombre que al labio el corazón envía
con inefable encanto,
cual de arpa eolia célica armonía.

Y ese nombre querido
las puras auras con amor rompiendo,
por los espacios cóncavos resuenan
voz que los aires llena
en la gran voz del pueblo repetido;
de varonil acento en la armonía;
voz que en ondas sonantes se sucede
y con su fuerza puede
el ímpetu calmar y el ronco estruendo
de la que ciega embiste
las corvas playas, espumosa impía,
hinchada mar bravía;
y al llevar animosa el alto vuelo
al estrellado cielo
en donde el Ángel del Señor asiste.

En tu nombre, Isabel, tu nombre puro
al caro nombre de tu esposo unido
en feliz himeneo;
tu nombre, que resuena al estampido
del nacional clamor, y en fuerte muro
de generosos pechos españoles
el cincel del amor graba seguro.
¡Oh cuanta dicha el popular deseo,
por Dios cumplido, en el girar futuro
de los tiempos anuncia!
Ábrese el labio que Isabel pronuncia,
y en la terrible diestra del Tonante
el rayo se detiene fulminante
que asaz vibró contra la madre España;
y su constante saña
de la clemencia al aura se evapora;
Manzanares no llora,
sobre áureas urnas cada día
son sangre hermana al empapar la arena;
del Pirineo hasta Calpe no resuena
horrísono estridor de guerra impía;
y cercada de luz, entre arreboles,
por diadema los soles,
otra reina cual tú, fúlgida y bella,
de tu carro nupcial sigue la huella.
Es la que al eco de tu voz desciende
de la sublime esfera ¡paz divina!
y sobre ti se inclina,
y sobre Hesperia al fin de las alas tienda.

¡Numen del canto, a cuyo acento solo
dado es narrar la gloria
y llevar a los siglos la memoria
de la virtud incorruptible y fuerte,
triumfante del olvido y de la muerte!
Humilde alumno del crinado Apolo;
en suelo extraño errante peregrino
a merced del destino,
mi ronca lira a celebrar no alcanza
de tan precioso bien dulce esperanza.
Que allá donde las proras
del osado Colón el mar rompieron,
del tiempo y de los hombres vencedores,
y leyes, culto, hazañas esparcieron
sobre la tierra virgen, fue mi cuna.
Y no al rumor süave

de los trinos de un ave
me vi vencido, cuanto tibia luna
el mundo baña y con luz consuela;
sino de tigres al feroz rugido
por montes y por valles repetidos,
que de pasmo y terror el alma hiela.

Lleva, Musa, a Isabel sencillo canto
sin plectro de marfil ni sacra veste,
y besa honrada donde pisa el suelo
rústica Ninfa, en homenaje santo:
como los montes de mi patria agreste;
como los trigos de mi patria ruda;
dulce y serena cual mi patria cielo:
al oro sorda, a la lisonja muda.

Y mientras que de cisnes acordado
himno sublime en su loor entona
hispano vate en verso numeroso,
del apolíneo coro celebrado,
lleva a sus pies americanas flores;
y en nombre de otro imperio y de otro mundo,
a su resplandeciente áurea corona
con respecto profundo
ofrece en poder ofrenda sus loores.

Por cuanto abarca un curso dilatado,
del Ande poderoso el alta cima
¡Isabel! te saludo
y al que tu amor sublima
príncipe afortunado,
al tálamo y al trono.
El de Castilla
en larga sucesión de alegres años
ocupes sin mancilla,
y sírvanle de escudo
contra el protetavo dolor y sus engaños
En tu alcázar contigo,
tu excelso corazón y tu alma pura.
de justicia y clemencia el numen bello
asista siempre amigo:
de Dios imagen y de luz destello.

Así calmarse el ímpetu violento
verás de las pasiones,
y la cerviz domada
de plebe amotinada

inclinarse sumisa, y a tu acento
en las garras temblar de tus lecciones.
Así, de aquella hermosa
grande Isabel, a cuya mano fuerte
el cetro conceder de entrambos mundos,
en premio a su virtud, el cielo quiso,
a merecida venturosa suerte
eclipsares famosa.
No ya que a ti sumiso
el orbe por la espada, sus profundos
surcos la guerra por doquier imprima,
lutos sembrando que con sangre riega;
Ni que tu ebúrnea mano
empuñe el rayo que deslumbra y ciega,
airada derramando, en vez de flores,
llamas al suelo, al corazón furores.
No: sin que de la paz tu imperio justo
de zona en zona es estandarte hispano
llevará bendecido:
cual antes acatado, ora querido;
y de tu labio augusto
saliendo al fin la voz que en Occidente
rompa inicua cadena,
restañará la casi exhausta vena
que en tráficos de esclavos imprudente
el África derrama,
y a Dios insulta y la razón infama

Así verás que en perdurable alianza
las gracias puras, la virtud sencilla,
el amor, el placer, la paz, la gloria,
a tu lado estarán y la esperanza:
Así tu prole vivirá empañando
en larga edad el cetro diamantino.
Así la clara historia,
a las riberas plácidas que inunda
del reino de la Aurora al Apenino;
de los antros del Bóreas inclemente
soberbio el Orinoco rebramando
del mar salado a la remota orilla,
en la marmórea plancha reluciente
de sus anales, tu feliz memoria
entallarán profunda,
y salvarán triunfante
tu dulce nombre la región de olvido;
que rompidas del tiempo duras leyes,
y en todo clima y lengua repetido,

de una o otra edad, será constante
a déspotas lección, ejemplo a reyes.

A. S. M. la reina doña Isabel II

Haciendo votos por su feliz alumbramiento

Oda

Si en el futuro

girar del tiempo investigar es dado
«cuántas debe gozar la patria un día
mercedes altas de la eterna,
si, ya depuesto el que vibro indignado
rayo fulminador, de su inefable
suma bondad el don primero es este».

(Moratín.)

¿Las olas de tus iras en sosiego
están, Señor: y tu invencible diestra,
del rayo desarmada, en dulce fuego
ardiendo se nos muestra,
y a la patria por fin vuelves los ojos?
¿Cesaron tus enojos?

¿tan colmado perdón, tanta ventura
le prometes, altísima y segura,
que en regia prole hermosa
de una y otra Isabel, la imagen bella
gozosa, mire, y repetida en ella
el alma generosa
de su madre, y el alma sin mancilla
de la máxima Reina de Castilla?

¡O tus grandes prodigios renovando
a otro inmortal Fernando
en larga edad, por tu favor divino,
el áureo cetro en próspero destino
verá Hesperia empuñando;
y atónita la tierra,

al santo derramar desde la cumbre
del trono, en blanda paz o justa guerra,
astro de reyes, su opulenta lumbre?

¡Quiéraslo tú, Señor, y la esperanza
en ellas conducida
de ferviente oración, a ti trascienda,
inspirada por ti, por ti cumplida!
No más con voz tremenda
proclame tu justicia y tu venganza
otra dulce esperanza en flor perdida.
Un ángel fue; mas, oh fugaz consuelo,
nació, ni llorar pudo, y tornó al cielo.
La cuna de marfil y oro vacía
mostró la esposa al aterrado esposo;
la que en afán prolijo
de mil madres y mil es fuerte amparo,
al golpe de la muerte sin reparo
vio doblegarse al hijo;
y el llanto acerbo que por él vertía,
gota a gota piadoso
el corazón del pueblo recogía.

¡Señor! presta el oído
de la madre y la reina al hondo ruego,
que se enciende en el fuego
de pasión sacrosanta,
y del humilde corazón herido
temblando se levanta;
y en nombre de su amor; por la querida
flor que a su pecho arrebatada, crece
mejorada en tu seno, y resplandece
de luz cercada en perdurable vida,
haz que en el verde tallo su hermosura,
gala del campo y de la tierra orgullo,
ostente nueva flor, lozana y pura,
del aura leve al cariñoso arrullo.

Y cual baja sereno
lampo vivaz de la naciente estrella
que en los espacios cándida fulgura,
así al grávido seno
baje plácida y bella
de espíritu divino una centella;
y su santo calor nutra robusto,
limpio de mancha impura,
bendecido por ti, linaje agosto;

magno linaje que en edad futura
de la corona, que en la sien fatiga,
el grave peso con honor sustente;
sacra aureola de virtud fulgente,
y la que al mando su rigor mitiga,
con eterno blasón ciña a su frente.

Por ella protegido,
nada puede en su daño embate duro
del vicio audaz, que cual bacante loca
el tirso, reblandiendo, enfurecido,
los negros monstruos del abismo evoca.
El egregio varón, en fuerte muro
del égida cubierto se levanta,
combate, y vence, y su victoria canta.

Y canta ¡oh Dios potente! tu alta gloria,
tu inefable valor, y tu grandeza;
que al mar de las pasiones eres valla;
del corazón humilde, fortaleza;
y del justo que pugna, en la batalla
el brazo y la victoria.
Por ti, cual monte que Aquilón embiste
si con impío furor rugiendo estalla,
cuanto más sacudido más resiste.

Por ti la generosa
prole que a España tu bondad envía
como signo de paz y de alegría
tras borrasca espantosa,
depuesto el oído y su feral encono
piedad y amor asentará en el trono;
que no perpetuo dura
tus iras provocando
de la maldad triunfante el rudo imperio;
ni ama fuerte león el cautiverio
baldón de su bravura;
sus miembros doloridos esforzando
brama tal vez, se libra y la melena
soberbio agita en la tostada arena.

La hidrópica codicia,
llantos y sangre trasmutando en oro,
con la opresa verdad no hará tesoro
ni más, de lazo vil o hierro armada,
vendiendo la justicia;
la implacable ambición será adorada.

Ceñida de terror y odio inclemente,
la guejeja de sierpes erizada,
lívido el rostro, ardiente la mirada,
entre humo y llama con horrible estruendo
no irá sus negras hachas sacudiendo
la discordia furente;
ni ya, de horror provista,
con fatídico son trompa guerrera
convocará la hueste a la bandera
para infanda conquista:
ni en apartada zona
sobre el sangriento campo de Belona
muerte ignorada encontrará el ibero:
ni ya en incultas playas insepulto
su cuerpo yacerá, blanco al insulto
de buitres vil o de salvaje fiero.

¡Oh, cuán humilde nuestra España ahora!
¡No como un tiempo fuera
cuando al aire flotaba su bandera
de los orbes señora!
¿De qué sirvió la colosal pujanza;
la clara historia; del vencido mundo
la unánime alabanza;
ni que con pasmo y con terror profundo,
doquier le oyera pronunciar el hombre,
culto rindiéndose a su temido nombre?

Solo vana memoria
conservan de su orgullo las naciones;
sombra el temido honor de sus legiones,
sombra y polvo es su gloria.
Los lauros, en su frente ya marchitos,
torpe ludibrio a sus rivales fueron;
y en pago a sus delitos,
gravando su cerviz menguados vieron
por siglos de opresión sus ciudadanos,
furores de tiranos,
injusticias de pueblos o de reyes,
violada la razón, rotas las leyes
por frenéticas manos,
crímenes propios, ambición ajena,
mentira, oprobio, y bárbara cadena.

Si solo el bien subsiste,
de tu esencia, Señor, vivo destello,

inmortal como tú, sagrado y bello
al hijo de Isabel pródigo asiste
en la senda del bien; que si otra al solio
de venal o sangriento capitolio,
ídolo del temor, lleva al tirano
horror del mundo y de impiedad ejemplo;
ídolo del amor, ella a Trajano
lleva seguro de la fama al templo.

Y en tanto que la lira,
la blanda voz, y el verso armonioso
previene al vate de su natal dichoso;
y por los aires gira
y al cielo llega el son dulce acordado,
por el aplauso universal llevado,
en acto de homenaje reverente
venga a los pies del trono alegre España,
desde las costas que Neptuno baña
a levante y poniente,
y desde el lindo mar a Lusitania,
hasta las linfas en que el franco mora
y las que altivo el anglo al sur desdora.

Venga, y los fuertes brazos
de sus valientes hijos den escudo
al renuevo y al trono; que tal nudo
jamás harán pedazos
tumulto popular, ni fiero alarde
de fuerza impía, ni traición cobarde.
Acuda diligente, y los rencores
fratricidas acaben; suerte avara
no más estorbe que la sacra oliva
del suelo hispano entre las gayas flores
al verde lauro entrelazada viva.
Sumisa venga, y de concordia el ara
el trono augusto sea,
y el áureo siglo de Saturno vea
que ricos frutos de la paz sazona
que en mies opima de virtud, fecunda
a la alma tierra sin cesar corona,
y en más tesoros su regazo inunda,
que luz y aromas en festivo mayo
brotan del sol al caudaloso rayo.

¡Señor! ¡Señor! el suspirado instante
présago a tanto bien, rápido llegue;
y llegue venturoso.

En raudo giro el tiempo perezoso
sus canas plumas con vigor despliegue;
y en la anchurosa esfera rutilante,
con más premiosa espuela
aguije Febo su veloz cuadriga.
La que con luz amiga
en leve carro de luceros vuela,
dulce, pálida luna,
su faz inestable presurosa mude
las lentas horas próspera acercando
al momento feliz en que salude
España su fortuna,
y la gran madre, de placer llorando,
al fruto de su amor en móvil cuna;
como embriagada de ternura el ave
trina y saluda su caliente nido,
y al hijuelo querido
las alas tiende con rumor suave.
Abre ¡oh Dios, el tesoro
de tu amor y tu fuerza; un gran portento
confirme tu alianza, y nuestro lloro
de gratitud se juntará al concepto
del vasto mundo y del celeste coro.

Así, de tus piedades instrumento,
dos veces redentora
la fama justa aclamará a Isabela;
empuña el cetro, y por la patria vela,
con blanda mano y generoso intento,
madre al par que señora;
y cuando amagas con mayor castigo,
un ángel mediador al pueblo ofrece
que a medio a la tormenta así parece
como a deshora, del piloto amigo
faro que alumbra en triste noche umbría,
y el naufrago bajel al puerto guía.

¡Oh grato anuncio! ¡Oh madre y precursora
del sol que va a nacer; cándida aurora
que al luminar del día
cubre de rosas la fulgente vía!
Duplicado su ser ¡oh cual la veo,
como el ángel de Isaac, poner la mano
que el cielo guía, de perdón armada,
entre el cadalso y el tremante reo;
del propio hogar el goce soberano
en ricas joyas por su amor dotada,

al mílite volver; de la doncella
con el rubor más bella,
prevenir la nupcial dulce legada
con maternal solicitud; y flores,
del huérfano infeliz en el camino
esparcir a millares,
y al pobre, entre los suyos peregrino,
que vacila del hado a los rigores,
tornar benignos los paternos lares!

El fausto natalicio,
del pueblo y de los pobres gloriosa
fiesta será; del justo más amada
en su alegre bullicio,
que la de altos guerreros temerosa
pompa triunfante; Señor fiesta sagrada,
sin víctimas, sin llantos, sin despojos,
acepta siempre a tus divinos ojos.
Luzca, pues, Numen santo; el aire rompa
anunciándola al mundo, de la fama
el sonoro clarín; a la armonía
del ronco parche y del cañón, la trompa
una su acento que en valor inflama;
ensalzando tu nombre, al firmamento
la voz del pueblo suba; su alegría
en undívago son grato al oído
llegue hasta mí veloz en su carrera;
mire yo el voto universal cumplido,
feliz a España... y si te place muera,
Y en tu seno profundo recogido,
desde tu inmoble asiento
el curso vea sucederse lento
de la insondable eternidad; y en tanto
la corona, y blasón, y regio manto
conservar de Isabel la estirpe fuerte,
del tiempo vencedora y de la muerte.

Soneto

Al nacimiento de la Princesa de Asturias.

¡La Reina es madre! Venturoso día

luce por fin en el Oriente hispano:
présago de salud, con hondo arcano
a Trono y Pueblo el Hacedor le envía,

Cesa la guerra; la Discordia impía
huye al profano; y del bifronte Jano
cerrado el templo, con augusta mano
la regia prole a la virtud nos guía.

Y la patria revive; árbitro y dueño
es de la tierra; y su blasón divino
brilla otra vez con inmortal hazaña.

Ángel querido, así al mirarte, el ceño
la suerte depondrá, y alto destino
de honor y gloria labrarás a España.

Soneto. A. S. M. la reina doña Isabel II
Con ocasión de su nueva salida al Templo de Atocha, ya restablecida su importante salud.

Vierte tu sangre con furor insano
horrendo crimen; y al trocar la tierra
fecundiza tu sangre cuanto encierra
de sublime y de heroico el pueblo hispano.

Te protege el Señor; por él, en vano
tu cuna de oro contrastó la guerra;
y del puñal, que a tu valor no aterra,
más grande y bella te guardó su mano.

Así tras noche tenebrosa y fría
al sol más puro en el rosado Oriente
con acrecido amor saluda el hombre;

Y la belleza al contemplar del día,
del sumo Dios con pasmo reverente
saluda humilde el infernal nombre.

A. S. M. la reina doña Isabel II
Con ocasión del monumento que ha dispuesto se erija a expensas de su Real Patrimonio en
honor de la memoria de su funto tutor Don Agustín Argüelles.

Oda

Si pueden estas honras y otras
recompensar en algo beneficio,
a humana recompensa desiguales.
Luis Barahona de Soto: Elegía a la muerte de Garcilaso.

Cantemos el gran día
consagrado a la gloria de altos hechos
que en alas de tu voz al cielo sube
cual voladora nube
Reina de España, y en los nobles pechos,
Ardor enciende que al empíreo guía.
El canto heroico los espacios llene
con métrica armonía;
alígero, tronante, el aire rompa;
las almas de los justos enajene
y de lira pindárica al sonido
en la circense pompa
combata y venza de laurel ceñido.

¡Rosa de la hermosura coronada!
De las tres rosas que la tierra admira
bajo el regio dosel, la más hermosa!
Al eco augusto de tu voz amada
que en las lúgubres bóvedas retumba,
fúlgida llama súbito aparece
de alto varón sobre la egregia tumba.
¡Padre, prorrumpe, y la llama crece,
sobre sí misma en espirales gira!
Fulgura, se transforma;
y cual fantasma que del Noto al vuelo
de vapor y de luz nace en el cielo
del padre de tu amor viste la forma.

Con hórrido crujir hecha pedazos
fuerza invisible la marmórea losa
lanza a tus pies. En los ebúrneos brazos
al anciano recibes amorosa,
y al gran fragor confuso se levanta
en tristes sombras que la luz espanta
el pueblo de la muerte; cual si oyera

de Josafat la trompa lastimera
y de llantos, profundos,
en aquel día de terrores lleno
en que el rugir del trueno
Dios a la nada volverá los mundos.

¡Subir también quisieran, tristes sombras
de la inmortalidad al claro día
desde la noche del sepulcro fría!
Ora, sobre cenizas por alfombras,
y sin rumor, calladas,
al pasar te saluden y la gloria
y al pie, de sus sepulcros colocados,
envidian del que llevas
y sobre todos y hasta el trono elevas,
heraldo de la historia,
al templo de la luz y la memoria.

Y llegas. Del alcázar diamantino
las eternadas puertas a tu acento
sobre el áureo quicial giran sonoras,
y paso dan al que tu mano guía
de la tumba al altar. El matutino
dedo rosado de la aurora amante,
así el gran poder de luz del día
en el mar de Occidente sepultado,
los encendidos atrios de oriente
abre con faz riante;
y el astro majestuoso, arebatado,
a torrentes su lumbre
vierte a la esfera en la fulgente cumbre.

Y al pie del monumento sacrosanto
de su gloria y tu gloria, yo le veo
en los pliegues envuelto de tu mano.
La corona real es su trofeo
en la sien irradiante colocada
por su reina y su hija ¡Oh gran matrona!
¿cuándo hazaña mejor de ibera gente
premiará tu corona
de perlas esmaltada?
Cíñela, sí, a su frente
y a sus cabellos canos;
que allí de honor hay fuente,
y más brillante volverá a tus manos.

«Escuchemos; él habla; así te dice:

¡dulce paloma cuyo blando nido
en furiosa tormenta quemó el rayo!
¡oh paloma infelice!
¿nunca, nunca florido
en tu pensil ameno será el mayo?
Huracanes violentos
sobre tu cuna de marfil bramaron;
tus ojos ¡ay! lloraron
al padre muerto y a la madre ausente;
a mi cansado párpado agolparon
tus flébiles acentos
do antiguo llanto la agostada fuente.

«Cual ora yo en tus brazos
tú en mis brazos yacías ¡oh cuán bella!
Así ceñida de fulgentes lazos
reclínase en el mar cándida estrella.

Flor de la mar has sido;
el cáliz puro en el azul sereno
alguna vez del céfiro mecido;
y otra vez ¡ay! al restallar del trueno
en las ondas revueltas sumergido.

Flor de la mar a quien en dulce cuna
de padre di el escudo
y de madre el amor, contra huracanes
del piélagos del mundo borrascoso!
¿por qué conmigo mudo
el purpurino labio triste sellas?
¡en el rostro las huellas
de profunda amargura!...
¡Los rugosos afanes
marchitando inclementes los colores
de la tez peregrinas!...
¡trocadas en espinas
de corona nupcial las blancas flores!...
¡Esposa sin esposo;
en malhadadas horas
infante, adolescente, joven lloras!
Y de reina y de esposa al áureo manto
¿también mojado en llanto?

¡De tu pueblo y de ti Dios, con su diestra,
su piedad y sus ángeles retira,
y a tu pueblo y a ti tan solo muestra
su faz candente fulgurando en ira?

¡Oh nada temas, que si Dios no esconde
sus lábaros de fuego impenetrables
a las almas felices, ora veo
cuantos a ti, Isabel, y a tus Españas
prepara lauros y dispone hazañas
el rey de las piedades,
que a tu clamor tristísimo responde,
y en premio de tu fe sumo trofeo
de ventura y de gloria te destina...
¡Escucha, escucha! en el futuro giro
de los tiempos, divina
simbólica sentencia escrita miro
en plancha diamantina.

Entre dos grandes soles
sin ocaso ni oriente,
con manto imperatorio una matrona,
lucero matutino entre arreboles,
yace en solio fulgente
de mil coronas hecha una corona
llameante descuella.
Los vastos hemisferios
con heroica apostura y gracias huella.
Sus garras dos leones
sobre tierras e imperios
rugiendo tienden y los ojos giran.
Absortas las naciones
Obedecen y admiran.

¡Escucha, escucha!... a su derecha mano
reina sublime, con semblante ufano
otra matrona está fulgente y bella,
de grandeza y valor alto conjunto.
A la siniestra tú, dulce trasunto
de cuanto brilla y resplandece en ella,
de cuanto en ella reverencia el hombre;
ella tu nombre tiene; tú su nombre.

Y en torno a ti de príncipes y reyes
prole fecunda y generosa admiro,
que al mundo dará leyes
y al planeta de España eterno giro
por cuanto abarca el cielo
en raudos, esplendoroso y firme vuelo.
¡Hija de mi adopción, oh reina mía!
¡Cuánto de luz te cerca y de alegría!

El alma, absorta, se arrebata, y leda...
Adiós, adiós... ya la visión se aparta...
Adiós, adiós, te queda;
que de ti nunca la virtud se parte.
Yo velaré en tu suerte;
para el justo no hay muerte;
incorruptible palma
da el mundo a su memoria, el cielo al alma».

Así dice la sombra de alto ejemplo
y en humo se deshace y desvanece
entre el furor del encendido templo.
Lampo de pura luz cruza la esfera,
y brilla, y desaparece;
y el augurio aceptando se estremece
de gozo el suelo hispano;
y en su bizarra juventud guerrera
el espíritu heroico castellano
a tu soplo revive ¡Oh Dios potente!
de toda luz y toda gloria fuente.

Rompa, en tanto, el vecino, el apartado
aire, y traspase el monte, y llegue al cielo
el canto de tu gloria,
la gloria de tu gloria;
y ¡oh Reina pía, tu filial victoria!
mientras durare el mundo al mundo asombre.

A la isla de Cuba

Con motivo del huracán de 11 de octubre de 1846. Dedicada a don Manuel Cañete.

Movió el Señor su fúlgida
corona de centellas,
y viste al punto, atónita,
velarse las estrellas;
y oíste el hondo piélago
frenético mugir.

Y de sus negros cóncavos
los vientos desatados,
en ráfagas alígeras,
plegar despiadados

troncos, naves, alcázares,
con hórrido crujir.

Temblaste, reina, al súbito
romper del mar y el viento
sobre tus playas fértiles,
y al alto firmamento
la súplica del náufrago
tu miedo levantó.

Solo en los labios férvida,
mas no en los corazones:
mezclado ruego efímero
de ovejas y leones:
agravio de los números
que al cielo no alcanzó.

Y vives, porque el último
instante no ha sonado
en que a la pena insólita
iguales tu pecado;
y amontonando crímenes
en la balanza estás.

¿No ves ya las flores
rayos de la venganza
que en su rigor terrífico
el sumo Juez te lanza?
«Reina de esclavos míseros»
su esclava, al fin, serás.

Tus campos hoy tan cálidos
por negros fecundados,
verán cuellos purpúreos;
uncirse a los arados;
y el retorcido látigo
su espalda cruzará.

No más hijos de África
darán a tu tesoro
de sangre, inmenso cúmulo
comprado a precio de oro.
La tuya para el bárbaro
de riego servirá.

¡Ay de las castas vírgenes
con tez de lirio y rosa!

¡Ay de tu seno cándido,
vestal de Cuba hermosa,
sangriento será el tálamo,
y negro el fruto hará!

Ya escucho el canto etiópico
que libertad proclama
con ronco acento lúgubre
de tu incendio a la llama;
y veo sobre un túmulo
danzando al siervo audaz.

Es el tuyo ¡oh magnífico!
alcázar de palmares
al pie sus ondas turbidas
arrastra el Almendares
y en sus murmurios flébiles
tu bien llora fugaz.

En tanto de los trópicos
el rey de la alta cumbre
sobre tu campo espléndido
vertió ledo su lumbre,
al ver tus ruinas tétricas
encubre la ígnea faz.

Tiznada en los marmóreos
anales de la historia,
será tu suerte mísera
espanto a la memoria,
y a las libres Américas
durísimo baldón.

¡Digno fin a tus páginas!
De esclava fue tu cuna
tu vida, yugo férreo
de estólida fortuna.
Tendrás sobre tu féretro
infamia por blasón.

Tiempo es ya; del mortífero
ensueño te despierta
que glorias finge pérfidas.
Ya miro la gran puerta
segura que el Atlántico
benigno te abrirá.

Rompe con brazo enérgico
del siervo la cadena:
con tu piedad, el hórrido
rencor de siervo enfrenta;
y, reina del Atlántico,
por siglos brillarás.

Poesías satíricas y epigramáticas

A un plagiario

Tranquilízate, amigo, tus escritos
libres están de crítica y censores;
pocas habrá de clásicos autores
quien, docto y fiel, no los aplauda a gritos.

Conviene de buen grado los peritos
en llamar a tus versos lindas flores
y añaden que recuerdan sus olores
a nuestros padres del Parnaso invites.

Yo de mí sé decir que a Garcilaso,
León, Rioja en tus escritos veo
y también a la estrella sin ocaso,

Divino Herrera, el hispalense Orfeo,
¿Mas qué mucho bribón, si a cada paso
sus versos copias y sus versos leo?

A un ingenio de estos tiempos

Soy incapaz, Ernesto, de engañarte:
adoro la verdad, que el bien inspira,
y contra el vicio de falaz mentira
hay en mi corazón firme baluarte.

Ernesto, Ernesto, el corazón me parta

tu inútil afanar: rompe la lira
de cuerdas flojas «tu razón delira;
te falta inspiración; no tiene arte».

Pero sírvate al menos de consuelo
que, si ascender no puedes la escabrosa
cumbre del Pindo en tu cansado vuelo,

Tienes en tus escritos una cosa
mira si de franqueza soy modelo,
peor aún que tus versos..., y es tu prosa.

A una tonta

Nadie lo niega, Elisa, y yo el primero,
si alguno lo negara, lo diría:
todo en tu cara hermosa es simetría;
cada cual de tus ojos un lucero.

Y nada excede en garbo al hechicero
talle gentil, ni en noble bizarría
la cadera, que al sesgo se desvía
y columpia amoroso el pie ligero.

Nadie lo niega, hermosa, y quien delira
por tu albo seno que al placer provoca:
quien, tu cuello al mirar, tiembla y suspira,

pero hay dos gracias en tu linda boca
que el mundo sabio, sobre todo admira:
tu charla eterna y tu reír de loca.

Epigramas

Introducción

Lector, desbandada tropa

de conceptos te propino,
como quien dice mal vino
de barro en modesta copa.
Es comparar, mas si acaso
fuere el mosto del algún precio
no estimes como hace el necio
el licor menos que el vaso.

* * *

 Multiplica su valor
la piedra en rica montura:
con adorno, la hermosura
se aumenta y cobra esplendor.
Mas si me dan a escoger
entre accidente y substancia,
me quedo sin repugnancia,
con la piedra y la mujer.

* * *

 Es de notar en la vida
cuan rara vez la fortuna
en un sujeto reúna
belleza y bondad cumplida.
Así la elección es ciencia
del hombre, y necesidad:
«Feliz así la realidad
no deja por la apariencia».

- I -

 Una por otra dejabas
tu querida y tu mujer
al fin has venido a ser
de las dos abandonadas.

 Si despediste a Rosenda
por lo que es, y lo que ha sido;
y a tu esposa has despedido
para que siga su senda.

- II -

Más por diablo que por hombre
Pármelo el mundo te estima;
Pero aunque verlo da grima,
de ministro llevas nombre.

«Desventurada Nación
cuyos ocultos registros,
permiten que sean Ministros
los que para hombres no son.»

- III -

Hame dicho un lenguaraz
que con vocación bendita,
te has hecho Antón, jesuita.
Y bueno, ¿cuándo te harás?

- IV -

Tu elocuencia de porrazos
es elocuencia aporreada,
Dalceno, y muy castigada
de pies, de lenguas y brazos.

No pudiendo hacerla buena,
la has hecho incontrarrestable
con buenos tropos de sable
y figuras de cadena.

- V -

A tal altura te meces
encaramado en el cielo,
Gilito, que desde el suelo
un punto negro pareces,

más no obstante lo que subes
eres libre en paz o guerra,
punto negro aquí en la tierra
y punto negro en las nubes.

- VI -

En justa compensación
de los versos que recitas
te ha dado el cielo, Praxitas,
buena voz y entonación;

pues por la fama sabrás
que si son tuyos (no ajenos),
los versos es lo de menos,
y la voz es lo de más.

- VII -

Por la noche y con buen viento,
y luz en un farolito,
La cometa astro crinito
parece en el firmamento.

La imagen ves de Pujol
si ve viento destituido
viene al suelo reducido
a papel, cola y farol.

- VIII -

Aborreces a Maquera
por dos veces jorobado,
y yo, de ser tan doblado,
en el cuerpo, le absolviera,
si en el alma no lo fuera.

- IX -

En toda tribulación
la plegaria eleva al cielo,
y convertida en consuelo
bajará a tu corazón.

El mar sus aguas resuelve
en vapores cada día,
que al cielo amargos envía;
y el cielo en lluvia los vuelve.

- X -

Que de ser Ministro infieras,
que eres también bueno y sabio,
lógico parece, Fabio:
porque delante no lo eras.

- XI -

Tal, España, moderados
te tienen, y progresistas,
demócratas y realistas,
generales y soldados,

Que me pareces pelota,
hecha de cerda, y badana,

que de buena o mala gana
a todo impulso rebota.

Por el aire en raudo giro,
o por el suelo maltrecha,
o contra el muro deshecha,
siempre rodando te miro.

Pues si ignoras (y esto notes)
lo que a la pelota espera
al final de su carrera
de botes y de rebotes,

Mírate en tu propio espejo
con las costuras rozadas,
con las faces enlodadas,
sin pelote y sin pellejo.

- XII -

A dos afectos se inclina
tu pecho, de amor sediento:
uno, Anarda, el casamiento:
otro, la amistad divina.

A todos tu celo admite,
mas con diferente modo,
que a los amigos das todo,
y a los novios ni un ardite.

«Así dices, cuerda gano,
siendo con todos cortés,
a los amigos de envés,
y a mis futuros de mano».

Para juego tan sutil
(y no es mala la advertencia),
conviene tener prudencia,
y la balanza en el fil;

pero la furia amistosa
de tal modo te fatiga,
que al fin de todos amiga

serás y de nadie esposa.

- XIII -

 Escribir que espolear
empleando un equivalente,
tu involencia era prudente,
verbi gracia, de excitar;

 Y así con ello te aburro;
Marqués, y te desenfreno,
que exclamas, de espuma lleno;
«No soy caballo, ni burro».

 Académico (y no loco)
de la Historia y de la Lengua
¿Y no tienes a gran mengua
ofenderte por tan poco?

 No lo hice (;habrá desatino!)
por baldón a tu Excelencia,
pues ya se la diferencia
que va de ella a un buen pollino.

 Este corre si le aprieta
de la espuela el aguijón;
y en la misma situación
Tu Excelencia se está quieta.

 Lo más, más, que suele hacer
un mal asno en casos tales,
es aflojar los pretales
corcoveando al correr.

 Tú te arriskas y estremeces,
bufas, de rabia suspenso:
lo que es andar ¡ni por pienso!
porque inmóvil permaneces.

 Y así queda comprobado
ser la inercia propio vicio
y natural ejercicio.
de tu Excelencia en Estado.

- XIV -

Por decir que de una espuela
estabas necesitado,
fiero, marqués, me han baldado
de una coz de choquezuela.

Y así en ello se medita,
quien da coces semejantes,
más que broches de diamantes
dos espuelas necesita.

- XV -

¿Que te han llamado indolente?
Y ¡qué importa! majadero:
Sácame por embustero
hincando al trabajo el viento.

Y así dirá quien lo vea,
pues como en cierta ocasión
dijo Esparta al macedón:
¿Quiere ser Dios? Que lo sea.

- XVI -

Hay claustros para doncellas
de mansueta condición.
Y por qué di, tu espadón
no está enclaustrada con ellas?

Aunque, espada o garambaina,
bien está, Nerva, a tu lado;
pues (todo considerado)

¿qué más claustro que su vaina?

- XVII -

Aquí yace Nogueral...
lo mismo da, siendo cierto.
Pero ¡cómo, si no ha muerto!
que ha de morir... año tal.

Aquí yace uno de tantos
que hizo figura entre algunos;
fue un gran santo entre los tunos;
fue un gran tuno entre los santos.

- XVIII -

A un Ministro bonachón
de cara y gestos morunos,
felicitaban algunos
por su reciente elección.

«Agradezco el parabién
(respondió), pero callad,
y más que a mí festejad
a mi parienta Belén.

Hombre público deseaba
yo, sin duda, florecer;
pero mi esposa por ser
mujer pública rabiaba.

Y es santo en ella ese gusto;
que imparcial en los favores
no distingue de colores,
y mide a todos al justo.»

- XIX -

Los generales solían
antaño fiar su venganza
a su espada o a su lanza;
pero hogaño la confían.

El tiempo todo lo muda
a sus bravos edecanes:
es voz francesa de canes,
sin el lid, que les ayuda

Ayudas, pues en rigor,
no ayudantes les diremos;
ni de Campo los haremos,
sino ayudas de valor.

- XX -

Las naciones que aborrecen
el sistema liberal,
como un ejemplo del mal,
España, al mundo te ofrecen.

Así, Esparta, a los muchachos
mostraba con alto juicio,
la enorme fealdad del vicio
en los idiotas borrachos.

- XXI -

Ya General, ¡y tan mozo!
dije al verle, sorprendido
y él replicó presumido,
y acariciándose el bozo:

«Nada los merecimientos
tienen que ver con la edad:

si me falta edad, me da igual:
me sobran pronunciamientos.»

- XXII -

-Padre, en el huerto escondido
ciertas patatas sembré,
y no sé si lo diré...,
mas ¿sabes lo que ha salido?
-Pero, hijo, sin duda alguna,
lo que sembraste salió.
-Salió un cerdo y se comió
las patatas a una a una.
-Ese cerdo es español,
dijo el padre: yo lo juro,
y del linaje más puro
de cerdos que ha visto el sol;

Pues en España (es sabido)
si algún buen grano se planta,
viene un cerdo y lo engarganta
cuando apenas ha nacido.

Y aún suele hijo, suceder
que esta malvada polilla
no perdona la semilla
ni aun antes de nacer.

Por lo cual no es cosa extraña
Que el cerdo, con ser inmundo,
en ningún país del mundo
engorde como en España.

- XXIII -

Esa cruz que cual estrella
llevas al siniestro lado,
dice que crucificado
debieras estar en ella.

- XXIV -

Dicen, Nerva, de tus glorias
los enemigos mortales,
que no son pocos nacionales
las cruces de tus victorias.

Y yo juro sobre el breviario
ser cruces de la Nación,
que nos cuentan su Pasión
en tu sangriento Calvario.

- XXV -

Cosas se cuentan del viento
(por lo que cambia) curiosas;
pero en cambio y otra cosa
es don Antonio un portento.

Tanto cambia don Antonio
que de malo rematado,
a ser, cambiando, ha llegado
muy más malo que el demonio.

- XXVI -

-¡Oh qué gran mesa de Estado
tiene Luis, dijo un pelele.
Añade, tonto, una ele
al de, y habrás acertado.

Pues, como muchos asientan
y es de exacta tradición,
bienes del Estado son

los que en auge la sustentan

- XXVII -

Un hombre gordo murió
de mala alma y cara fea;
y cuando al hoyo bajó
dijo un chusco, y se signó:
Ligero a la tierra sea.

- XXVIII -

¡Qué escriba yo biografía
para Nerva que vivió
tan mal, y tan mal murió,
y era sucio como Arpía!

Pudo Dios con fuertes manos
sacar de la nada el mundo:
pero de un ser tan inmundo
solo sacara gusanos.

- XXIX -

Si cada cruz una gloria
representa en el día,
tu nombre, Nerva, sería
sinónimo de Victoria.

¿Que, contigo comparados,
fueran el gran macedón,
al que pasó Rubicón
ni otros héroes afamados?

Mas tus cruces (no te ofendas)

no son cruces de batalla,
sino tropel y morralla,
de las civiles contiendas.

Y cada una, ¡oh baldón!,
representa un fraticidio,
la cadena de un presidio,
de la Patria una aflicción.

Así Nerva, el gran Calvario
civil que llevas al pecho,
solo dice que tu lecho,
debiera ser un rosario.

- XXX -

He visto el lienzo pintado
de tu mano, buen José,
y los versitos que al pie,
de tu vena has estampado,

Y esto mi opinión decreta
en asuntos tan diversos:
«para un pintor, buenos versos;
buen cuadro, para un poeta».

- XXXI -

Dando a luz sus obras,
les da carrera y destino
para la luz de la hoguera.

- XXXII -

Son, Galo, cosas muy buenas

las que llevas cual rosarios
reliquias, escapularios,
imágenes y novenas.

Pero pues con ellas, Galo,
te llevas siempre a ti mismo,
siempre habrá profundo abismo
entre lo bueno y lo malo.

- XXXIII -

¿Tiene el chico ya carrera?
Ni carrera, ni esperanza;
porque nada se le alcanza:
flojo, torpe, calavera.

Pero vivo sin cuidado:
no habiendo frailes ahora,
le daré con gran mejora,
colocación de empleado.

- XXXIV -

El chico es una matraca.
¡Qué charla o qué algarabía!
¡Cómo decide y porfía!
¿Le educa usted para urraca?

Es la costumbre del día.
Él para nada se educa;
mas como raja y manduca,
para Ministro se cría.

- XXXV -

Aprendiendo año tras año,
con las penas del infierno,
sabes lo antiguo y moderno;
sabes lo propio y extraño.

Tienes ciencia consumada
pues tu saber es de modo,
Gayo, que lo sabes todo;
y no sabes hacer nada.

- XXXVI -

Ufano de tu saber,
con repugnancia avaricia
niegas a todos noticia,
libro, informe, pesar.

Y yo, digo: por un dato
que des, o vendas contante,
serás nunca, gran pedante,
más o menos mentecato?

- XXXVII -

Un Ministro es un portento,
que de Estado, sin contienda,
se va a Marina, o Hacienda,
Gobernación o Fomento,

Justicia o Guerra; es probado;
pues lo hace el diablo de modo
que el nene lo sabe todo,
menos la ciencia de Estado.

- XXXVIII -

¡Válgame Dios, Nogueral!
Que seas malo no me espanta,
(siempre lo has sido) y encanta
ver tu propensión al mal.

Pero que quieras, taimado,
pasar por santo, y por puro,
pasar de castaño a oscuro
y huele a cuerno quemado.

- XXXVIII bis -

En cualquier pueblo salvaje
una profesión u oficio,
pide para su ejercicio
tiempo, prueba, aprendizaje.

Pero en España ha de verse
lo que el mundo ha progresado,
pues de Ministros el Estado
no necesita aprendices.

- XXXIX -

Si quieres verte medrado
en la corte y con favor
con linda ha de estar casado,
ser a Cortes Diputado,
o de un distrito elector.

- XL -

De un borracho quiso Lía
saber por qué de contino,

cuando se tragaba el vino
del agua elogios hacía.

Bueno, es, dijo, que lo sepas:
bebo vino, porque es gloria,
y hago del agua memoria
porque hace bien a las cepas.

- XLI -

Durmiendo estaba por cierto
como marmota un casado,
cuando aprisa fue avisado
que su mujer había muerto.

Volvió a dormirse al instante
diciendo con tono adusto:
«No esperaba tal disgusto
cuando luego me levante».

- XLII -

¿Por qué insistes con ahínco
en que eres de la Parroquia?
Esto es claro, buena Eustoquia,
como tres y dos son cinco.

Ni lo negará de gana
quien sepa algo de tu hacienda,
de cual hermosa tienda
la Parroquia es parroquiana.

- XLIII -

Así el que oye (y lo celebra)

el cascabel agitado
que Dios por lengua te ha dado,
se aparta y dice: ¡Culebra!

Puso Dios a la Serpiente
que Cascabel es llamada,
señal para que evitada
pudiera ser de la gente.

- XLIV -

Nerva, cuando tus hazañas
te llevan al Ministerio,
me imagino un cementerio
lleno de hoces y guadañas;
y exclamo: «Este Megaterio
sea ligero a las Españas.»

- XLV -

La amistad invocas, Fano,
para meterte en mi hogar,
y ser de él y de mí al par
polilla, dueño y tirano.

Yo no quiero que conmigo,
malbarates tu favor;
y a mi honra le está mejor
que seas, Fano, mi enemigo.

- XLVI -

Tronco de la vida, bruto,
en el humano linaje;
las razas son el ramaje;

el hombre bueno es el fruto;

Del árbol y su verdor,
corona, y flor, la mujer;
y la virtud viene a ser
el aroma de esa flor.

- XLVII -

Armada nace la rosa
su valor encareciendo,
porque solo combatiendo
debe rendirse la hermosa.

Aprende, mi flor querida,
de esa flor a conocer
que la fácil de coger
no merece ser cogida.

- XLVIII -

Si quiere saber, hermano,
un guardia urbano ¿qué es?
Un uniforme en dos pies
que no es guardia, ni es urbano.

- XLIX -

En verso, o prosa, entre sabios,
en el foro o Parlamento,
la virtud siempre un momento
tiene en tu pluma o tus labios.

- L -

Con que la gente confusa
se pregunta ¿quién le inspira?
y tú dices: La mentira;
que es mi espíritu y mi musa.

- LI -

Te aquejan los desengaños,
ves doquier triunfante el vicio,
y con escasos juicios
aún amas, Celio, en tus años.

Quién a cuarenta llegó
y a los hombres no aborrece,
de sentimiento carece,
o nunca antes los amó.

-LII -

Si en la desgracia favor
te da el amigo, lo es bueno;
si tu bien mira sereno,
si no envidia, lo es mejor.

Con la caridad se emboza
el orgullo alguna vez:
Solo un alma de alta prez
con el bien ajeno goza.

- LIII -

Tan grande es tu independencia
que no acatas religión,
que reprima tu licencia,
autoridad ni opinión.

Y haces muy bien, pues al cabo,
por estar sin ley ni freno
vives a la dicha ajeno,
de tus pasiones esclavo.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo